

Pablo Blanco

Benedicto XVI

*El papa alemán**

* Una versión más completa se encuentra en P. BLANCO, *Joseph Ratzinger. Una biografía*, Eunsa, Pamplona 2004.

¿INQUISIDOR?

Cuando Benedicto XVI fue elegido papa, saltó a la calle un viejo y manido cliché: Ratzinger era el Gran Inquisidor, el *Panzerkardinal*, el Rotweiler de Dios. Tras esta etiqueta hay un poco de precipitación y muy poco conocimiento. Ratzinger era un hombre sencillo, un buen hijo del pueblo bávaro, quien se crió entre campesinos y de quienes aprendió su sencillez y casi su campechanía. Lo que pasa es que tuvo que hacer el ‘papel de malo’, de inquisidor. La Iglesia necesitaba un *carabiniere*, y le tocó a él. Pero no era ese su modo de ser. Ratzinger era un tímido profesor universitario, y no le gustaba tener que reprender a otros colegas profesores. Pero lo exigían la verdad y su oficio. Era también un modo de defender la inteligencia. Un periodista nada sospechoso de ser papista ha escrito que tenemos un papa alemán, «un papa intelectual». «El pensamiento religioso –sigue– ha sido acorralado, durante el siglo XX, por el pensamiento laico o ateo. Ratzinger puede debatir cara a cara con los iconos del ateísmo sin apearse de sus zapatos rojos»¹. Puede codearse y tutearse con los sesudos catedráticos alemanes, por muy poco cristianos que sean.

Benedicto XVI ha mirado siempre de cara tanto a la razón de los intelectuales como a lo que él llama «la fe de los sencillos». Sabe que este reto solo se gana con estudio y preparación intelectual, a la vez que con sencillez y oración. Por eso se ha mostrado siempre como un intelectual sencillo. Contaba un arzobispo que había estado desayunando con él en su apartamento de Roma, cómo era el mismo *Herr Kardinal* quien se hacía el café y preparaba el desayuno. Nada de servicio. Recordaba también en aquella ocasión don Fernando Sebastián que, cuando Ratzinger fue invitado a los Cursos de Verano de El Escorial, el organizador (con muy buen criterio: se trataba de un cardenal y el prefecto de la Congregación de la Doctrina de la fe) le envió un billete de avión en clase *bussiness*. El prefecto rechazó tal amabilidad y pidió por favor que le hicieran llegar un billete en clase turista, que es donde solía viajar. También un colaborador suyo en Roma recordaba cómo, cuando llegaba a su oficina, lo primero que hacía era pasar por todas las mesas y saludar a todos sus subalternos e interesarse por sus familias.

Y ahora le toca hacer de papa. Tiene que aprender este nuevo oficio, que tampoco parece que lo está haciendo tan mal. En estas páginas queremos presentar la vida, la historia y la aventura en que se ha visto envuelto un joven alemán de las montañas de Baviera que, sin quererlo ni desearlo, se ha convertido en papa. Ahora quiere seguir adelante con su misión. Por eso necesita nuestra ayuda, aunque cuente con toda la del cielo. Él confía mucho en los jóvenes. Quería manifestar mi agradecimiento a Sergio Arana, por sus ánimos y su entusiasmo a la hora de redactar estas líneas, al mismo tiempo que a los jóvenes con quienes hemos podido trabajar en mi labor educativa y pastoral. Ojalá estas páginas te ayuden a conocer mejor a la persona y a las ideas de Benedicto XVI, un papa sencillo y alemán.

*Madrid, 29 de junio de 2005,
fiesta de los santos apóstoles Pedro y Pablo*

¹ F. UMBRAL, *Benedicto XVI*, «El Mundo» (29.4.2005) 52.

I. ALEMANIA

«Las virtudes y los defectos de los alemanes están estrechamente relacionados. Somos un pueblo que valora mucho la disciplina, el rendimiento, el trabajo, la puntualidad y, gracias a todo esto, hemos conseguido ser una vez más la primera potencia económica y el sistema monetario más estable de Europa. [...] Esto podría conducirnos de nuevo a sentir un cierto orgullo frente a otras naciones, y así podríamos llegar a pensar que únicamente lo alemán es lo realmente bueno, porque lo demás son ‘chapuzas’ y cosas por el estilo. Esta tentación a justificarnos y a valorarnos unilateralmente en parámetros de rendimiento es, sin duda, muy propia de Alemania, sobre todo en la historia reciente, y hemos de tenerlo en cuenta»². Esta llamada a la autocrítica por parte de un alemán convencido como es Benedicto XVI no deja de llamar la atención. Ratzinger ha sido siempre un europeo convencido y un buen alemán. La historia de su país está firmemente arraigada en su corazón.

1. La gran ruptura

Ha habido un acontecimiento que ha marcado profundamente la historia de Alemania: la reforma protestante. «El protestantismo –afirmaba el entonces teólogo Ratzinger– surgió al comienzo de la modernidad, de ahí que esté más directamente emparentado que el catolicismo con las fuerzas íntimas que hicieron aparecer esa época de la historia. Por esto mismo, adquirió su actual configuración gracias al encuentro con las grandes corrientes filosóficas del siglo XIX. La suerte y el peligro del protestantismo reside en hallarse irresistiblemente abierto al pensamiento moderno»³. El destino de la modernidad, según él, está íntimamente unido a Lutero y a la reforma protestante.

En efecto, en el siglo XVI, la vida intelectual en Alemania gozaba de buena salud, hasta el punto de que, en aquel momento, existían dieciséis universidades en todo el país. En ese momento, como es bien sabido, un nuevo acontecimiento cambió los destinos religiosos y culturales de aquellas tierras: las pretensiones políticas de Carlos V en Alemania chocaron abiertamente con los intereses de los príncipes alemanes. Martín Lutero (1483-1546) fue recibido no solo como reformador religioso, sino también como liberador político; y se hizo famoso tanto por sus diatribas anticlericales y sus críticas al Imperio, como por la traducción de la Biblia al alemán. En él se mezclaba lo germánico con un cierto misticismo religioso⁴.

Como consecuencia de estas tensiones, con la Confesión y la Paz de Augsburgo (1530 y 1555), se llegará más tarde a la división religiosa de Alemania –*cuius regio, eius religio*– que se mantiene hasta nuestros días, con una inicial predominancia numérica de los protestantes. Alemania se dividía y, en cierto modo, buscaba otro tipo de relaciones con el exterior. Así, el reformador alemán dejará también como herencia una acentuada aversión a Roma, un marcado ‘complejo antirromano’ presente todavía hoy día en todo el mundo germánico. Lo romano se opone a lo germánico, se piensa. De hecho, poco antes de morir, Lutero declaraba: *Hoc unum me mortuo servate: odium in Romanum Pontificem*⁵.

² *La sal de la tierra. Cristianismo e Iglesia católica ante el nuevo milenio* (1996, entrevista con Peter Seewald), Palabra, Madrid 1997, 168.

³ *Cooperadores de la verdad. Reflexiones para cada día del año* (1979-1990), Rialp, Madrid 1991, 45.

⁴ Cfr. H. SCHULZE, *Breve historia de Alemania* (1996), Alianza, Madrid 2001, 36-62.

⁵ Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *El complejo antirromano* (1971), BAC, Madrid 1981, 10.

El reformador alemán tenía también una personalidad arrolladora: apasionado, sentimental, elocuente e incluso en ocasiones violento, era capaz de impresionar profundamente no solo a sus más inmediatos seguidores, sino también a nutridos auditorios. Independientemente de cuáles fueran sus intenciones, lo cierto es que sus ideas y palabras significaron toda una revolución para el cristianismo alemán y europeo. El reformador dará un protagonismo esencial a la fe en menoscabo de las obras; y antepone de un modo tal vez excesivo lo humano a lo divino⁶. «El hombre no es nada – afirma un autor, al resumir el espíritu del protestantismo– y Dios lo es todo, y solo en Él debemos poner nuestra confianza. Solo tras una profundísima humillación y después de sufrir penas casi infernales, tiene lugar al final el encuentro con Dios. Pero el pecado del hombre permanece y, precisamente entonces, en ese infierno actualizado, [Dios] se hace presente»⁷. Esta visión angustiada y contrapuesta entre Dios y el hombre –y de la distancia entre ambos– marcará el pensamiento alemán de los siglos siguientes.

Según se dice, Lutero sentará también las bases del individualismo que caracteriza el pensamiento moderno, a la vez que se mostrará un feroz adversario de la razón: rechaza la inteligencia en el ámbito de la fe, y opta de modo absoluto a favor de la voluntad y del sentimiento. La razón destruye la fe, viene a decir. *Sola fides*. «Lutero subrayó la irracionalidad de la fe, porque no tenía confianza en las posibilidades de la razón para conocer y explicar las cuestiones relativas a la fe, sobre todo a causa de la corrupción de la razón que participaba en los deseos perversos de la voluntad humana»⁸. Como consecuencia, Lutero manifestará una gran aversión a todo lo griego, pues corrompe – según él– lo específicamente cristiano: se da entonces una helenización y una mistificación del cristianismo, afirma. «En dos palabras: todo Aristóteles es a la teología, como las tinieblas a la luz»⁹.

Aparece además –en el pensamiento y en la predicación del reformador– un cierto immanentismo, al querer centrar toda la vida espiritual en el interior del individuo. «Se encierra todo en el hombre, incluso el mismo Dios», repetía. En cierto sentido, el pesimismo, el subjetivismo y el voluntarismo mencionados teñirán gran parte del pensamiento alemán de los siglos posteriores; todas estas ideas quedarán impresas en la mentalidad alemana¹⁰. Como consecuencia, el saldo en el nivel existencial e intelectual será una oscilación entre el pietismo y el secularismo, entre un Dios sin mundo y un mundo sin Dios¹¹. El pietismo (que animaba a fijarse sobre todo en los aspectos prácticos de la religión, dejando aparte los intelectuales) convivía extrañamente con un laicismo y una secularización cada vez más intensos¹². Sin embargo, la revolución apenas había comenzado.

En el siglo XVIII, la Ilustración querrá consagrar el dominio de la razón. Entre la *Aufklärung* y los primeros albores del romanticismo, surge la figura de Inmanuel Kant (1724-1804), el gran iniciador de la filosofía crítica alemana. Como es bien sabido, para

⁶ Cfr. LL. DUCH, *Reformas y ortodoxias protestantes: siglos XVI y XVII*, en E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana II*, Herder, Barcelona 1985, 205-218; J. VERCRUYSE, *Martin Lutero e la riforma protestante*, en G. OCCHIPINTI (ed.), *Storia della teologia II*, Dehoniane, Roma-Bologna 1996, 369-388.

⁷ G. BESIER, *La espiritualidad cristiana en la Reforma*, «Anuario de Historia de la Iglesia» 12 (2003) 135.

⁸ LL. DUCH, *Reformas y ortodoxias protestantes: siglos XVI y XVII*, 265; a pesar de ser en esto contrario al pensador inglés, allí se remite a H. JUNGHANS, *Ockham im Lichte der neuesten Forschung*, Berlin-Hamburg 1968, 324-325.

⁹ Tesis 50: *D. Martin Luthers Werke* 1.226.26s; cfr. J. VERCRUYSE, *Martin Lutero e la riforma protestante*, 373-374; A. LÉONARD, *Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo. Un discernimiento intelectual cristiano* (1980), Encuentro, Madrid 1997², 184-185.

¹⁰ Cfr. J. MARITAIN, *Tres reformadores* (1925), EPESA, Madrid 1948, 21-77; la cita viene en 76.

¹¹ Cfr. G. BESIER, *La espiritualidad cristiana en la Reforma*, 135.

¹² Cfr. *ibid.* 135-136; E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana III*, 216-221.

él los máximos valores eran la ciencia y la moralidad. En la moral, se hará notar la tradición y el rigorismo pietistas en los que fue educado; en lo que al conocimiento se refiere, Kant será un ilustrado, dotado por tanto de un fuerte componente crítico. «*Sapere aude!* –escribe–. ¡Ten el valor de servirme de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración». En el «giro copernicano» que quiere dar a la teoría del conocimiento, el filósofo de Königsberg afirma que solo conocemos el *fenómeno* (la realidad en mi mente), nunca el *noúmeno* o la realidad en sí misma. Existe un salto imposible entre ambas realidades. Como consecuencia, se dará también una ruptura entre la fe y la razón: la separación propuesta por Lutero se hace todavía más profunda. La razón es finita y no puede entrar ni de lejos en los misterios de la fe, afirma. El agnosticismo toma aquí veste filosófica. No existe relación ni entre fe y razón, ni tampoco entre sentidos e inteligencia, fenómeno y noúmeno, mundo y pensamiento. El abismo se ha hecho todavía más profundo¹³.

La Ilustración suponía un nuevo orden, una auténtica revolución cultural en la que debe primar la razón de una vez por todas. Pero Dios quedaba lejos. «Para impulsar la Ilustración –afirmaba el tranquilo profesor de Königsberg– no se precisa más que una sola cosa: libertad; y el tipo de libertad más inocuo entre todo aquello que puede calificarse como libertad es hacer siempre y en todo *uso público* de la propia razón. Pero no oigo más que gritar por todas partes: ¡no razonéis! El oficial dice: ¡no razonéis, sino ejecutad órdenes! El funcionario de hacienda: ¡no razonéis, sino pagad! El clérigo: ¡no razonéis, sino creed!»¹⁴. La ruptura entre la fe y la inteligencia es absoluta, según Kant. La fe cristiana será útil en tanto en cuanto nos lleve a una verdadera fe religiosa universal (la religión dentro de los límites de la razón), pero esa fe en el fondo no tiene en origen mucho que ver con la razón. Por eso Kant se quedará tan solo con los elementos puramente morales del cristianismo¹⁵.

Es cierto que la Ilustración alemana no fue en apariencia tan beligerante contra la fe y la Iglesia como la francesa (no hubo ningún Voltaire germánico). Sin embargo, la influencia de las ideas kantianas será enorme. «Los exponentes alemanes de la *Aufklärung* buscan, por el contrario, combatir esta clase de críticas [a la religión], y encontrar una respuesta positiva a la controversia –típicamente alemana– entre ortodoxia y pietismo. Los planteamientos teológicos de los católicos alemanes ilustrados suelen hallarse influidos, sin embargo, por la noción de Dios y de religión que se exponen en los escritos de Kant. Predominan en ellos un cierto subjetivismo agnóstico, un moralismo práctico y una fuerte tendencia pedagógica»¹⁶. Moralismo, subjetivismo y un cierto despotismo ilustrado serán los estigmas de los ilustrados alemanes. «Desde finales de la Ilustración –concluía Joseph Ratzinger–, la fe y la cultura de cada época se han ido distanciando progresivamente. La cultura había brotado hasta entonces en la Europa cristiana de la raíz de la religión, y estuvo ligada a este suelo nutricio incluso en sus manifestaciones profanas. El renacimiento y la

¹³ Cfr. J.L. ILLANES, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, en J.I. SARANYANA – J.L. ILLANES, *Historia de la teología*, BAC, Madrid 1995, 238-245; E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana* III, 245-247; E. COLOMER, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger* I, Herder, Barcelona 1986, 269-271. La cita de Kant aparece en *Was ist Aufklärung?* (1874), en *Kants gesammelte Schriften* VIII, Königlich preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlin 1923, 35.

¹⁴ I. KANT, *Was ist Aufklärung?*, en *Gesammelte Schriften* VIII, 36-37. Cfr. R. CORAZÓN, *Kant y la Ilustración*, Rialp, Madrid 2004, 45-54 y 61-64.

¹⁵ Cfr. E. COLOMER, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger* I, 273-274; R. CORAZÓN, *Kant y la Ilustración*, 79-84; C. IZQUIERDO, *Le premesse per una teologia politica*, en R. FISICHELLA, *Storia della teologia* III, 102-105.

¹⁶ J. MORALES, *La figura del teólogo a lo largo de la historia*, «Scripta Theologica» XXXIII/3 (2001) 689.

reforma significaron una primera crisis para esta fusión entre Iglesia y cultura; pero solo en la Ilustración se produjo una verdadera revolución cultural, una emancipación decidida de la cultura respecto a la fe»¹⁷.

3. Cultura en alemán

Alemania ha sido siempre *Land der Dichter und Denker*: una tierra de poetas, pensadores y también de teólogos. A pesar de todos los intentos recristianizadores, y tras los ateísmos de la centuria anterior de Marx, Feuerbach y Nietzsche, el siglo XX empieza con una cierta confusión. Se había proclamado el fin de la metafísica, pero ahora se pretendía hacer una filosofía centrada de nuevo en la realidad. Así, por ejemplo, Edmund Husserl (1859-1938), fundador del Círculo de Tubinga –en el que hubo varios conversos al catolicismo–, propuso la fenomenología y la «vuelta a las cosas mismas», que tanto influyó en el método y en el estilo de hacer filosofía de todo el siglo. Quería salir del callejón sin salida en que había metido Kant la teoría del conocimiento. Sin embargo, se suele decir que en la última etapa de su filosofía, no fue capaz de superar los presupuestos kantianos del conocimiento, por lo que la fe no acababa de tener carta de ciudadanía en el ámbito cognoscitivo. A pesar de todo, sus ideas y su método han influido de modo decidido tanto en filosofía como en teología.

Uno de sus discípulos de Husserl fue el famoso Martin Heidegger (1889-1976), el solitario filósofo de la Selva Negra, quien es considerado además como «el filósofo de mayor resonancia en la filosofía contemporánea». Su existencialismo (sus ideas del hombre como ser-en-el-tiempo, como un ente abandonado al ser, una esencia en la nada) fundamentó una ontología que irá derivando cada vez más hacia el nihilismo. De hecho el gran filósofo alemán del siglo XX se mostró crítico hacia el cristianismo, hasta el punto de haber sido acusado incluso en alguna ocasión de ateísmo¹⁸. Como consecuencia, fe y razón, filosofía y teología pertenecieron a dos mundos distintos y distantes, también la filosofía alemana del siglo anterior. «Heidegger no lo oculta: como formas de existencia, la fe y la filosofía son dos enemigos mortales, lo que no excluye –sino incluye– su mutuo reconocimiento. [...] Es en este contexto donde Heidegger introduce la célebre frase, tantas veces citada, según la cual ‘no hay nada que se parezca a una filosofía cristiana: esto es sin más algo como un hierro de madera’ (*hölzernes Eisen*). La filosofía no puede ser creyente ni la fe, filosófica. Si una de ellas pretende entrar en el ámbito de la otra, deja de ser lo que es»¹⁹. La fe se mantiene a distancia de la razón: la filosofía y la teología se ignoran recíprocamente, mientras Atenas y Jerusalén se mantienen como dos grandes ciudades casi enemigas. Sin embargo, todas sus evoluciones filosóficas serán seguidas de cerca por los teólogos de su tiempo, y su existencialismo influirá hasta bien entrada la mitad del siglo. La gran ruptura no será solo entre Roma y Alemania, sino también entre la fe y la razón, la cultura y el cristianismo.

En lo que a teología se refiere, en el ámbito católico se llega a la conclusión de que se ha de ofrecer una teología sólida para responder a las dificultades planteadas por el protestantismo, el agnosticismo y el ateísmo. Los nuevos teólogos quisieron superar las críticas formuladas por la *Aufklärung*. «Estos teólogos configuran junto con muchos otros en la Alemania de su tiempo un nuevo tipo de cultivador de las ciencias sagradas. Se trata de teólogos que investigan y enseñan en universidades regidas por el poder

¹⁷ *Un canto nuevo para el Señor* (1995), Sígueme, Salamanca 1999, 131.

¹⁸ Cfr. C. FABRO, *Martin Heidegger*, en *Gran enciclopedia Rialp*, XI 639-643; la cita se encuentra en 639.

¹⁹ E. COLOMER, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger* III, 630; R. SCHAEFFLER, *Filosofía y teología católica en el siglo XX*, 59-61; A. LÉONARD, *Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo*, 277-278.

civil. [...] Estas universidades mantienen por lo general –según la situación geográfica– una facultad de teología protestante y otra de teología católica. Surge así una figura teológica que es históricamente nueva»²⁰. No se trata por tanto ni de un monje ni de un religioso dedicado a enseñar en círculos eclesiásticos, sino de profesores de teología que dan clases en universidades del Estado alemán. Tal vez un buen ejemplo de esto podría ser Guardini en sus clases de *katholische Weltanschauung* en la poco católica universidad berlinesa²¹.

Romano Guardini (1885-1968), famoso profesor y predicador alemán de origen italiano. En él confluyen el interés por el arte y el pensamiento, tanto teológico como filosófico. Con su afán de totalidad, quiere alcanzar una *christliche Weltanschauung*. Sus obras están redactadas en un lenguaje sencillo, sin desmerecer por esto de su profundidad. Fue por tanto un escritor cristiano de enorme influencia. Además de su amor a la liturgia, Guardini mantiene también una gran cercanía con la corriente fenomenológica que dominaba aquellos años: una filosofía más concreta y descriptiva que intentaba dar con la ‘esencia de las cosas mismas’. Así, no elaboró un pensamiento sistemático, sino que fue analizando los distintos problemas de la actualidad, girando en torno a ellos: libertad y obediencia, oración y liturgia, Iglesia y mundo moderno... En sus escritos de teología –especialmente en *La esencia del cristianismo* (1929)– apareció una clara postura cristocéntrica, tal como había propuesto Barth. En *El Señor* (1937), Guardini propone –en oposición a la tradición exegética liberal y racionalista– la contemplación de Cristo como clave de la propia existencia cristiana. Tras algunos problemas con el gobierno nacionalsocialista, el teólogo italoalemán terminó sus años impartiendo clases y predicando memorables homilias en Tubinga y Múnich, dos grandes enclaves del pensamiento alemán²².

«Guardini es uno de los primeros –valoraba el profesor Ratzinger– que se decidieron por una orientación libre en la teología. Durante el periodo que abarca más o menos de 1920 a 1960, suscitó un enorme interés por la Iglesia, por pensar y creer en ella. En concreto en Guardini esto procede de haberse quitado la venda de los ojos, y comprobar de repente: ‘¡Pero si todo es completamente distinto!’. Esto no es infantilismo, sino valentía y libertad para oponerse a las opiniones dominantes»²³. Sin embargo, hay algo más que Ratzinger descubre en el sacerdote y pensador de origen italiano. «La importancia de la obra de Romano Guardini me parece que hoy consiste en la decisión que él sostiene –contra todo historicismo y pragmatismo– sobre la capacidad de verdad del hombre y la referencia a la verdad de la filosofía y la teología. [...] La última aparición pública de Guardini –su discurso con motivo de su octogésimo cumpleaños– fue dedicado una vez más al tema de la verdad, y puede ser considerado como una especie de testamento espiritual»²⁴.

²⁰ J. MORALES, *La figura del teólogo a lo largo de la historia*, 690.

²¹ Cfr. R. GUARDINI, *Apuntes para una autobiografía* (1985), Encuentro, Madrid 1992, 43-55.

²² Cfr. A. LÓPEZ QUINTÁS, *Romano Guardini*, en *Gran enciclopedia Rialp* XI, 386-387; J.L. ILLANES, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, 336-337; H.B. GERL, *Romano Guardini. La vita e l'opera* (1985), Morcelliana, Brescia 1988, 98-99; A. BELLANDI, *Fede cristiana come stare e comprendere*, 351-352; C. DOTOLO, *Romano Guardini*, en R. FISICHELLA (ed.), *Storia della teologia* III, 717-731; T. SCHEREJÄCK, *Romano Guardini*, en E. CORETH ET AL., *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX* III, 189-203.

²³ *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época* (entrevista con Peter Seewald, 2000), Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2002, 341.

²⁴ *Natura e compito della teologia. Il teologo nella disputa contemporanea. Storia e dogma*, Jaca Book, Milano 1993 (1992), 83, n.20. Cfr. también A. BELLANDI, *Fede cristiana come stare e comprendere*, 332-335.

La influencia de Guardini en Ratzinger va a ser enorme, no solo por las continuas referencias que nuestro teólogo hace a la obra guardiniana. En la presentación de las actas durante un acto en la *Katholische Akademie* de Baviera, con motivo del centenario del nacimiento del conocido pensador, escribía Ratzinger al hacer una valoración de su pensamiento: «El ansia de un buscador [de la verdad] no le llevaba jamás a un pensamiento arqueológico; esta era –como entonces las clases y homilias de Guardini– la expresión de una pregunta y de una esperanza. Guardini, el autodidacta (*der ‘Selbstdenker’*), no tenía la más mínima intención científica (*Wissenschaftlichkeit*); él en realidad se preguntaba –con otra seriedad y otra honradez– qué era verdad y qué no lo era»²⁵ Cristo, la verdad y la razón suponen tres buenas pistas que Guardini ofrece a Ratzinger, y que el joven teólogo alemán –como veremos– aprovechará y desarrollará por extenso.

Pero también estaba la Iglesia, el gran descubrimiento del momento. Guardini había escrito casi de modo profético en 1922: «La Iglesia despierta en las almas»²⁶. Dos años después, Gertrude von Le Fort escribía los *Himnos a la Iglesia*, poco antes de convertirse al catolicismo. Después en 1932 el famoso teólogo calvinista Karl Barth titulaba su gran obra como *Dogmática eclesial*, subrayando así la importancia del sentido de la Iglesia para la teología. En efecto, la teología y la vida de la Iglesia habían dado grandes pasos en el periodo de entreguerras. Recuerda Ratzinger: «Por una parte se ha llamado al siglo en el que vivimos el siglo de la Iglesia; podríamos llamarlo también el siglo litúrgico y sacramental, puesto que el redescubrimiento de la Iglesia, que tuvo lugar durante las dos guerras mundiales, descansa en el redescubrimiento de la riqueza espiritual de la liturgia primitiva cristiana y el principio sacramental»²⁷. Así, según nuestro teólogo, «el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico y ecuménico y, por último, una fuerte religiosidad mariana configuraron un nuevo clima espiritual en el que floreció también una nueva teología que, en el Vaticano II, dio frutos para toda la Iglesia»²⁸.

3. Baviera

*Joseph Ratzinger is very much a Bavarian theologian*²⁹, afirma Nichols: la tierra y la gente en que nació y vivió le han configurado incluso intelectualmente. Baviera es una de las provincias más grandes y ricas de Alemania, y es además un *Land* católico. Situada al pie de los Alpes, comprende dos grandes zonas geográficas formadas por la cuenca de Franconia al norte y el valle del Danubio al sur. Culturalmente Baviera se compone de la norteña Franconia, de la Suabia al oeste y de la ‘Baviera real’ –como se suele decir– al sur y al este. En esta última nació Joseph Ratzinger. El cielo bávaro casi siempre tiene alguna nube, tal como representa su bandera a rombos blancos y azul celeste. Es además una tierra rica, llena de lagos, bosques y montañas. La hospitalidad de los bávaros está fuera de dudas, siempre que se pague. Son joviales y simpáticos.

Mi ‘patria chica’ –afirmaba Benedicto XVI– es «el triángulo de tierra entre el [río] Inn y el Salzach, cuyo paisaje e historia impregnaron profundamente mi juventud. Se trata de una tierra de antiguos asentamientos celtas, que después formó parte de la provincia romana de Rezia y que siempre ha estado orgullosa de su doble raíz cultural.

²⁵ *Vortwort*, en J. RATZINGER (ed.), *Wege zur Wahrheit. Die bleibende Bedeutung von Romano Guardini*, Patmos, Düsseldorf 1985, 7.

²⁶ R. GUARDINI, *Vom Sinn der Kirche*, Mainz 1922, 5.

²⁷ *Ser cristiano* (1965), Sígueme, Salamanca 1967, 57.

²⁸ *Natura e compito della teologia* (1992), 90.

²⁹ A. NICHOLS, *The theology of Joseph Ratzinger. An Introductory Study*, T&T. Clark, Edimburgo 1988, 5

[...] El cristianismo llegó a estas tierras antes del periodo constantiniano, traído por los soldados romanos y, aunque fue sacudido por los tumultos y revueltas de las invasiones germánicas, quedaron algunos creyentes. A estos podríamos unir los misioneros venidos de la Galia, de Irlanda e Inglaterra; algunos quieren descubrir también influencias bizantinas»³⁰. Por lo tanto, celtas, romanos, germanos e influencias del este y del oeste. A esto añade la lista de santos que evangelizaron el territorio: Ruperto, Corbiniano y el anglosajón Bonifacio.

La historia de estas tierras resulta igualmente ilustrativa. Desde el siglo VI Baviera se debatió entre la independencia o la pertenencia al reino de los francos o de Luxemburgo, según temporadas. Solo a partir del siglo XII alcanzará su plena independencia, bajo el reinado de los Wittelsbach, una dinastía que gobernará hasta el mismo siglo XX. Sin embargo, tan solo en 1505 alcanzará la delimitación actual (la región comprendida entre los Alpes al sur, el bosque de la Bohemia al este y los ríos Inn y Lech), cuando el duque Alberto VI reunifique todos estos territorios bajo la misma corona. En este mismo siglo XVI, su sucesor Guillermo IV eligirá la religión católica para su reino, precisamente en los comienzos de la reforma de Lutero. Llegará entonces un momento de hegemonía política y esplendor cultural.

En la ‘santa Baviera’ –como dicen los mismos bávaros– se construirán pequeñas iglesias con torres rematadas con tejados en forma de bulbo, y se levantarán los grandes monasterios del barroco o del rococó –auténticas fortalezas de Dios–, que se convertirán en metas de numerosas peregrinaciones. El mismo Ratzinger evoca esta religiosidad rústica y tradicional de los bávaros al recordar la procesión de Corpus Christi: «Todavía siento el aroma que desprendían las alfombras de flores y el abedul fresco, los adornos en las ventanas de las casas, los cantos, los estandartes; todavía oigo los instrumentos de viento que aquel día en el pueblo se atrevían a más de lo que podían; y oigo el ruido de los cohetes con los que los muchachos expresaban su barroca alegría de vivir, pero a la vez que saludaban a Cristo en el pueblo como si fuera una autoridad venida de la ciudad, como a *la* autoridad suprema, como al Señor del mundo»³¹.

El resultado será una intensa evangelización y el nacimiento de una cultura cristiana en aquellas tierras. Todavía en el siglo XX «la vida campesina permanecía fuertemente unida en una simbiosis estable con la fe de la Iglesia: nacimiento y muerte, matrimonio y enfermedad, siembra y cosecha...; todo estaba incluido en la fe. Aunque el modo de vivir y de pensar de cada persona en particular no siempre coincidía con la fe de la Iglesia, ninguno podía imaginar morir sin el consuelo de esta o vivir otros grandes acontecimientos al margen de ella. [...] No se iba tan frecuentemente como hoy a comulgar, pero había días fijos para recibir el sacramento; si alguien no podía mostrar la hojita que atestiguaba la confesión pascual, era considerado un asocial. [...] No carecía de significado el hecho de que, en Pascua, los grandes terratenientes se arrodillaran humildemente en el confesionario para decir sus pecados, al igual que lo hacían sus criadas y criados, entonces muy numerosos»³². Así resume Ratzinger el ambiente cultural y religioso de su tierra natal.

El bávaro se caracteriza por ser noble y católico, campechano (en su mayoría, de origen campesino), aunque al mismo tiempo dotado de una gran sensibilidad. Múnich es una gran capital cultural y artística. Tienen también sin embargo algún defecto, según confesaba el propio Ratzinger con su habitual capacidad de autocrítica. «Existe también una pedantería de lo bávaro de la que nos deberíamos avergonzar. ¡Y no digamos nada de nuestras ínfulas históricas! [...] En este sentido tendríamos que asumir el

³⁰ *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Encuentro, Madrid 1997, 22-23.

³¹ *La fiesta de la fe*, DDB, Bilbao 1981, 171-172.

³² *Mi vida*, 31-32

compromiso del honor. No somos nosotros buenos porque seamos nosotros: es la fe la que nos infunde la nobleza del corazón, esa nobleza que –si es perseverante–, hará que nuestro país continúe siendo entrañable»³³. Mi patria es la infancia, se suele decir, y Ratzinger no intenta ocultar sus sencillos orígenes de la Baviera tradicional y campesina.

Sin embargo, el siglo XIX –bajo el influjo de Napoleón– será en Baviera un siglo de reformas. La Constitución de 1808 propondrá la igualdad ante la ley, la supresión para algunos campesinos de la condición de siervos de la gleba, un sistema de impuestos en el que contribuyen ya todos los ciudadanos, tutela de la persona y de la propiedad, así como la defensa de la libertad de conciencia y de prensa. En esta línea trabajará más adelante Georg Ratzinger, el tío abuelo de Joseph: sacerdote, escritor y político, amigo y asistente en la universidad del teólogo e historiador Döllinger. El tío Georg será también un defensor de los pobres y luchará por implantar la doctrina social de la Iglesia propuesta por León XIII; aunque –según Allen– no pudo evitar caer en la tentación del antisemitismo tan frecuente en la época³⁴. Ratzinger dirá escuetamente de su antepasado: «Era un sacerdote, doctor en teología, y también diputado del Parlamento del *Reich* y del *Land* y, además, un auténtico precursor de la defensa de los campesinos. [...] Por lo visto era un hombre rudo, pero con mucho prestigio en cuanto a sus ideas políticas, de modo que todo el mundo lo admiraba y estaba orgulloso de él»³⁵.

Aunque en esos años el Tirol, Vorarlberg y Salzburgo pasaron a Austria, el verdadero enemigo de Baviera era Prusia. De hecho, Baviera, el reino del sur, resultó vencida en la batalla de Königgratz en 1866. No se pudo evitar que el *Kulturkampf* tomara algunas medidas represivas en tierras bávaras, como la expulsión de los jesuitas. Sin embargo, al mismo tiempo la región estaba floreciendo económica y culturalmente. Los bávaros alcanzarán y conservarán más adelante algunos privilegios respecto al resto de los alemanes: un sistema particular de correos y ferrocarriles, o un ejército y un cuerpo diplomático propios. Conservarán también una atávica enemistad con los prusianos, que se reflejará en multitud de chistes y chismes.

«En los años anteriores a la I Guerra Mundial, [Múnich] la capital de Baviera no era precisamente el peor sitio del mundo para vivir. Ésta hizo venir a Vasili Kansdinski de Moscú, a Paul Klee de Zúrich, a Rainer María Rilke de Praga. Era tolerante, pero no hasta el punto de admitir ataques frontales contra la corte o la Iglesia»³⁶. Sin embargo, al término del conflicto mundial, en 1918, hubo dos intentos de establecer una república –socialista primero y bolchevique después–, la segunda de las cuales obligará al mismo nuncio vaticano (Eugenio Pacelli, el futuro Pío XII) a abandonar su palacio a punto de pistola. Esta circunstancia política algo violenta cambiará cuando la Constitución de 1919 constituya a Baviera como Estado soberano: aunque todavía dirigido por Weimar, estará gobernado por una cámara propia favorable a la tradicional monarquía bávara.

En Múnich había nacido también el partido nacionalsocialista. En 1933 Hitler sube al poder y suprime –entre otras cosas– los partidos políticos. Los bávaros acogerán al principio el nuevo régimen con entusiasmo, pero pronto manifestarán claramente su oposición. Los obispos publicarán un documento contra el nazismo, y el cardenal Faulhaber defenderá en la catedral a los judíos en sus sermones de adviento. Existirá igualmente una fuerte resistencia cultural. Por ejemplo, la Asociación de la Prensa católica en Baviera promovió unas seiscientas bibliotecas con más de medio millón de libros de contenido cristiano, a la vez que publicaba y distribuía folletos y panfletos,

³³ *De la mano de Cristo. Homilias sobre la Virgen y los santos* (1997), Eunsa, Pamplona 1998, 140-141.

³⁴ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger. The Vatican Enforcer of the Faith*, Continuum, Nueva York 2000, 5.

³⁵ *La sal de la tierra*, 49

³⁶ A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger* (1988), San Paolo, Cinisello Balsamo 1996, 19.

organizaba conferencias, proyectaba películas y colaboraba de modo habitual con trece periódicos. Como consecuencia, a partir de 1935 se sucederán los ataques del régimen nazi a las instituciones católicas, y también a algunas protestantes³⁷.

Joseph Ratzinger conoció al cardenal en Frisinga. «La gran figura del anciano cardenal Faulhaber me conmovió profundamente. Se notaba el sufrimiento que había soportado en los años del nazismo y que ahora le confería un invisible halo de dignidad»³⁸. Así, no tenía ninguna duda a este respecto, y manifestaba su modo de ver las cosas después de la guerra: la Iglesia «había sido, pese a las muchas debilidades humanas, el centro de oposición contra la ideología destructiva de la dictadura nazi; ella había permanecido en pie en el infierno que había devorado a los poderosos, gracias a la fuerza que le venía de la eternidad. Teníamos la prueba: las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella. Y sabíamos por experiencia qué eran ‘las puertas del infierno’ y podíamos ver con nuestros propios ojos que la casa construido sobre la roca se había mantenido firme»³⁹.

Todas estas circunstancias influirán decididamente en el ánimo y en la personalidad del futuro teólogo. Ratzinger se considerará siempre profundamente bávaro. Cuando en 1984 le preguntaron si no se sentía atraído por el protestantismo, el prefecto contestó inmediatamente: «¡Oh, no! El catolicismo de mi Baviera sabía dejar sitio para todo lo humano: para la oración y para las fiestas, para la penitencia y para la alegría. Un cristianismo gozoso, polícromo, humano. Será que no tengo una sensibilidad ‘puritana’ y que he respirado el barroco desde la infancia. Y con todo el respeto a mis amigos protestantes: por motivos psicológicos nunca he experimentado una atracción de este tipo. Tampoco en el plano teológico: el protestantismo podría dar la sensación de ‘superioridad’, de un mayor rigor científico; pero la gran tradición de los Padres y de los maestros medievales era para mí más convincente»⁴⁰. El catolicismo bávaro consigue esa mezcla entre lo humano y lo divino que los protestantes no sabían soportar.

³⁷ Cfr G. REDONDO, *La Iglesia en el mundo contemporáneo. De León XIII a Pío XI*, Eunsa, Pamplona 1979, 192-193, 264-269; A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, 15-27; J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 3-9 y 24-29.

³⁸ *Mi vida*, 57.

³⁹ *Mi vida*, 54.

⁴⁰ *Informe sobre la fe*, 49.

II. LUCES Y SOMBRAS

«Yo diría que, en mi caso, fue un crecimiento tranquilo. [...] No podría identificar en mi vida el salto del que usted habla, un acontecimiento especial. Más bien me fui aventurando –despacio y con mucha cautela– mar adentro, partiendo de aguas poco profundas, y fui percibiendo lentamente algo de ese océano que sale a nuestro encuentro»⁴¹. Así describe Ratzinger el progresivo acercamiento a Dios que ha marcado toda su vida: en ella la fe, la inteligencia y la conciencia de haber recibido una llamada y una misión por parte de Dios han ido creciendo, poco a poco. Veamos pues ahora algo de la biografía del que llegará a ser uno de los teólogos más conocidos en la Alemania de la posguerra y del posconcilio. Eran unos orígenes claros que hacían presagiar su futuro como prefecto del organismo que vela por la pureza de la fe cristiana y, más adelante, como Sumo Pontífice de la Iglesia católica.

1. Una familia cristiana

El padre de Joseph, de quien heredó el nombre de pila, era un *Gendarmer-Kommissar*, un oficial de la policía rural «cerebral y voluntarioso», con todas las consecuencias que este carácter suele traer consigo⁴². Era originario de la Baja Baviera y, más que del imperio alemán, partidario de una corriente bávaro-austríaca de orientación católica⁴³. Su hijo le recuerda también como un buen trabajador y un padre cercano con quien hablaba con frecuencia. Quería dedicar tiempo a su familia. «En aquella época, a causa de las exigentes prestaciones físicas a las que les obligaba su trabajo, los policías se jubilaban a la edad de sesenta años. Mi padre esperaba con impaciencia aquel día. Las numerosas guardias nocturnas que traía consigo su cargo le sometían a una dura prueba; pero más aún le pesaba la situación política en la que tenía que llevar a cabo su misión. Durante un largo periodo de vacaciones, a causa de una convalecencia por enfermedad, daba frecuentes caminatas conmigo y me contaba cosas de su vida»⁴⁴.

Joseph padre era también un hombre profundamente religioso y un decidido opositor del régimen nacionalsocialista. Sus abiertas críticas a Hitler le obligaron a continuos cambios de domicilio. «Esta peregrinación continua concluyó en el año 1937 cuando, cumplidos los sesenta años de edad, se jubiló»⁴⁵. Recuerda también su hijo los comentarios que oía en casa en 1940, cuando Alemania había conseguido abundantes conquistas en la primera parte de la II Guerra Mundial: «Mi padre veía con gran clarividencia que la victoria de Hitler no sería una victoria de Alemania, sino del Anticristo, y que era el comienzo de tiempos apocalípticos para todos los creyentes. Y no solo para ellos»⁴⁶.

Incluso sus decididas ideas políticas llegaron a comportar serios peligros para la familia Ratzinger, tal como relata en un inolvidable recuerdo. «En los días siguientes –era ya al final de la guerra, en 1945–, vino a alojarse con nosotros un sargento de la *Lufftwaffe*, un simpático católico berlinés que, sorprendentemente, con una lógica inexplicable para nosotros, continuaba creyendo en la victoria final del *Reich* alemán. Mi padre –quien discutió ampliamente al respecto– logró convencerle de lo contrario. Más adelante se alojaron en nuestra casa dos miembros de las SS [...]. Mi padre no

⁴¹ *Dios y el mundo*, 17.

⁴² Cfr *La sal de la tierra*, 49; J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 9.

⁴³ Cfr *La sal de la tierra*, 55.

⁴⁴ *Mi vida*, 35

⁴⁵ *Mi vida*, 21.

⁴⁶ *Mi vida*, 41

pudo evitar verter sobre ellos toda su ira contra Hitler, lo cual habría equivalido normalmente a una condena a muerte. Pero parecía que un ángel de la guarda velaba por nosotros, pues ambos desaparecieron al día siguiente, sin causarnos desgracia alguna»⁴⁷.

La señora Ratzinger, Maria, procedía del Tirol, en el sur de Alemania⁴⁸; era una buena cocinera y había trabajado en pequeños hoteles. Se había casado con el cada vez menos joven gendarme en 1920, y había tenido ya dos hijos: Maria en 1921 y Georg en 1924⁴⁹. «Mi madre había sido cocinera de profesión y era una auténtica ‘sabelotodo’. Tenía recetas de todo tipo que se sabía de memoria y, gracias a su fantasía y a su buena mano para la cocina, con los escasos medios de aquellos tiempos de guerra, preparaba unos platos deliciosos»⁵⁰. Era por tanto una mujer hacendosa. «Con el paso del tiempo, nuestra madre acabó por transformar aquella casa [de Traunstein] –inicialmente un poco en ruinas y que mi padre había hecho restaurar– en un espléndido hogar. Delante de las ventanas, colocó jardineras con flores; en nuestro terreno, plantó dos huertos, en donde crecía todo tipo de hortalizas para nuestro sustento y que estaba totalmente rodeado de flores»⁵¹.

Cuando los Ratzinger se trasladaron a vivir a Frisinga en 1955, aquella mujer no se entretuvo en excesivos recuerdos nostálgicos en torno a su anterior hogar. «Nada más llegar los transportistas, mi madre se colocó el delantal y se puso a trabajar; por la noche, ya estaba en la cocina preparando la cena»⁵². En 1963 –recuerda Ratzinger–, con la muerte ya cercana, la anciana madre dio todavía verdaderas muestras de fortaleza interior: «Ya desde enero, mi hermano había notado que nuestra madre asimilaba cada vez peor la comida. A mediados de agosto, el médico nos confirmó la triste noticia de que se trataba de un cáncer de estómago, que avanzaba veloz e inexorablemente. Hasta fines de octubre, aunque consumida hasta la piel y los huesos, continuó haciendo las labores de la casa para mi hermano, hasta que se desmayó en una tienda y, desde entonces, no pudo abandonar el hospital. Habíamos vivido con ella la misma experiencia que con mi padre. Su bondad era cada día más pura y transparente, y continuó creciendo en las semanas en que aumentaba el dolor»⁵³. «Mi madre era muy buena, pero con mucha fortaleza interior»⁵⁴, concluye el conocido teólogo.

La situación económica de la familia Ratzinger correspondía a la de una familia de la clase media. «Mis padres se casaron algo mayores y, en Baviera, la profesión de mi padre –que tenía el grado de comisario– estaba bien pagada. No éramos una familia pobre en el sentido literal de la palabra. El ingreso mensual de mi padre estaba garantizado, aunque llevábamos una vida sencilla de austeridad, que agradezco. [...] Mis padres se vieron obligados a hacer muchas renunciaciones para que pudiéramos estudiar»⁵⁵. El futuro cardenal se atribuye de este modo unos orígenes sencillos y modestos. Será algo que le marcará toda su vida. «Más tarde he reflexionado a menudo sobre la extraordinaria circunstancia por la que la Iglesia, en el siglo de la ciencia y del progreso, se ha visto tan bien representada en personas sencillas como Bernardette de Lourdes o en el hermano Conrado[, el santo portero del santuario de Altötting], a los que apenas parecen afectarles las corrientes de la historia. ¿Es esta tal vez una señal de que la Iglesia ha perdido la capacidad de incidir en la cultura y solo consigue encontrar

⁴⁷ *Mi vida*, 49

⁴⁸ Cfr *La sal de la tierra*, 55

⁴⁹ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 9-10

⁵⁰ *La sal de la tierra*, 49

⁵¹ *Mi vida*, 36

⁵² *Mi vida*, 82

⁵³ *Mi vida*, 106-107

⁵⁴ *La sal de la tierra*, 49

⁵⁵ *La sal de la tierra*, 48

lugar fuera de la historia? ¿O es un signo de que la capacidad de acoger con inmediatez lo que en verdad importa se da todavía hoy a los más pequeños, a quienes se les ha concedido una mirada que, en cambio, tan a menudo les falta a los ‘sabios e inteligentes’ (cfr Mt 11,25)?»⁵⁶.

2. Una infancia difícil

«Nací el 16 de abril de 1927, Sábado Santo –recordaba el entonces cardenal–, en Marktl, junto al Inn [el río de aguas azules que viene de Innsbruck y fluye en el Danubio]. En mi familia se recordaba con frecuencia el hecho de que el día de mi nacimiento fuera el último de la Semana Santa y víspera de la noche de Pascua de resurrección, y más aún el que fuese bautizado al día siguiente de mi nacimiento, con el agua apenas bendecida en la noche pascual [...]. Ser el primer bautizado con el agua nueva se consideraba un importante signo premonitorio. [...] Me hablaron de la nieve alta y del punzante frío en el día de mi nacimiento». Recuerda también una circunstancia meteorológico: «Me hablaron de la alta nieve y del punzante frío en el día de mi nacimiento»⁵⁷. Ratzinger interpreta sin embargo más el contexto litúrgico en que se dio su propio nacimiento del siguiente modo: «Me alegra mucho haber nacido ese día, víspera del domingo de gloria, justo al empezar la Pascua, aunque sin haber comenzado todavía del todo. Además, me parece muy significativo, pues simboliza lo que es en realidad mi propia historia, mi situación actual: estar a las puertas de la gloria, sin haber entrado todavía en ella»⁵⁸. El teólogo recuerda así, de modo simbólico, el componente pascual y escatológico de toda nuestra existencia: ya (pero todavía no) estamos en la gloria. Esa es la verdadera vida del cristiano.

Marktl am Inn es un pequeño pueblo en los Alpes de menos de tres mil habitantes, dedicados en su mayoría a las labores del campo. La casa que le correspondía al gendarme era un bonito chalé de tres pisos, pintado de blanco y con las típicas contraventanas de madera. Allí se gozaba de la vida tranquila campesina; se podía pasear por los caminos o ir a pescar al río. El paisaje era casi de postal⁵⁹. Sin embargo, «no fue ni mucho menos una época fácil: dominaba el paro, las indemnizaciones de guerra gravaban sobre la economía alemana, la lucha entre partidos enfrentaba a unos con otros, las enfermedades causaban estragos en nuestra familia. Pero quedan también bonitos recuerdos de amistad y de mutua ayuda, de pequeñas fiestas familiares y religiosas», como las peregrinaciones en familia al santuario mariano de Altötting⁶⁰.

Como él mismo escribe, su infancia transcurrió entre los ríos Inn y Salzach. La familia Ratzinger tiene que mudarse de modo continuo –como hemos dicho– por las ideas políticas del gendarme cabeza de familia. En efecto, en 1928, cuando Joseph tenía apenas un año, la familia se traslada a Tittmoning, una pequeña ciudad de unos cinco mil habitantes, con un puente sobre el Salzach que sirve de frontera con Austria. Se caracteriza también este pueblo por una arquitectura típicamente salzburguesa⁶¹. Los numerosos recuerdos de infancia de aquella ciudad se suceden uno tras otro. «Veo todavía la plaza de la ciudad en su magnífica grandeza, con sus nobles fuentes, flanqueada por las puertas de *Laufen* y de *Burghausen*, y totalmente rodeada por antiguas y soberbias casas de los burgueses: una plaza que haría los honores a cualquier gran ciudad. Sobre todo, han quedado grabados en mi memoria –como una maravillosa

⁵⁶ *Mi vida*, 23.

⁵⁷ *Mi vida*, 22.

⁵⁸ *La sal de la tierra*, 47

⁵⁹ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 10-11

⁶⁰ *Mi vida*, 23

⁶¹ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 11-12

promesa— los escaparates iluminados de las tiendas durante las navidades»⁶². También se revuelven en sus recuerdos las tradiciones religiosas de esa pequeña ciudad fronteriza. «Ha quedado particularmente grabado en mi memoria el recuerdo del Santo Sepulcro, con muchas flores y luces de colores, que se instalaba entre el Viernes santo y el Domingo de pascua, y que nos ayudaba a sentir de cerca el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, a percibirlo con los sentidos [...], mucho antes que cualquier intento de comprensión racional»⁶³.

Los recuerdos de infancia se mezclan con una vida normal vivida con sencillez en el seno de una familia cristiana. «Estábamos a pocos pasos de la vecina Austria. Era un sentimiento único encontrarse, por pocos metros, ‘en el extranjero’ donde, no obstante, se hablaba la misma lengua y —con pequeñas diferencias— también el dialecto que hablábamos nosotros. En otoño buscábamos en los campos una especie de lechuga silvestre y, en los prados alrededor del Salzach, bajo la atenta dirección de mi madre, diversos materiales útiles para nuestro querido ‘Portal de Belén’. [...] A pesar de todo, percibíamos que nuestro apacible mundo infanti no era precisamente lo que llamamos un paraíso»⁶⁴.

Sin embargo, enseguida llegaron los tiempos difíciles. La sombra del III Reich surgía poco a poco amenazando aquellos dorados momentos de la infancia. «Tras aquellas hermosas fachadas se escondía una gran pobreza. La crisis económica había afectado seriamente a nuestra pequeña ciudad fronteriza, dejada de la mano del progreso. El clima político se enrarecía cada vez más. [...] El partido nazi era el que jugaba un papel cada vez más determinante, presentándose como la única alternativa clara frente al caos reinante. [...] En las reuniones públicas, mi padre debía intervenir contra la violencia de los nazis más de lo deseable. Nos dábamos cuenta de su gran preocupación, y que no era capaz de quitarse de encima ni siquiera durante los pequeños sucesos de cada día»⁶⁵.

No era el único que advertía esta amenaza. En 1931, los obispos bávaros publican una instrucción dirigida al clero en la que manifiestan su oposición al régimen nazi. Un año después, la existencia itinerante de los Ratzinger tiene un nuevo destino: Aschau, de nuevo junto al Inn. «A finales de 1932 mi padre decidió que nos mudáramos otra vez de casa, ya que en Tittmoning se había mostrado demasiado en contra los nazis. En diciembre, poco antes de la Navidad, nos encontramos en nuestro nuevo hogar en Aschau, junto al Inn, un próspero pueblo campesino con grandes y vistosas granjas. [...] Formaba parte de la casa un pequeño jardín delantero con un bello crucifijo que daba al camino y un gran prado en el que había un estanque con carpas, donde yo una vez, mientras jugaba, estuve a punto de ahogarme. En medio de la aldea, como es frecuente en Baviera, había una gran fábrica de cerveza. La cervecería de la fábrica era el punto de encuentro de los hombres todos los domingos»⁶⁶. Aunque fuera un pueblecito muchos más pequeño que Tittmoning, no dejaba de tener su encanto.

El 30 de enero de 1933, Hindenburg confía a Hitler el cargo de canciller. Joseph tenía apenas cinco años. «No recuerdo nada de aquel día lluvioso, pero mis hermanos me han contado que la escuela tuvo que realizar una marcha a través del pueblo, que se convirtió en un zapateo sobre el barro bajo la lluvia, que no despertó interés alguno. [...] Mi padre sufría mucho por estar al servicio de un poder estatal cuyos representantes consideraba unos criminales, si bien, gracias a Dios, en aquel tiempo su

⁶² *Mi vida*, 24-25

⁶³ *Mi vida*, 24.

⁶⁴ *Mi vida*, 26.

⁶⁵ *Mi vida*, 26.

⁶⁶ *Mi vida*, 27.

trabajo en el pueblo apenas se vio afectado. En los cuatro años que nosotros pasamos en Aschau, por lo que puedo recordar, el nuevo régimen tan solo se dedicó a espiar y a tener bajo control a los sacerdotes que tenían una conducta hostil al Reich. Se comprende fácilmente que mi padre no solo no colaborara con éste, sino que –por el contrario– protegió y ayudó a los sacerdotes que sabía que corrían peligro»⁶⁷.

La oposición entre el Reich y la Iglesia llegaba también al ámbito de la escuela, pues las nuevas autoridades en el poder no respetaron el Concordato que habían firmado con Roma. «Los obispos llevaron a cabo con dureza la lucha en defensa de la escuela católica, para exigir la observancia del Concordato. Han quedado grabadas en mi memoria las cartas pastorales sobre este tema que el párroco leía. [...] Los profesores que tuve durante mi periodo escolar de cuatro años en Aschau no eran ciertamente cristianos convencidos, aunque trataban de mantener las distancias con el nuevo régimen. Ya que la iglesia era el centro del pueblo (no solo arquitectónicamente, sino en el modo de sentir y vivir de la gente), hubiera sido bastante imprudente ponerse en contra de ella: esto solo hubiera proporcionado problemas al nuevo régimen.»

»Había un joven profesor –hombre de mucho talento–, que estaba convencido de las nuevas ideas. Intentó abrir una brecha en la estable unidad en la vida de la aldea, totalmente impregnada por los tiempos litúrgicos de la Iglesia. Con gran pompa hizo levantar el Árbol de Mayo y compuso una especie de plegaria como símbolo de la fuerza vital que se renueva constantemente. [...] Por suerte, semejantes eslóganes no producían demasiado efecto en la sobria mentalidad de los campesinos bávaros. Los muchachotes se interesaban más por las salchichas que colgaban del árbol y que acababan en los bolsillos de los que trepaban más rápido, que de los altisonantes discursos del maestro de escuela. Otro signo inquietante de los nuevos tiempos fue el faro construido con gran rapidez sobre el Winterber, una de las colinas que rodeaban el pueblo. De noche, cuando partía el cielo con su luz deslumbrante, aparecía como el relámpago que presagiaba un peligro, que no sabíamos cómo llamar»⁶⁸.

3. Una llamada importante

A pesar de su corta edad, Joseph recordará de esa época el avance del nacionalsocialismo, al mismo tiempo que descubre la belleza de la liturgia cristiana. En esas circunstancias empezará también a madurar –poco a poco– su vocación sacerdotal⁶⁹: «Primero mi hermano se hizo monaguillo; después, en 1935, [...] seguí sus pasos, aunque no podía compararme a él en capacidad y empeño»⁷⁰. Mientras tanto se van configurando los primeros rasgos de su personalidad intelectual. «Aquí mostró por primera vez –afirma su hermano– sus particulares dotes intelectuales. Sus compañeros de escuela se sorprendían de la rapidez de su aprendizaje, de la precisión de su memoria y de su capacidad de expresión»⁷¹. Le entusiasmaban los debates y las discusiones de todo tipo, recuerda su hermano. «Por una parte, como es natural, nos entusiasmaban todas las fiestas litúrgicas que entonces había: su música, los ornamentos, las imágenes... Pero por otro lado, desde el principio, me interesaba todo lo relacionado con la religión desde el punto de vista racional. Pienso que iba profundizando, poco a poco, por mi cuenta. En aquellos años de nacionalsocialismo había muchas polémicas, y resultaba particularmente necesario tener bien preparadas las respuestas que se debían dar, pues por aquel entonces te señalaban en público: ‘ése es católico; va mucho a la

⁶⁷ *Mi vida*, 28.

⁶⁸ *Mi vida*, 29-30.

⁶⁹ Cfr *Mi vida*, 27-34.

⁷⁰ *Mi vida*, 31.

⁷¹ G. RATZINGER, *La testimonianza del fratello*, 224.

iglesia'; o incluso: 'ése quiere hacerse cura'. Las broncas callejeras eran muy frecuentes; había que ir [dialécticamente] bien pertrechados contra los posibles ataques»⁷².

El arte, la liturgia y el debate intelectual estimulaban la curiosidad del joven Joseph. A pesar de los tiempos revueltos que se acercaban, la vida eclesial y litúrgica de aquel pequeño pueblo bávaro mantenía su ritmo habitual. «El año litúrgico imprimía su ritmo al tiempo y lo percibí ya desde niño –es más, precisamente por ser niño– con gran alegría y agradecimiento. En el tiempo de adviento, por la mañana temprano, se celebraban con gran solemnidad las misas *Rorate* en la iglesia aún a oscuras, tan solo iluminada a la luz de las velas. La espera gozosa de navidad daba un sello muy especial a aquellos días melancólicos. [...] Los jueves de cuaresma se organizaban unos momentos de adoración llamados 'del Huerto de los Olivos', con una serenidad y una fe que siempre me conmovían profundamente. Particularmente impresionante era la celebración de la resurrección, la noche del Sábado Santo [...]. Apenas el párroco cantaba el versículo que anunciaba '¡Cristo ha resucitado!', se abrían de repente las cortinas de las ventanas y una luz radiante irrumpía en toda la iglesia: era la representación más impresionante de la resurrección de Cristo que jamás he presenciado»⁷³. También se entusiasmó con el misal popular –el *Schott*– que sus padres le regalaron: ahora podía leer despacio los textos de la misa y saborearlos mejor.

El nuevo régimen político siguió avanzando y, con él y tras varias vacilaciones, la postura de la Iglesia respecto al nacionalsocialismo. Los acontecimientos se precipitaron en 1937. En febrero tiene lugar la *Kristallnacht*, en la que las juventudes hitlerianas rompen los cristales de los comercios judíos. Pío XI publica poco después la encíclica *Mit brennender Sorge*, en la que condena las teorías nacionalsocialistas. Mientras tanto la vida en Alemania iba cambiando poco a poco, y el ambiente se enrarecía. «Cuando nos marchamos de allí [de Aschau], en 1937 –recuerda Joseph–, supimos que se había proyectado la construcción de unas instalaciones que se levantaron con inusitada rapidez, cuidadosamente ocultas entre los árboles. Se trataba de una fábrica de municiones que no podía ser divisada desde el aire. Empezaba a verse de una forma clara y terrible lo que nos esperaba»⁷⁴.

Afortunadamente, el padre de los Ratzinger se había jubilado mientras tanto a los sesenta años, debido al intenso ritmo de trabajo que llevan habitualmente los gendarmes, y toda la familia se trasladó una vez más en el mes de abril a Traunstein, a una vieja casa de campo situada en los alrededores, cuando Joseph apenas cumplía diez años. «Los anteriores propietarios habían malvendido los terrenos; por eso, a la casa tan solo le pertenecía ya un gran prado, en el que se levantaban dos grandes cerezos, manzanos, perales y ciruelos. El terreno lindaba con un bosque de encinas, del que nos separaban tan solo unos cuantos pasos, y luego aparecía un bosque de coníferas que se extendía durante varias horas de camino [...] La propiedad estaba construida en el estilo alpino típico de la zona de Salzburgo. [...] El tejado de los establos y del granero estaba cubierto con tejas de madera, protegidas del viento con el peso añadido de unas piedras. No había agua corriente pero, como compensación, delante de la casa nacía una fuente que daba un agua fresca y deliciosa. [...] Las ventanas del dormitorio donde dormíamos los dos chicos daban al sur. Por la mañana, cuando descorríamos las cortinas, veíamos delante el Hochfellen y el Hochgern –las dos 'montañas locales' del Traunstein– tan

⁷² *La sal de la tierra*, 54.

⁷³ *Mi vida*, 32.

⁷⁴ *Mi vida*, 30-31.

cerca que casi podíamos tocarlas»⁷⁵. Es decir, la típica cabaña de los Alpes en un enclave pintoresco y prácticamente paradisíaco.

Son los felices años del bachillerato, en los que se toman tantas decisiones definitivas. «Con la mudanza a Traunstein empezó un periodo importante y difícil para mí. Pocos días después de nuestra llegada, la escuela abrió sus puertas: empecé entonces el bachillerato humanístico, que corresponde al actual en lenguas clásicas. Para llegar a la escuela debía caminar cerca de media hora, tiempo suficiente para contemplar los alrededores y reflexionar, pero también para ir repitiendo lo que había aprendido en clase. [...] El latín era la asignatura básica de toda la enseñanza escolar, y se estudiaba con gran severidad y rigor, cosa que lo he agradecido toda mi vida. [...] Rememorando aquellos años de estudio, encuentro que la formación cultural –basada en el espíritu de la antigüedad griega y latina– creaba una actitud espiritual que se oponía a la seducción ejercida por la ideología totalitaria» de los nazis⁷⁶. Joseph se aplica con esfuerzo y pasión a sus estudios, incluso en el largo paseo que debe hacer todos los días para llegar a la escuela.

«Ningún profesor de latín o griego de la vieja guardia se había adherido al partido, pese a la considerable presión ejercida sobre los funcionarios. Poco después de mi ingreso en el Instituto, el subdirector del centro fue expulsado por no ser favorable a los nuevos amos. Al recordar aquellos años de estudios, encuentro que la formación cultural basada en el espíritu de la antigüedad griega y latina creaba una actitud espiritual que repelía la seducción por la ideología totalitaria. Al hojear el libro de canciones que entonces se usaba en la escuela, [...] me di cuenta de que nuestro profesor de música había hecho suprimir con ingenio la expresión *Juda den Tod!* (¡muerte a los judíos!), sustituyéndola por *Wende die Not* (haz de la necesidad virtud), conservando la rima pero cambiando de todo la consigna racista»⁷⁷. Poco a poco, sin embargo, las lenguas clásicas fueron sustituidas por las modernas, se aumentó el estudio de las ciencias naturales, se suprimió la asignatura de religión y la ideología nazi se fue instalando entre los pupitres.

En efecto, la sombra de la ideología seguía creciendo de un modo claramente amenazador. En marzo de 1938, tiene lugar el *Anschluss*, la anexión de Austria al III Reich con la consiguiente desaparición de la frontera, que solo en un aspecto tuvo repercusiones positivas para la familia Ratzinger. «A partir de entonces, nos acercábamos con más frecuencia a la vecina Salzburgo con mis padres; siempre que íbamos, hacíamos peregrinaciones a *Maria Plain*, visitando sus luminosas iglesias y dejándonos iluminar por la atmósfera de esta alegre ciudad. Mi hermano tuvo una iniciativa que me hizo conocer otra dimensión de Salzburgo [...]. Así pudimos escuchar, por ejemplo, la *Novena sinfonía* de Beethoven, dirigida por Knappersbusch, la *Misa en do menor* de Mozart, un concierto de los Niños cantores de la catedral de Ratisbona y otros muchos inolvidables conciertos»⁷⁸. La música también ocupaba un importante lugar en la vida del adolescente Joseph. «Allí fue donde Mozart entró hasta el hondón de mi alma. Su música –tan brillante y, al mismo tiempo, tan intensa– todavía me sigue haciendo vibrar de emoción. No es un simple *divertimento*: la música de Mozart encierra toda el drama de ser hombre»⁷⁹.

Fueron también los años en que Ratzinger descubrió la llamada de Dios. Por aquella época iba madurando su vocación sacerdotal; según su hermano, Joseph decidió hacerse

⁷⁵ *Mi vida*, 35-36

⁷⁶ *Mi vida*, 36-37

⁷⁷ *Mi vida*, 37.

⁷⁸ *Mi vida*, 38

⁷⁹ *La sal de la tierra*, 52

sacerdote a los diez años⁸⁰. «No lo vi como si un rayo de luz me iluminara de pronto –matiza el futuro papa– y me hiciera entender que tenía que ordenarme sacerdote, no. Fue más bien un lento proceso que iba tomando cuerpo paulatinamente; tenía una vaga idea –siempre la misma– hasta que un día tomó por fin una forma concreta. No sabría decir la fecha exacta de mi decisión»⁸¹. De hecho, la fecha de su decisión definitiva se pospone en el tiempo: «fue un proceso de maduración intenso y, en parte, también complejo, durante mi época universitaria. Este proceso me llevó también a acercarme a la Iglesia, a guías y compañeros sacerdotes y, por supuesto, a la Sagrada Escritura. Este tejido de relaciones fue aclarándose poco a poco»⁸². Así, al final, «puedo decir que el conjunto de la lucha [entre el sí y el no] desembocó en un conocimiento claro y exigente, de forma que también se manifestó también en mi interior la voluntad de Dios»⁸³.

En Pascua de 1939, Joseph ingresa en el seminario menor de Traunstein, gracias a que su hermana Maria se puso a trabajar por aquel entonces. Tenía entonces doce años. «En ese tiempo se estaba operando otro cambio decisivo en mi vida. Durante dos años acudí al instituto a pie, día tras día, con gran ilusión; pero el párroco insistió en que entrara en el seminario menor, para poder ser iniciado de manera sistemática en la vida eclesial. Para mi padre, cuya pensión era verdaderamente exigua, suponía un gran sacrificio. [...] Se tomó, pues, la decisión y, por la pascua de 1939, entré en el seminario, feliz y lleno de expectativas [...]. Pero soy de esas personas que no están hechas para la vida en un internado. [...] El encontrarme en una sala de estudio con cerca de setenta compañeros suponía para mí un gran sufrimiento [...]. Lo que me fastidiaba más todavía era que –para hacer honor a una moderna idea de educación– estaban previstas todos los días dos horas de deporte en el enorme campo de deportes de la casa. Esta circunstancia llegó a ser para mí una verdadera tortura, ya que no estoy lo que se dice especialmente dotado para el deporte». Y menos para el fútbol, aunque añade con sentido del humor: «Tengo que decir, no obstante, que mis compañeros eran muy tolerantes conmigo»⁸⁴.

⁸⁰ Cfr G. RATZINGER, *La testimonianza del fratello*, 225

⁸¹ *La sal de la tierra*, 59

⁸² *Dios y el mundo*, 19

⁸³ *Dios y el mundo*, 20

⁸⁴ *Mi vida*, 39; cfr *La sal de la tierra*, 52-53

III. UNA DECISIÓN

1. La guerra

El 3 septiembre de 1939, tras la ocupación de Polonia por parte de Alemania, estalla la II Guerra Mundial. «Como consecuencia inmediata del estallido de la guerra, nuestro seminario fue requisado como hospital militar. [...] Pero el director encontró unos alojamientos provisionales [...] en el colegio femenino de las Damas Inglesas de Sparz, en lo alto de la ciudad. La casa estaba completamente vacía [...], de modo que los seminaristas y los profesores pudimos encontrar alojamiento. Pero no había campos deportivos y, en lugar de hacer deporte, caminábamos juntos por las tardes por los bosques de los alrededores. Se construían presas, se pescaban peces... Esa era de verdad una vida feliz para un muchacho. Me reconcilé con el seminario y viví un periodo estupendo. Tuve que aprender a adaptarme a la vida en común, a salir de mí mismo y a convivir con los demás, a base de dar y recibir: estoy muy agradecido a esta experiencia, que ha sido muy importante en mi vida»⁸⁵. El salir de su timidez y de su aislamiento, así como los saludables paseos por los bosques, consiguieron ponerle ‘a tono’ para afrontar esa decisión tan importante que estaba tomando en su vida.

Sin embargo, la continua pesadilla de aquellos años iban a truncar esa fugaz felicidad. En 1940 los avances de la guerra se hacen notar. Hitler ocupa Dinamarca, Noruega, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Joseph conserva sin embargo recuerdo triste de aquel año: la muerte de un primo suyo, disminuido mental. «Tenía catorce años y era un poco menor que yo. Era fuerte y mostraba los típicos síntomas del síndrome de Down. Despertaba simpatía por la sencillez de su inteligencia y su madre, que ya había perdido una hija de muerte prematura, le tenía un gran cariño. Pero en 1941 se ordenó, por parte de las autoridades del III Reich, que debía ser internado para recibir una mejor asistencia. [...] No teníamos noticia de la campaña de eliminación de disminuidos mentales que había empezado desde finales de los años treinta. Después de un tiempo llegó la noticia de que el niño había muerto de pulmonía y que su cuerpo había sido incinerado. A partir de ese momento se multiplicaron las noticias de este tipo»⁸⁶.

También se acordaba el joven Joseph las caravanas de camiones-ambulancia con soldados horriblemente heridos. La intención de la familia era mantenerse al margen de la política nacionalsocialista. Sin embargo, no siempre fue posible. «Estando en el seminario –recuerda Joseph–, tuve que formar parte de las Juventudes hitlerianas. Luego, cuando nos ocuparon el seminario, las dejé, y eso me procuró bastantes problemas, pues solo podía conseguir el dinero para matricularme al enseñar el carné de las Juventudes. Menos mal que había un profesor de matemáticas nazi pero, gracias a Dios, [también] muy comprensivo –era un hombre honrado–, el cual me advirtió: ‘ve al menos una vez para que te den el carné’; y al ver que me negaba, me dijo: ‘no te preocupes, te comprendo; yo lo haré por ti’. Y me libró de aquella obligación»⁸⁷.

Al final, debido a la movilización producida por la guerra, Georg y Joseph dejan en 1941 el seminario y vuelven por un tiempo a casa. Las condiciones de vida se hacen sin embargo cada vez más duras. Su hermano es llamado a filas, mientras Joseph, con apenas quince años, puede volver al Instituto. «A pesar de la oscuridad del marco histórico del momento, tenía ante mí un estupendo año en casa y en el Instituto de

⁸⁵ *Mi vida*, 40

⁸⁶ *Discurso al congreso organizado por el Pontificio Consejo de la Pastoral sanitaria* (28.11.1996), citado en A. TORNIELLI, *Ratzinger, custode della fede*, Piemme, Casale Monferrato 2002, 20.

⁸⁷ *La sal de la tierra*, 57

Traunstein. Me entusiasman los clásicos griegos y latinos; también me habían empezado a gustar las matemáticas. Descubrí sobre todo la literatura. [...] Como es natural empecé a componer poesías con entusiasmo y me sumergí con renovado placer en los textos litúrgicos, que intentaba traducir yo mismo del mejor modo posible a partir del original. Fue un tiempo rico e intenso, lleno de esperanza en la inmensidad que se me abría cada vez más en el ilimitado mundo del espíritu. Pero al lado de esto, todos los días se publicaba en el periódico la lista de los caídos; casi todos los días había una misa por algún soldado muerto»⁸⁸. Con sus quince años, se dedica con entusiasmo al estudio y la lectura. Sin embargo, pronto volverá a ser llamado a filas.

En efecto, los dos hermanos serán movilizados y enviados a diferentes destinos militares. Durante dos años, Joseph hará el servicio militar en los antiaéreos de Múnich, para proteger la fábrica de la BMW de los posibles ataques desde el aire. «Habitábamos en barracones como los soldados regulares, que eran obviamente una minoría [...], con la única diferencia de que a nosotros nos estaba permitido asistir a un pequeño número de clases, impartidas por el famoso *Maximilians Gimnasium* de Múnich. Formábamos una única clase con los estudiantes de este instituto, llamados también a prestar servicio en las baterías antiaéreas, y para nosotros fue encontrarnos con un mundo nuevo. Los que procedíamos de Traunstein éramos mejores en latín y en griego; pero notábamos que, al fin y al cabo, habíamos vivido en provincias y que la metrópolis, con sus múltiples ofertas culturales, había abierto mayores horizontes a nuestros compañeros». Joseph descubría entonces una gran ciudad.

Más adelante estará en otra batería antiaérea en otros lugares cercanos. «De Gilching conservo un buen recuerdo. Estábamos dispensados de todos los ejercicios militares y nadie osaba en inmiscuirse en nuestro pequeño mundo. [...] Fuera de mis horas de servicio, podía hacer lo que quisiera y dedicarme, sin grandes problemas, a mis intereses. Además, sorprendentemente, había un gran grupo de católicos comprometidos que consiguieron organizar hasta clases de religión, y podíamos ir de vez en cuando a la iglesia. Ese verano, ha quedado paradójicamente en mi recuerdo como un período espléndido»⁸⁹. Sin embargo, aquello era tan solo un oasis en medio del enorme desierto de la guerra. Los bombardeos sobre Múnich iban destruyendo poco a poco la ciudad. «La atmósfera se llenaba cada vez más de humo y de olor a quemado»⁹⁰.

El 10 de septiembre de 1944, un Joseph de diecisiete años es liberado del servicio en la batería antiaérea de Gilching. El 20 de ese mismo mes recibe un nuevo destino para realizar el servicio laboral en Burgenland, en el límite de Austria con Hungría y Checoslovaquia. Eran largos días de trabajos forzados. «Aquellas semanas de servicio laboral han permanecido en mi memoria como un recuerdo opresivo. [...] «Fuimos adiestrados según un ritual inventado en los años treinta, que consistía en una especie de culto a la azada y, de ese modo, al trabajo como liberación. Aprendimos a coger, dejar y llevar sobre la espalda la azada con ceremoniosa disciplina militar; la limpieza de la azada, en la que no podía quedar ni la más mínima mota de polvo, era uno de los elementos esenciales de esta pseudoliturgia»⁹¹. Esta fue la única arma que empuñó de verdad en la guerra.

Pero la guerra constituía una coacción y una amenaza continua, a la que había que tener el valor de oponerse. Por ejemplo recuerda aquel joven soldado, tan poco motivado: «Una noche nos sacaron de la cama y nos hicieron formar, medio dormidos, vestidos en chandal. Un oficial de las SS nos llamó uno a uno, fuera de las filas, y trató

⁸⁸ *Mi vida*, 42

⁸⁹ *Mi vida*, 44-45; cfr *La sal de la tierra*, 62-63.

⁹⁰ *Mi vida*, 45.

⁹¹ *Mi vida*, 46.

de enrolarnos como ‘voluntarios’ en el cuerpo de las SS, aprovechándose de nuestro cansancio y comprometiéndonos delante de los demás. Un gran número de camaradas de carácter bonachón se enrolaron en este cuerpo criminal. Junto con otros tuve la suerte de decir que tenía la intención de hacerme sacerdote católico. Fuimos cubiertos de burlas e insultos, pero aquellas humillaciones nos supieron a gloria»⁹². El tener un poco de personalidad les libró de serios problemas.

Pero también el frente de guerra de los aliados seguía avanzando, y más adelante la moral y la disciplina irán decayendo. «Cuando volvíamos agotados a casa, las azadas [...] quedaban apoyadas en la pared, llenas de pegotes de barro: nadie nos decía nunca nada. Esta degradación de objeto de culto a vulgar herramienta de trabajo nos hizo caer en la cuenta de la verdadera consistencia del derrumbamiento que estaba entonces en marcha. Toda una liturgia y el mundo que tras ella se levantaba se presentaban como una gran mentira»⁹³. La guerra parece que está decayendo y los jóvenes soldados son liberados. De modo que el 20 noviembre, tras tres meses de trabajos forzados, Joseph vuelve a Traunstein. «Como el tren pasaba por Traunstein sin hacer paradas, no hubo más remedio que saltar del tren en marcha. Era un maravilloso día de otoño: sobre los árboles había un poco de escarcha; las montañas resplandecían luminosas en el sol del atardecer. Pocas veces he sentido la belleza de mi tierra tan intensamente como en esta vuelta a casa desde un mundo desfigurado por la ideología y el odio»⁹⁴.

Después de tres semanas, es destinado al cuartel de infantería de su querida Traunstein, y de donde no le será difícil desertar, a pesar de los evidentes peligros. «Sabía que la ciudad estaba rodeada de soldados con la orden de fusilar a los desertores. Por eso tomé un camino secundario para salir de la ciudad, con la esperanza de pasar desapercibido. Pero a la salida del túnel esbaban apostados dos soldados y, por un momento, la situación se presentaba bastante peligrosa para mí. Por fortuna eran de aquellos que estaban hartos de la guerra. Obviamente debían buscar una excusa para dejarme pasar. Por una lesión, llevaba el brazo vendado y en cabestrillo. Entonces dijeron: ‘Camarada, estas herido. ¡Pasa pues!’ De modo que pude llegar a casa sano y salvo»⁹⁵. Sin embargo, las cosas se seguirán complicando sin embargo también a partir de ese momento. En otra ocasión estuvo a punto de ser descubierto por una pareja de las SS.

Los destinos de la guerra sin embargo jugaban a favor. El 7 de mayo de 1945, teniendo ocupadas dos terceras partes de su territorio, Alemania se rinde a los aliados. A pesar de su poca sospechosa situación, Joseph es también detenido. Su madre le da todo tipo de provisiones para sobrevivir, mientras él toma tan solo un cuaderno y un lápiz para poder escribir en ese tiempo. El joven Ratzinger es internado en el campo de concentración aliado de Bad Aibling, junto con cuarenta o cincuenta mil prisioneros más. Recuerda que los «transportaron a un terreno de cultivo sin nada más; allí fuimos encerrados cerca de cincuenta mil prisioneros. Como es evidente, las dimensiones creaban problemas también para los americanos. Permanecimos al aire libre hasta el final de nuestro cautiverio. El rancho consistía en un cucharón de sopa y un trozo de pan al día. [...] Había allí algunos sacerdotes que celebraban todos los días la santa misa al aire libre, a la que asistían un grupo no muy numeroso pero sí agradecido. [...] Pudo desarrollarse un interesante programa de conferencias que daba una cierta consistencia a aquellas jornadas vacías: proporcionaba conocimientos y hacía nacer nuevas amistades

⁹² *Mi vida*, 45-46.

⁹³ *Mi vida*, 46.

⁹⁴ *Mi vida*, 47.

⁹⁵ *Mi vida*, 48-49.

que iban más allá de los muros de los edificios del campo de concentración. Vivíamos sin reloj, sin calendario, sin periódico»⁹⁶.

El 19 de junio –con dieciocho años recién cumplidos– es liberado de su encerramiento y sale del campo de concentración. Llega de nuevo a Traunstein subido en un camión de reparto de leche. «Así que llegué inesperadamente a mi ciudad antes del ocaso; la Jerusalén celestial no me habría parecido más hermosa en aquellos momentos. En la iglesia se oía cantar y rezar; era la noche del viernes del Sagrado Corazón. No quise molestar y por eso no entré, sino que me dirigí todo lo rápido que pude a casa. Al verme de repente vivo, mi padre se puso fuera de sí de alegría. Mi madre y mi hermana estaban en la iglesia. [...] Nunca en mi vida he comido con tanto gusto como aquel almuerzo que me preparó mi madre con productos de nuestro huerto»⁹⁷. Días después, apareció también su hermano Georg, procedente del frente italiano. «Se sentó al piano y se puso a entonar agradecido y liberado *Großer Gott, wir loben dich!*: ¡Oh gran Dios, te alabamos!»⁹⁸.

2. Estudiar a Dios

Joseph restablecerá rápidamente contacto con el seminario, para sacar adelante su vocación sacerdotal. Ahora había de ir a Frisinga, pero el seminario estaba ocupado por los heridos de la guerra. Así que esperaron a que desalojaran el edificio. Frisinga es una pequeña y bonita ciudad con larga historia al norte de Múnich, a treinta kilómetros río Isar abajo. El regreso iba a ser, una vez más, algo duro. «Durante las fiestas de Navidad, logramos organizar un encuentro con nuestros compañeros de clase: muchos habían muerto y los que habían vuelto estaban agradecidos –con motivo– por el don de la vida y por las esperanzas que renacían de nuevo en medio de tanta destrucción»⁹⁹. Así, curtido en la experiencia de la guerra, Joseph volvió al seminario de Frisinga tras las Navidades de 1945. «Los que nos reunimos en Frisinga para encaminarnos al sacerdocio, constituíamos un grupo bastante variopinto de unos ciento veinte seminaristas. Las diferencias de edad eran grandes: desde los cuarenta años a dos de nosotros, que teníamos diecinueve. [...] Pese a las diferencias en experiencias y horizontes, nos unía a todos un gran agradecimiento por haber salido del abismo de esos años difíciles. [...] Ninguno dudaba que la Iglesia era el lugar de nuestras esperanzas. [...] Gratitud y deseo de renacer, de trabajar por la Iglesia y por el mundo: éstos eran los sentimientos que dominaban el ambiente de aquella casa. A esto se unía una sed de conocimientos que había ido creciendo en aquellos años de escasez y desolación»¹⁰⁰.

Efectivamente, el nivel cultural del seminario era alto. «En la casa se interpretaba mucha música y, con ocasión de algunas fiestas, se representaban obras de teatro. Pero quedan, sobre todo, como preciosos recuerdos en mi memoria, las grandes fiestas litúrgicas en la catedral y la oración en silencio en la capilla del seminario»¹⁰¹. Renacía de este modo su interés por la liturgia y el significado de las celebraciones. «Una de mis primeras lecturas, después de comenzar los estudios de teología a principios de 1946, fue la primera de las obras de Romano Guardini, *El espíritu de la liturgia*, un pequeño volumen publicado en la Pascua de 1918 [...]. Esta obra puede considerarse, con toda razón, el punto de partida del movimiento litúrgico en Alemania; contribuyó de manera decisiva a redescubrir toda la belleza de la liturgia, toda su riqueza oculta, su grandeza

⁹⁶ *Mi vida*, 50-51; cfr *La sal de la tierra*, 63

⁹⁷ *Mi vida*, 51-52.

⁹⁸ *Mi vida*, 52

⁹⁹ *Mi vida*, 52

¹⁰⁰ *Mi vida*, 54; cfr *La sal de la tierra*, 65-66

¹⁰¹ *Mi vida*, 57

intemporal, e hizo de ella el centro vivificante de la Iglesia»¹⁰². Lo que había vivido y respirado en su infancia empezaba a asimilarse en sus incipientes ideas teológicas.

Pero hubo también tiempo para muchas otras lecturas en aquellos años: las novelas de Dostoievski y Gertrude von Le Fort, la literatura francesa del momento representada por Claudel y Bernanos, a la vez que existía también un gran interés por las teorías científicas de Einstein, Planck o Heisenberg. Además, «en el campo teológico y filosófico, Romano Guardini, Josef Pieper, [o los convertidos al catolicismo] Theodor Häcker y Peter Wust eran los autores cuyas voces nos sonaban más cercanas»¹⁰³. También se acercó a otros autores de la filosofía del momento. «Me interesaron mucho [el existencialismo] de Jaspers y Heidegger, y el personalismo en su conjunto. [...] Y como contrapeso a todo esto, me apasionaron –también desde el principio– Tomás de Aquino y san Agustín»¹⁰⁴, sin renunciar por ello tampoco a interesarse por el nihilismo de Nietzsche o el espiritualismo de Bergson. Arte, ciencia y filosofía le llamaban poderosamente la atención, y se embecía con todas estas lecturas.

Sin embargo, su autor preferido será san Agustín, al que citará de modo continuo. Escribía sobre él en 1969: «Agustín me ha acompañado durante más de veinte años. He desarrollado mi teología dialogando con Agustín, aunque naturalmente he intentado sostener este diálogo como un hombre de hoy»¹⁰⁵. Más adelante añadía Ratzinger, al referirse al descubrimiento del concepto filosófico de persona: «El encuentro con el personalismo [...] fue un acontecimiento que marcó profundamente mi itinerario espiritual, aun cuando el personalismo, en mi caso, se unió por sí solo al pensamiento de san Agustín quien, en las *Confesiones*, me salió al encuentro en toda su apasionada y profunda humanidad. En cambio tuve más dificultades en el acceso al pensamiento de Tomás de Aquino, cuya lógica cristalina me parecía demasiado cerrada en sí misma, demasiado impersonal y prefabricada»¹⁰⁶. Completa su valoración del obispo de Hipona –poeta, pastor y pensador– del siguiente modo: «Pocos santos se nos presentan tan cercanos, a pesar de la distancia de los años, como san Agustín. En sus obras podemos encontrar todas las cimas y profundidades de lo humano, todas las preguntas, pesquisas e indagaciones que todavía hoy nos conmueven. No sin razón se le ha llamado el primer hombre moderno»¹⁰⁷.

De este modo, latín y griego, música y liturgia, buena literatura y teorías científicas, san Agustín y santo Tomás, el personalismo y el existencialismo: será este el bagaje cultural del joven seminarista. Vivió con entusiasmo aquellos años, que califica como «un periodo de la historia de la Iglesia en Alemania en que todo estaba lleno de alegría. En la Iglesia, en la teología, había entusiasmo para abrir nuevas puertas a Cristo; no de

¹⁰² *El espíritu de la liturgia*, 33

¹⁰³ *Mi vida*, 55

¹⁰⁴ *La sal de la tierra*, 66

¹⁰⁵ *Glaube, Geschichte und Philosophie. Zum Echo der Einführung in das Christentum*, «Hochland» 61 (1969) 543.

¹⁰⁶ *Mi vida*, 56; cfr *La sal de la tierra*, 67.

¹⁰⁷ *Colaboradores de la verdad*, 394.

También recuerda su encuentro con las obras de John Henry Newman (1801-1890), gracias a un compañero en el seminario de Frisinga. «La doctrina de Newman sobre la conciencia se convirtió entonces para nosotros en el fundamento de aquel personalismo teológico que nos convenció a todos. Nuestra imagen del hombre, así como nuestra idea de la Iglesia, estuvieron marcadas por este punto de partida. [...] De Newman habíamos aprendido a comprender el primado del Papa: la libertad de conciencia –así nos enseñaba Newman– no se identificaba en absoluto con ‘suprimir la conciencia, ignorar al legislador y al juez, y de ser independientes de los invisibles deberes’. De modo que la conciencia, en su auténtico significado, es el verdadero fundamento de la autoridad del Papa» (*Discorso introduttivo alla III giornata del simposio di Newman (28.4.1990)*, «Euntes docete» XLIII (1990) 431-432).

romper con el pasado, sino de seguir adelante con toda la riqueza del don del Señor»¹⁰⁸. Sin embargo, a juicio de Ratzinger, a pesar del generalizado clima de optimismo y renovación, empezaban a surgir ciertos problemas en el ambiente general de la Iglesia alemana, que se irán acentuando con el tiempo. «Después de la II Guerra Mundial, la situación duró todavía algún tiempo, pero enseguida vino un bienestar que llegó todavía más lejos que [el de] la *Belle Époque*. Surgió entonces una especie de neoliberalismo y, de repente, reapareció ese cristianismo algo anticuado, desfasado y anacrónico, tal como era antes de la I Guerra Mundial»¹⁰⁹.

En 1947, con veinte años y tras finalizar los dos años de estudios de filosofía, Joseph realizó durante tres años sus estudios de teología en el Georgianum, un instituto teológico asociado a la Universidad de Múnich, en el que coincidían profesores y estudiantes de las más variadas procedencias. Había sido cerrado por los nazis, pero se volvió a abrir después de la guerra. Pero sobre todo era aquél el Múnich de pensadores como Schelling y Döllinger, de Scheller y Hildebrandt, y más adelante coincidirán en la capital bávara teólogos como Guardini, Schmaus y Rahner. En la posguerra, no era una ciudad culturalmente tan importante como lo había sido antes, pero contaba con numerosos museos y teatros. Además, cuenta esa ciudad con la imponente presencia de la naturaleza, que le da un cierto aire romántico. *München ist Natur*, repiten sus habitantes. Los bávaros son más conocidos por su cerveza y sus pantalones de cuero, aunque es indudable que han tenido también importantes nombres en su historia como Durero y Granach, Strauss y Wagner, Diesel y Heisenberg, o Thomas Mann e Igor Kandinski. Es una tierra indudablemente rica y hermosa, llena de ríos, lagos y montañas; aunque los prusianos –sus acérrimos enemigos– suelen considerarles clericales y separatistas.

En cualquier caso, para el joven estudiante aquello suponía una gran oportunidad. Podía acceder a una cultura más abierta. «Con otros dos estudiantes de mi curso, me decidí a solicitar el permiso al obispo para poder estudiar en Múnich y me lo concedieron. Estudiando en la universidad, esperaba poder entrar todavía más en el debate cultural de nuestro tiempo y, si fuera el caso, dedicarme por completo algún día a la teología científica». Luego sigue describiendo la situación de la universidad muniquesa en la inmediata posguerra. «Muchos de los edificios universitarios eran todavía montones de escombros. También la biblioteca estaba en parte inaccesible. La facultad de teología había encontrado una sede provisional en la antigua residencia real de caza en Fürstenried, al sur de Múnich. [...] La falta de espacio era crónica [...]. Cuando el primer día abrí los ojos medio adormilado, creí por un momento estar todavía en la guerra y encontrarme de nuevo en la batería antiaérea. También era escasa la alimentación [...]. Era sorprendente, sin embargo, que los bonitos jardines del palacio [...] estuvieran a nuestra entera disposición. Paseé con frecuencia por este parque, sumido en mil pensamientos: allí maduraron las decisiones de aquellos años y reflexioné sobre lo que se había dicho en clase, buscando mi propio modo de ver las cosas»¹¹⁰.

Joseph se debatía entonces entre dedicarse al trabajo pastoral en una parroquia o al trabajo académico como profesor de teología. Pero estaba también debatiéndose entre otras posibilidades. «A esto se unía la duda de si iba a ser capaz de vivir el celibato, de estar soltero de por vida. La universidad estaba, por aquel entonces, medio en ruinas, por lo que no teníamos un edificio propio para la facultad de teología. [...] Aquello

¹⁰⁸ L.F. MATEO-SECO (ed.), *El cardenal Ratzinger en la Universidad de Navarra*, pro manuscrito, Facultad de Teología, Pamplona 1998, 65.

¹⁰⁹ *La sal de la tierra*, 190.

¹¹⁰ *Mi vida*, 59-61

hacia que la convivencia –no solo entre alumnos y profesores, sino entre alumnos y alumnas– fuera muy estrecha; así que la tentación de dejarlo todo y seguir los designios del corazón era casi diaria. Solo podía pensar en estas cosas al pasear por aquellos espléndidos jardines del Fürstenried. Pero también, como es natural, al hacer largas horas de oración en la capilla»¹¹¹. Resolvió así una vez más esas dudas que le iban surgiendo.

Fue una experiencia enriquecedora, pero se trataba indudablemente de un ambiente distinto de los que conocía. «El clima entre nosotros era más frío que en Frisinga. No había la espontánea cordialidad que allí se daba. Éramos un grupo demasiado heterogéneo. [...] Reinaba un aire intelectual, que propiciaba cierto individualismo»¹¹². Esa frialdad se unía también a un ambiente teológico igualmente diferente. Tras la caída del «dogma progresista liberal» después de la I Guerra Mundial, se proponía ahora una nueva teología. La Iglesia, la liturgia, los sacramentos eran los nuevos temas que se proponían los teólogos, no solo católicos sino también protestantes: Barth, Schmaus y Egenter se proponían hacer una nueva teología¹¹³. El joven estudiante se aplicaba todo lo que podía, a pesar de que a veces las clases eran en condiciones un tanto duras y difíciles, por la escasez de medios.

Joseph se acuerda de algunos de sus profesores de entonces y del frío de las clases que tenían lugar en un viejo invernadero. «Indiscutiblemente, la ‘estrella’ de la facultad era Friedrich Wilhelm Maier, profesor de exégesis del Nuevo Testamento»¹¹⁴. Descubrió entonces la importancia de la Escritura, que tanto habían estudiado los protestantes. «La Biblia nos hablaba con una inmediatez y frescura nuevas. Lo que era arbitrariedad en el método liberal y trivializaba la Biblia [...] era enderezado a través de la obediencia al dogma. En efecto, el equilibrio entre liberalismo y dogma tiene su específica fecundidad. He aquí por qué, durante los seis semestres de mis estudios teológicos, escuché con gran atención las clases de Maier, haciéndolas objeto de reelaboraciones personales. Para mí la exégesis –concluye– ha seguido siendo siempre el centro de mi trabajo teológico. Es mérito de Maier que la Sagrada Escritura fuese para nosotros ‘alma de los estudios teológicos’, tal como pide el Concilio Vaticano II»¹¹⁵. Junto a ese apasionado interés por la liturgia, se unía ahora este nuevo descubrimiento de la Biblia.

Sin embargo, Ratzinger decidió ponerse bajo el magisterio de otros profesores, esta vez de teología dogmática: «Junto a los exegetas, dejaron una gran huella en mí Söhngen y Pascher. Inicialmente Söhngen quería dedicarse totalmente a la filosofía y había comenzado ese camino con una disertación sobre Kant. Pertenecía a aquella corriente dinámica del tomismo que había hecho propias la pasión por la verdad y la búsqueda de un fundamento y fin de toda la realidad que se había planteado el Aquinate; pero [también] se esforzaba conscientemente en hacerlo dentro del debate filosófico contemporáneo. [...] Lo que mejor caracterizaba el método de Söhngen es que él pensaba a partir de las fuentes [...]. Aquello que más me impresionaba en él era que no se contentaba nunca con un tipo de positivismo teológico –como a veces se llegaba a advertir en otras disciplinas–, sino que planteaba con gran rigor la cuestión de la verdad y, precisamente por eso, la actualidad de lo que ha de ser creído»¹¹⁶. Era un gran pensador y un gran ‘creedor’, como decía Ratzinger. además, junto a esta pasión

¹¹¹ *La sal de la tierra*, 61

¹¹² *Mi vida*, 61

¹¹³ Cfr *Mi vida*, 68-69.

¹¹⁴ *Mi vida*, 63.

¹¹⁵ *Mi vida*, 65.

¹¹⁶ *Mi vida*, 67-68.

por la verdad, se unía su amor al arte, a la liturgia y su sensibilidad hacia otras confesiones cristianas (de hecho, su madre era protestante), que tanto atraían a su joven alumno. Söhngen —«que representaba del modo más feliz el típico temperamento renano»¹¹⁷— le recondujo por otra parte hacia los grandes maestros: Agustín, Buenaventura, Tomás de Aquino¹¹⁸. Al joven estudiante le atraerá enormemente esa teología de gran fuste especulativo y el contacto directo con los grandes pensadores.

También Ratzinger profundizará a la vez en su pasión por la liturgia durante sus años en la universidad de Múnich. «Al principio tenía mis reservas hacia el movimiento litúrgico. En muchos de sus representantes me parecía percibir un racionalismo y un historicismo unilaterales, una actitud demasiado dirigida hacia la forma y la originalidad históricas [...]. Gracias a las lecciones de Pascher [su profesor de teología pastoral] y a la solemnidad con que nos enseñaba a celebrar la liturgia, según su espíritu más profundo, llegué también yo a convertirme en un firme partidario del movimiento litúrgico. Así como había aprendido a comprender el Nuevo Testamento como alma de la teología, entendí del mismo modo la liturgia como el fundamento de la vida»¹¹⁹. Así pues, historia, exégesis, liturgia y sentido eclesial fueron las claves de la primera formación teológica de sus años universitarios.

Ese mismo año de 1947 en que llegó a Múnich, Ratzinger lee un libro importante para él: se titulaba *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* y Henri de Lubac era su autor. «Este libro se convirtió para mí en una lectura de referencia. No solo me transmitió una nueva y más profunda relación con el pensamiento de los Padres, sino también una nueva y más profunda mirada sobre la teología y sobre la fe en general. La fe era ahora una visión interior, actualizada precisamente gracias a pensar junto a los Padres. En aquel libro se percibía la tácita confrontación con el liberalismo y el marxismo, la dramática lucha del catolicismo francés por abrir brecha en la vida cultural de nuestro tiempo. De Lubac enseñaba al lector desde un modo individualista y estrechamente moralista del creer, a través de una fe penada y vivida social y comunitariamente [...] Me sumergí en otras obras de Lubac, y obtuve provecho sobre todo de la lectura de *Corpus Mysticum*, en la que se me abría un nuevo modo de entender la Eucaristía y la unidad de la Iglesia»¹²⁰.

Henri de Lubac (1896-1991) era un apasionado estudioso de los Padres de la Iglesia (es decir, de los escritos autorizados de los primeros primeros cristianos). Al ser un hombre abierto, mantuvo de igual modo varios encuentros con ateos y comunistas. En 1938 publica *Catolicismo*, un ensayo sobre la dimensión social y universal de la Iglesia. El teólogo —viene a decir en esta obra— debe descubrir la verdad allá donde se encuentre, incluso fuera de la Iglesia. La salvación de Cristo es universal; por eso su Esposa tiene una dimensión católica y, por tanto, social. De manera que no caben en el cristiano posturas individualistas o de huida del mundo. Deberá darse al resto de la humanidad para ofrecerles a Cristo¹²¹. En *Corpus Mysticum* (1949), Lubac profundiza en las relaciones entre Iglesia y Eucaristía. «La Iglesia y la Eucaristía se hacen la una a la otra todos los días: la idea de la Iglesia y la idea de la Eucaristía deben apoyarse y profundizarse recíprocamente, la una con la ayuda de la otra»¹²². Aunque no toda su

¹¹⁷ *Mi vida*, 62.

¹¹⁸ Cfr *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad, Madrid 2004, 27

¹¹⁹ *Mi vida*, 68-69

¹²⁰ *Mi vida*, 74

¹²¹ Cfr B. MONDIN, *Soria della teologia*, IV, Studio Domenicano, Bolonia 1997, 462-467; K.H. NEUFELD, *Henri de Lubac*, en R. FISICHELLA (ed.), *Storia della teologia*, Dehoniane, Bolonia 1996, III 791-805.

¹²² H. DE LUBAC, *Corpus Mysticum. L'Eucarestia e la Chiesa nel Medioevo* (1949), Jaca Book, Milán 1996, 13

teología será uniforme ni de igual valor, es indudable en gran influjo de este pensamiento en todo el siglo XX, incluido el Concilio Vaticano II¹²³.

Sin embargo, pesar de los aires renovadores, esta nueva teología francesa y alemana, mantenía todavía su carácter eclesial. «Cuando medito acerca de los años en que estudiaba teología –recuerda Ratzinger–, no puedo menos que extrañarme de lo que hoy se dice sobre la Iglesia ‘preconciliar’. Todos nosotros éramos conscientes de un renacimiento –advertido ya en los años veinte– de una teología capaz de plantearse preguntas con coraje renovado [...]. El dogma no era sentido como un vínculo exterior, sino como una fuente vital que en realidad posibilitaba nuevos conocimientos. La Iglesia estaba para nosotros viva, sobre todo en la liturgia y en la gran riqueza de la tradición teológica. [...] Sin embargo,] Mientras en los ambientes católicos de la Alemania de entonces había, en general, un sereno consenso hacia el papado y una sincera veneración por la gran figura de Pío XII, el clima que dominaba nuestra facultad era un poco más tibio. La teología que entonces aprendíamos estaba impregnada por el pensamiento histórico, de forma que el estilo de las declaraciones romanas –más ligado a la tradición neoescolástica– nos resultaba un tanto extraño. A esto contribuía un poco también, quizá, un cierto orgullo alemán, que nos llevaba a considerar que sabíamos más que ‘los de abajo’. [...] Pero este tipo de reservas y sentimientos no mermaron en ningún momento la profunda aceptación del primado petrino, tal como había sido definido por el concilio Vaticano I»¹²⁴.

Pero la vida seguía. «En el verano de 1949, se consiguió que un ala del Georgianum en la Ludwigstraße de Múnich fuese medianamente habitable». Se trataba de un viejo caserón del siglo XV, situado al lado de la iglesia de Sankt Ludwig, desde cuyo púlpito predicó Guardini tantas homilias. «También en la universidad, situada frente al Georgianum, el número de aulas había crecido; así que pudimos volver a la ciudad. [...] Los años de Fürstenried quedan en mi memoria como un tiempo de gran ilusión, lleno de esperanzas y de fe; pero también como un momento de grandes y sufridas decisiones. Cuando entro en ocasiones en el parque, conservado ahora tal y como estaba entonces, los caminos que lo atraviesan se unen tan estrechamente con los [itinerarios] interiores que empecé a recorrer allí, que lo que viví en ese lugar se hace vivo y presente ante mis ojos con toda su luz»¹²⁵.

3. Ser sacerdote

Sin embargo, algo estaba ocurriendo en el mundo teológico. El 12 de agosto de 1950 Pío XII publica su cuarta encíclica, titulada *Humani generis*. En ella se criticaban algunas desviaciones de la *nouvelle théologie* francesa, a la vez que animaba a promover un cierto pluralismo teológico. Su tono era neto y, en ocasiones, fuerte. Enseguida se tomaron algunas medidas disciplinarias, como retirar de la docencia a algunos de estos autores (entre los que se encontraba Lubac). Sin embargo, al mismo tiempo, en esa década se publicarán los estudios más valiosos y significativos de estos mismos autores, como la *Meditación sobre la Iglesia* (1953) de Lubac, el *Misterio de la historia* (1953) de Daniélou, los *Jalones para una teología del laicado* (1956) de Congar, o los primeros volúmenes de los *Escritos de teología* de Rahner...¹²⁶

«En la Alemania de aquel tiempo había un predominio absoluto del pensamiento histórico, y hubiera sido imposible acceder al doctorado en teología sin un estudio histórico. De este modo, era absolutamente indispensable hacer un tema patrístico,

¹²³ Cfr J.L. ILLANES, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, 332-333

¹²⁴ *Mi vida*, 69-70.

¹²⁵ *Mi vida*, 71-72.

¹²⁶ Cfr J.L. ILLANES, *La teología de las épocas moderna y contemporánea*, 361-363.

medieval o incluso de la primera época de la modernidad (no posterior, en cualquier caso, a la revolución francesa). Por estas razones hice mi primer trabajo sobre san Agustín, y después sobre san Buenaventura»¹²⁷. Ese era el ambiente académico que reinaba entonces en Múnich, y cuya pasión por la historia consiguió transmitir a este joven estudiante. La historia no solo será *magistra vitae*, sino también *magistra theologiae*. Muchos años después, valoraba todavía la importancia a la hora de hacer teología de la formación histórica que había recibido en estos años muniqueses. «Pienso que no se puede hacer bien teología sin un conocimiento de la historia de la teología que, a su vez, se encuentra en el presente. En efecto, [...] en la teología el pasado vive siempre en el presente. Por esta razón, en este diálogo continuo con la Palabra de Dios y con el Señor, los hallazgos del pasado están siempre vivos, forman parte de nuestra vida. Nosotros entramos en esta gran sincronía de la Iglesia solamente si nos hacemos amigos de los que nos han precedido»¹²⁸. La historia había sido también maestra, afirmaba.

Ratzinger elaboró entonces su primer trabajo sobre la teología en san Agustín. «Después del examen final de los estudios teológicos, en el verano de 1950, me fue propuesto inesperadamente un encargo que trajo consigo una vez más un cambio de orientación de toda mi vida. En la facultad de teología era costumbre que cada año se propusiese un tema a concurso, cuyo desarrollo debía elaborarse en el espacio de nueve meses [...]. El tema elegido por mi maestro [Gottlieb Söhngen] fue: ‘Pueblo y casa de Dios en la enseñanza sobre la Iglesia en san Agustín’. Puesto que en los años anteriores me había entregado asiduamente a la lectura de los Padres, y había frecuentado también un seminario de Söhngen sobre san Agustín, pude lanzarme a la aventura»¹²⁹. Así que parecía un tema escogido a su medida. (La influencia en este trabajo de la perspectiva social y comunitaria de Lubac es indiscutible).

Pero se acercaban otros acontecimientos todavía más importantes. «Las largas vacaciones estivales [de 1950] –que duraban desde el fin de julio a finales de octubre– estuvieron completamente dedicadas a preparar el trabajo que iba a presentar al concurso. Pero entonces encontré un nuevo problema. A finales de octubre recibíamos el subdiaconado y, enseguida después, el diaconado. Comenzaba así la preparación más inmediata para la ordenación sacerdotal [...]. Estábamos de nuevo todos juntos en el seminario de Frisinga para ser iniciados en los aspectos prácticos del ministerio sacerdotal; consistían estas ocupaciones para prepararnos para la predicación y la catequesis»¹³⁰. La colaboración de sus compañeros de promoción y de sus propios hermanos hizo posible solucionar este terrible dilema. Y así pudo acabar con su trabajo sobre la eclesiología de san Agustín, no sin cierto agobio.

«Me sentí feliz cuando finalmente me vi libre de esta bonita pero pesada carga y, al menos en los dos últimos meses, pude dedicarme enteramente a prepararme para dar el gran paso: la ordenación sacerdotal». El 29 de junio de 1951 Joseph es ordenado sacerdote por el cardenal Michael Faulhaber, en la catedral de Frisinga, a la edad de veinticuatro años. «Era un espléndido día de verano, que permanece en mi memoria como el día más importante de mi vida. No es bueno ser supersticioso pero, en el momento en que el anciano arzobispo impuso sus manos sobre las mías, un pájaro –tal vez una alondra– voló sobre el altar mayor de la catedral y entonó un canto gregoriano. Fue

¹²⁷ *El cardenal Ratzinger en la Universidad de Navarra*, 52.

¹²⁸ *El cardenal Ratzinger en la Universidad de Navarra*, 52

¹²⁹ *Mi vida*, 73.

¹³⁰ *Mi vida*, 74

para mí como si una voz de lo alto me dijese: ‘vas bien así, vas por buen camino’»¹³¹. El sentido místico de los alemanes se refleja también en este pequeño recuerdo.

Pocos días después, el 8 de julio, celebrará su Primera Misa junto a su hermano Georg, también recién ordenado. «En Baviera –comenta uno de sus biógrafos–, un sacerdote *Primiz* o misacantano es un gran motivo de alegría; pero un *Doppelprimiz* suponía un gran acontecimiento social y una ocasión para el orgullo de los padres de los Ratzinger. Alrededor de mil personas de todo el *Landkreis* llegaron al pueblo el sábado para preparar la liturgia del domingo. Las luces brillaban por toda la localidad para señalar el camino hacia la casa de los Ratzinger. Aquella tarde el coro local y la juventud católica de Traunstein cantaron y representaron una obra de teatro a la luz de las estrellas de verano, ante un público forastero que había llegado para la celebración. Hubo fuegos artificiales en honor de los sacerdotes recién ordenados. [...] El domingo a las siete de la mañana, la iglesia de san Osvaldo en Hufschlag estaba de bote en bote. [...] La clerecía de los alrededores –junto con otras autoridades– se sumó a la procesión, llevando velas y crucifijos y estandartes. Los hermanos Ratzinger celebraron sus respectivas misas (entonces no se concelebraba todavía), mientras el coro [...] entonaba una obra de Haydn»¹³².

Días después Joseph recibe el encargo de coadjutor en la parroquia de la Preciosísima Sangre de Cristo, en Múnich. Heilig Blut era entonces una moderna iglesia situada en el mismo barrio en el que había vivido el escritor Thomas Mann y donde en aquellos momentos residía el filósofo Dietrich von Hildebrandt. Uno de los anteriores vicepárrocos había sido asesinado por los nazis. «La mayor parte de la parroquia se situaba en un barrio residencial en el que habitaban intelectuales, artistas, funcionarios, aunque también abarcaba una zona donde residían pequeños comerciantes y empleados, porteros, asistentes y personal de servicio de las casas más pudientes. [...] El hecho más destacable fue el encuentro con el buen párroco Blumshein, que no se limitaba a decir que un sacerdote debe ‘arder por dentro’, sino que él mismo ardía de este modo. Quiso desempeñar su ministerio de sacerdote hasta el último aliento, con todas las fibras de su existencia. Murió mientras llevaba el viático a un enfermo grave»¹³³.

El joven coadjutor no le iba a la zaga en lo que a dedicación se refiere. «Tenía –escribe– dieciséis horas de religión en cinco cursos distintos, y esto exigía mucho tiempo para prepararlas. Cada domingo debía celebrar [misa] al menos dos veces y tener dos predicaciones distintas; cada mañana, de seis a siete, estaba en el confesonario; el sábado por la tarde, cuatro horas. Cada semana había que celebrar múltiples entierros en los diversos cementerios de la ciudad. Todo el trabajo con los jóvenes recaía sobre mis hombros, y a esto se unían otras ocupaciones extraordinarias como bautismos, matrimonios, etc. Ya que el párroco no escatimaba esfuerzos, yo tampoco quería hacerlo»¹³⁴. Refiriéndose a sus clases, recuerda: «De todas mis obligaciones pastorales, era lo que más tiempo me llevaba; disfrutaba mucho con aquellas clases porque enseguida comprobé que tenía facilidad para relacionarme con los niños. Fue una experiencia muy interesante para mí dejar en mundo intelectual para, de pronto, dirigirme a los niños»¹³⁵.

Fruto de la labor pastoral de aquellos años fue la conferencia titulada *Los nuevos paganos y la Iglesia* (1959), donde el incipiente teólogo reflexiona sobre lo que vio y vivió en aquellos años. Ahí concluye que «el cristiano debe conducir su existencia en

¹³¹ *Mi vida*, 75

¹³² J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 43

¹³³ *Mi vida*, 76.

¹³⁴ *Mi vida*, 75-76.

¹³⁵ *La sal de la tierra*, 70.

medio de los nuevos paganos, quienes comparten las mismas esperanzas y peligros, ya que tampoco para ellos existe otra salvación que no sea la del cristiano: Jesucristo el Señor»¹³⁶. Lo que hemos de hacer los cristianos es anunciar a Jesucristo como Hijo de Dios. De este modo, «no se puede dispensar de la responsabilidad de la propia existencia del creyente, sino que la incredulidad de ellos [los nuevos paganos] debe ser para él un fuerte estímulo para [alcanzar] una fe más plena»¹³⁷. Por tanto, aute una mayor increencia, mayor fe por nuestra parte.

Mientras tanto, su trabajo sobre la eclesiología de san Agustín resultaba premiado por la facultad de teología de Múnich, y servirá de base para la futura disertación inaugural de doctorado. El primero de octubre de 1952, el joven sacerdote recibe el encargo de impartir un curso sobre la pastoral de los sacramentos en el viejo y querido seminario de Frisinga, a la vez que trabaja en la tesis. «Por una parte, era precisamente la solución que me esperaba, para poder volver a mi querido trabajo teológico. Por otro lado, sobre todo el primer año, sufrí mucho por haber perdido todas esas oportunidades de relacionarme y de tener experiencias humanas, que la labor pastoral había sabido darme. Hasta el punto de que llegué a preguntarme si había hecho bien al abandonar el trabajo en la parroquia»¹³⁸.

Iba a ser profesor, a pesar de todas estas dudas. Sus clases por otra parte no debían ir demasiado mal, pues comenta al respecto su hermano: «La actividad docente del joven profesor (muchos de los que le oían eran mayores que él) tuvo enseguida un eco favorable. Fue el comienzo de una veloz y extraordinaria carrera académica»¹³⁹. Al mismo tiempo, irá dando poco a poco sus pasos para conseguir la habilitación académica. En 1953 obtiene el título de doctor en teología: «se nos examinaba de ocho disciplinas, cada una con un examen oral de una hora y un examen escrito; concluía todo aquello con un debate público, en el que debían esgrimirse argumentos extraídos de todas las materias. Fue una gran alegría –sobre todo para mi padre y para mi madre– cuando tuvo lugar este acto y obtuve el título de doctor en teología»¹⁴⁰.

4. Un pequeño gran drama

La fortuna académica le seguirá sonriendo al joven doctor. «Ocurrió que, justo a finales del semestre de verano en 1953, quedó vacante la cátedra de dogmática y teología fundamental en el seminario mayor teológico de Frisinga. [...] Los profesores del claustro académico de Frisinga me hicieron saber que pensaban en mí [...], pero quise permanecer al menos un año en mi antiguo puesto en el seminario: comportaba numerosos deberes y obligaciones, pero me dejaba mayor libertad para preparar la libre docencia. [...] Ahora lo primero que debía hacer era fijar el tema de la habilitación. Gottlieb Söhngen sostuvo que, puesto que en mi doctorado había afrontado un tema de patrística, debía dedicarme ahora a los medievales. Ya que yo me había dedicado a san Agustín, le parecía natural que trabajase [ahora] en Buenaventura, de quien se él había ocupado con gran profundidad. Y, puesto que mi tesis había abordado un tema de eclesiología, debía pensar ahora en el segundo gran núcleo temático de la teología fundamental: el concepto de revelación»¹⁴¹. Al igual que Guardini, Ratzinger se ocupaba de este franciscano, contemporáneo de santo Tomás que seguía fielmente a su querido san Agustín.

¹³⁶ *El nuevo Pueblo de Dios* (1969), Herder, Barcelona 1972, 372-373

¹³⁷ *El nuevo Pueblo de Dios*, 371

¹³⁸ *Mi vida*, 76.

¹³⁹ G. RATZINGER, *La testimonianza del fratello*, 227.

¹⁴⁰ *Mi vida*, 78.

¹⁴¹ *Mi vida*, 79

En el verano de 1954, «había concluido la recogida de materiales y elaborado el esquema de mi interpretación con todo lo que había encontrado, pero ahora se presentaba ante mí todo el agotador trabajo de la redacción del texto. Pero de nuevo se dio una circunstancia particular. Tras la muerte del profesor emérito de filosofía, quedó libre uno de los apartamentos destinados a profesores, situado junto a la catedral, y se me invitó a establecerme allí y a asumir la cátedra de dogmática. [...] Acepté impartir el curso de dogmática en el semestre de invierno como profesor extraordinario, y se me permitió aplazar un año más la teología fundamental. [...] A finales del semestre de verano de 1955 el manuscrito estaba listo; por desgracia topé con una mecanógrafa que no solo era lenta, sino que a veces perdía las hojas, sometiendo mis nervios a dura prueba debido a la gran cantidad de errores. [...] A finales de otoño, pude por fin presentar los dos ejemplares exigidos en la facultad de Múnich, de cuya presentación estaba—como puede suponerse— todo menos contento»¹⁴².

Parecía que todo iba bien. Al año siguiente se instala con su familia en Frisinga, donde imparte clases de teología dogmática. Había llegado el momento de que sus padres se pudieran trasladar a vivir con Joseph. No era oportuno que, a sus años, vivieran en una casa en el campo. «Puesto que ahora la libre docencia estaba ya asegurada y la casa junto a la catedral esperaba nuevos inquilinos, a todos nos pareció oportuno llevar a mi padre y a mi madre a Frisinga: así podrían vivir al lado de la catedral, las tiendas estarían más cerca y podríamos estar juntos en familia [...]. El traslado tuvo lugar el 17 de noviembre, un día de niebla que contagió pronto su melancolía a mis padres a la hora de la despedida, ya que suponía no solo abandonar un lugar sino un pedazo de su vida. Sin embargo, se pusieron a ello con coraje y energía. [...] Que hubiera un buen número de estudiantes y que todos quisieran ayudar lo más posible, suponía un importante estímulo: no entraban en un contexto vacío, sino en un contexto de amistad y colaboración»¹⁴³. Así resultaba más fácil hacerse a esa nueva vida.

Pero algo iba a perturbar ese panorama de tranquilidad. «En aquel momento, ninguno de nosotros se podía imaginar los nubarrones de tormenta que se cernían sobre mí. Gottlieb Söhngen había leído el texto de la habilitación con entusiasmo, citándolo muchas veces en clase. El profesor Schmaus, que era mi correlator, tuvo que dejarla aparcada un par de meses, debido a sus múltiples ocupaciones. Por una secretaria supe que había empezado a leerla en febrero. Por la Pascua de 1956, [...] Schmaus me llamó para mantener una breve entrevista en la que, de manera francamente fría y sin ninguna emoción, me dijo que debía rechazar mi trabajo de habilitación, porque no respondía a las exigencias de rigor científico que se esperan en ese tipo de investigaciones. Añadió que me haría saber los detalles después de la reunión del consejo de facultad. Era como si me hubiese caído un rayo desde un cielo sin nubes»¹⁴⁴.

Michael Schmaus (1897-1993) era un buen aficionado al montañismo, a las lenguas clásicas y a las matemáticas. Había vuelto a abrir en Múnich la facultad de teología que había sido antes cerrada por los nazis, y se había convertido en un verdadero *Studentvater*, siempre generoso y atento con sus alumnos. Tuvo una exitosa carrera académica, en la que destacó por sus estudios históricos en filosofía y teología medievales. El que fue rector de la universidad de Múnich desde 1951 era en efecto un hombre abierto, y su manual de teología dogmática había supuesto una renovación en la exposición de la doctrina. «Preocupación esencial de este libro —escribía en el prólogo de su dogmática— sigue siendo el diálogo con la teología evangélica, sin confusos

¹⁴² *Mi vida*, 80-81

¹⁴³ *Mi vida*, 81-82

¹⁴⁴ *Mi vida*, 82-83

irenismos ni dogmatismos extremos. También importa mucho al autor el contacto con las religiones no cristianas del Lejano Oriente. Es una exigencia que el teólogo no puede eludir»¹⁴⁵. Se cuenta que Schmaus tuvo problemas con la censura eclesial, pero entonces intervino Pío XII quien recordó que tenía su dogmática sobre la mesa de trabajo. El día de su jubilación, todo Múnich fue a despedir al viejo profesor Schmaus con antorchas¹⁴⁶.

Como contraste, Ratzinger estaba padeciendo en 1956 lo que él llama el «drama de la libre docencia», pues su fulgurante carrera de profesor estuvo a punto de saltar por los aires en aquel mismo momento. «Michael Schmaus, a quien probablemente le habían llegado desde Frisinga rumores de voces irritadas contra la modernidad de mi teología, no veía en esta tesis –en ningún caso– una interpretación fiel del pensamiento de Buenaventura [...], sino un peligroso modernismo que conduciría necesariamente a la subjetivización del concepto de revelación»¹⁴⁷. Como era de esperar, la polémica trascendió. «La reunión del consejo de facultad que se ocupó de mi tesis debió de ser más bien tempestuosa. A diferencia de Söhngen, Schmaus contaba con amigos influyentes entre los docentes de la facultad, pero el veredicto de condena en cualquier caso fue atenuado: el trabajo no fue rechazado, sino que me fue devuelto para que lo corrigiera. Debía extraer de las observaciones al margen que Schmaus había puesto en su ejemplar lo que tenía que corregir. Con esto me fue devuelta la esperanza, aunque parece ser que Schmaus había declarado [...] que la cantidad de cosas que debía corregir era tan grande, que precisaba de varios años de trabajo»¹⁴⁸.

Hubo sin embargo un resquicio abierto. A pesar de todo, «la última parte de mi trabajo –dedicada a la teología de la historia de Buenaventura– había quedado libre de observaciones críticas. Precisamente era esta la parte que contenía el material explosivo»¹⁴⁹. Se aferró con todas sus fuerzas a esa mínima posibilidad. «En mi trabajo demostraba por primera vez que Buenaventura [...] había tenido en cuenta a Joaquín [de Fiore] y, como hombre conciliador que era, había tomado de él cuanto pudiera serle útil, aunque integrándolo en el ordenamiento de la Iglesia. Como puede suponerse, estas ideas no fueron acogidas al principio con entusiasmo, pero con el tiempo se han acabado por imponerse»¹⁵⁰. Aquella estratagema parece que le salió bien: la tesis de habilitación fue aceptada y la lección pública tuvo lugar el 21 de febrero de 1957.

A pesar de todo, el examen no dejó de tener su gracia. «Me presenté aquel día, no sin preocupación, desde el momento en que –teniendo en cuenta las numerosas tareas docentes en Frisinga– me había quedado bastante poco tiempo para prepararme. El aula magna, que había sido elegida para la ocasión, estaba repleta de gente. En el ambiente que se respiraba una extraña tensión casi física. Tras mi defensa, correspondía al director y al correlator tomar la palabra. Pronto la discusión conmigo se convirtió en un apasionado debate entre ambos. Se volvían al público presente, como si estuvieran impartiendo clase, mientras yo permanecía aparte, sin ser nunca interpelado»¹⁵¹. Al final, todo salió bien. «En ese momento no alcancé a sentir ninguna alegría; tan grande era la pesadilla que había tenido. Pero poco a poco fui liberándome de la preocupación que había ido acumulando en mí»¹⁵².

¹⁴⁵ M. SCHMAUS, *Teología dogmática* (1955), I/VIII, Rialp, Madrid 1963², 11

¹⁴⁶ Cfr M.J. GONZÁLEZ, *Michael Schmaus. El hombre y su obra*, «La Ciudad de Dios»182 (1969) 597-618

¹⁴⁷ *Mi vida*, 83.

¹⁴⁸ *Mi vida*, 85.

¹⁴⁹ *Mi vida*, 85

¹⁵⁰ *Mi vida*, 86; cfr *La sal de la tierra*, 66-67

¹⁵¹ *Mi vida*, 87.

¹⁵² *Mi vida*, 87.

Este «drama de la libre docencia» trajo consigo una serie de consecuencias. «Como cabe suponer, las relaciones con el profesor Schmaus fueron tensas en un primer momento; pero, más tarde, en los años setenta, mejoraron progresivamente hasta llegar a ser amistosas. En todo caso, ni sus juicios ni sus decisiones de entonces jamás me parecieron científicamente justificadas, aunque reconozco que la dura prueba de aquel año me vino humanamente muy bien y que siguió una lógica más elevada que la puramente científica. En un principio, las distancias respecto a Schmaus fueron el origen de un acercamiento a Karl Rahner»¹⁵³, a quien por una extraña coincidencia del destino le había sido también rechazada su tesis en filosofía, hacía ya unos cuantos años. Se le atribuyó entonces falta de rigor a la hora de interpretar el pensamiento de santo Tomás. Rahner se dedicó entonces a la teología.

En efecto, en Pascua de 1956, Joseph Ratzinger había conocido a Karl Rahner en un congreso de teólogos dogmáticos en Königstein. Hablaron de libros y publicaciones, tema favorito para los intelectuales. «Gracias a aquella circunstancia establecimos una relación verdaderamente cordial»¹⁵⁴. Por aquel entonces, Karl Rahner (1904-1984) era un joven jesuita admirador de Kant y Heidegger. Su originalidad y su capacidad especulativa fueron rápidamente apreciadas por todo el mundo teológico alemán. En la guerra había desarrollado una teología a partir de la antropología, de la que surgió el libro *Oyente de la palabra* (1941). En esta obra, el profesor de Innsbruck intenta crear una filosofía de la religión centrada en la esencial apertura del hombre a Dios. El hombre escucha libremente y recibe a su vez la libre autocomunicación de Dios en la historia por la palabra. Sin embargo, Rahner considera que el hombre está casi ‘obligatoriamente’ abierto a Dios: esta apertura al infinito resulta excesiva y algo exagerada, a juicio de algunos. Se llegaba a negar de alguna manera la libertad cristiana. La producción de Rahner ocupará con el tiempo la casi totalidad de los temas más discutidos en teología, con puntos de vista críticos y originales, y con aportaciones decisivas al respecto. Sin embargo, en otras ocasiones provocó cierta confusión y desconcierto, tal vez propiciado por una cierta ambigüedad de algunos de sus escritos¹⁵⁵.

Pronto llegaron sin embargo noticias esperanzadoras para el joven profesor Ratzinger, que le permitían seguir adelante con su carrera académica. «En verano de 1958 me llegó una invitación para ocupar la cátedra de teología fundamental de Bonn: la cátedra que mi maestro Söhngen había deseado siempre, pero que las circunstancias de esos años le habían impedido alcanzar»¹⁵⁶. Como la situación había cambiado, y sus padres podían ir a vivir con su hermano Georg, ahora director de un coro parroquial en Traunstein, el recién nombrado profesor decidió aceptar. «Había podido vivir de nuevo con mis buenos padres, hallando en su compañía la seguridad que tanto necesitaba. El *Domberg* de Frisinga, la montaña sobre la que se alza la catedral y en la que

¹⁵³ *Mi vida*, 88

¹⁵⁴ *Mi vida*, 83

¹⁵⁵ Cfr B. MONDIN, *Storia della teologia*, IV 509-518; H. VORGRIMLER, *Vida y obra de Karl Rahner*, Taurus, Madrid 1965, 13-58; J.L. ILLANES, *La teología de las épocas moderna y contemporánea*, 340-341.

¹⁵⁶ *Mi vida*, 88

lamentablemente no hay ahora ningún seminario, ha quedado como algo profundamente mío»¹⁵⁷.

¹⁵⁷ *Mi vida*, 89

III. EN LA UNIVERSIDAD

El joven Ratzinger irá ocupando con el tiempo distintas cátedras en diferentes universidades alemanas. Será esta su vocación: estudiar, dar clases, investigar, publicar. No olvidaba por esto su condición sacerdotal. «A diferencia de otros docentes, Ratzinger nunca dejaba que sus conocimientos sofocaran su fe. Cuando hablaba, lo hacía primero como sacerdote y después como profesor. ‘Después de cada clase, querías ir a la iglesia a rezar’», declara John Jay Hughes, un sacerdote católico americano convertido del anglicanismo, que estudió en Alemania y conoció a Ratzinger como profesor de teología. Hughes contaba que a veces los de la ciudad iban antes del trabajo a escuchar las clases de Ratzinger, porque sus explicaciones eran muy convincentes y accesibles. Ratzinger, decía Hughes, tenía la habilidad de expresar una tremenda erudición en términos que los no iniciados podían entender»¹⁵⁸. Era por tanto un buen profesor, profundo y asequible.

1. Herr Professor

El 28 de octubre de 1958, Angelo Giuseppe Roncalli fue elegido Sumo Pontífice de la Iglesia católica, y adoptó el nombre de Juan XXIII. Pocos días después, el 25 enero de 1959, el nuevo Papa convocaba un concilio ecuménico. En esos mismos momentos y lejos de Roma, tras obtener la cátedra de teología fundamental —que para él suponía un sueño—, Ratzinger comienza a impartir clases en la universidad de Bonn, donde explicará la materia durante diez años «ante un vasto auditorio que acogió con entusiasmo el acento nuevo que creía percibir en mí». Era un profesor joven e innovador. «La ciudad y la universidad me encantaban: el *Hofgarten*, el jardín de la corte por el que pasaba el camino que me llevaba a la universidad relucía con esplendor en la primavera de aquel año tan soleado. La universidad mostraba aún las heridas de la guerra [...]. Pero el noble edificio del Príncipe Elector que, desde finales de la era napoleónica, se había convertido en el edificio central de la universidad, no había perdido su particular encanto ni siquiera con la guerra; la vida académica que allí se palpaba, la relación con estudiantes y profesores de todas las facultades me entusiasman y me inspiraban. De noche, oía los barcos sobre el Rin»¹⁵⁹.

Bonn era culturalmente una ciudad ‘mejor situada’ que su tierra natal. «De todas partes me venían estímulos, y más todavía por la proximidad con Bélgica y Holanda, y porque tradicionalmente la Renania ha sido una puerta abierta hacia Francia. Se produjo así de un modo totalmente espontáneo la formación de un grupo de estudiantes con inquietudes culturales, con los que empecé a mantener muy pronto coloquios regulares [...]. En la misma facultad de teología católica había grandes personalidades»¹⁶⁰: los historiadores Klauser y Jedin, el moralista Schöllgen, el indonólogo Hacker (que más tarde se convertiría al catolicismo), el filólogo Esch, y Auer, el profesor de dogmática e historiador medieval con quien coincidirá después en Ratisbona. Profesores y alumnos mantenían encuentros que estimulaban el saber de este inquieto profesor. También tuvo numerosos encuentros ecuménicos con cristianos luteranos y ortodoxos, como el futuro metropolitano Damaskinos¹⁶¹.

¹⁵⁸ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 103

¹⁵⁹ *Mi vida*, 91

¹⁶⁰ *Mi vida*, 92

¹⁶¹ Cfr H. SCHÜTTE, *Promotor unitatis christianae. Il cardinale Ratzinger e l'ecumenismo*, en AA.VV., *Alla scuola della verità*, 89-90

También con sus alumnos procuró hacer un trabajo de profundización científica. «Naturalmente, siempre me he esforzado por hacer análisis valientes y, precisamente por este motivo, he procurado ayudar –en mi círculo de doctorandos– a que los demás detectaran los puntos débiles de una argumentación. Ha sido una magnífica experiencia desde el punto de vista humano. En vez de trabajar a solas con cada doctorando, nos reuníamos todos un par de horas a la semana para que cada uno pudiera presentar a debate las dificultades que encontraba en su investigación. Era un sistema de trabajo que gustaba mucho. Luego se fue ampliando aquel círculo e invitamos a otros profesores, gente importante. Fuimos a Estrasburgo a ver a Congar, y a Basilea para hablar con Karl Barth; a Karl Rahner sin embargo le invitamos a que fuera él el que viniera. Todos los alumnos tenían muchas inquietudes»¹⁶². Ratzinger era un universitario de pura cepa, que leía y viajaba en busca de la verdad.

Hubo sin embargo una circunstancia que llenó su vida de dolor: ese mismo verano de 1959 morirá su padre, quien parecía que desde hacía meses presentía su propia muerte. «El domingo 23 de agosto mi madre le invitó a dar un paseo hasta el lugar donde habíamos vivido y donde todavía quedaban algunos amigos; caminaron en aquel día caluroso de verano más de diez kilómetros. Mientras volvían a casa, mi madre quedó impresionada por el fervor con que rezó durante una breve visita en la iglesia [...]. Durante la cena, [mi padre] se levantó y cayó desvanecido junto a la escalera. Se trataba de un grave ataque de apoplejía, del que murió tras dos días de agonía. Dimos gracias a Dios por poder estar juntos alrededor de su lecho [de muerte...]. Cuando después de este suceso volví de nuevo a Bonn, sentía que el mundo estaba algo más vacío para mí»¹⁶³.

Ratzinger publicará entonces –junto con Karl Rahner– *Episcopado y primado*, en la colección *Quaestiones disputatae* que dirigía el teólogo jesuita. Allí el joven profesor propone una ‘tercera vía’ entre dos extremos: demasiada Roma o, por el contrario, enemigo de Roma. «Cuando se dice ‘católico’, se establece una delimitación de un cristianismo de la Escritura aislada, poniendo en su lugar la profesión de la *auctoritas* de la palabra viva, es decir, del ministerio de la sucesión apostólica. Cuando se dice ‘romano’, se da al ministerio su norte y su centro estables: la potestad de las llaves del sucesor de Pedro en la ciudad que fue regada con la sangre de los dos apóstoles. Finalmente, cuando se reúnen ambos términos en la fórmula ‘católico romano’, se expresa la completa dialéctica que media entre primado y episcopado, en la que uno no puede estar sin el otro. Una Iglesia que quiere ser solo ‘católica’ sin tener parte con Roma, pierde precisamente por ello su misma catolicidad»¹⁶⁴, concluye.

Roma y el mundo entero (Pedro y los demás obispos) han de encontrar un buen entendimiento, pedía nuestro teólogo. Así, después de hacer algunas consideraciones sobre el primado, el concilio y la colegialidad, –al profundizar en las razones teológicas de esta última– el joven profesor afirma en un artículo titulado *Teología del concilio* (1961): «El concilio no es un parlamento y los obispos no son unos diputados con un poder y un mandato que les viene de un pueblo que les ha elegido. Los obispos no representan al pueblo sino a Cristo, de quien reciben la consagración y la misión. Por eso, cuando se trata de lo más propio de la Iglesia (es decir, de mantener la palabra que ha venido de Dios) no hablan tampoco en lugar o por mandato del pueblo, sino en lugar y por mandato de Jesucristo»¹⁶⁵. Lejos de modelos supuestamente democráticos

¹⁶² *La sal de la tierra*, 71

¹⁶³ *Mi vida*, 94-95

¹⁶⁴ K. RAHNER-J. RATZINGER, *Episcopado y primado*, Herder, Barcelona 1965, 67-68.

¹⁶⁵ *El nuevo Pueblo de Dios* (1969), Herder, Barcelona 1972, 188

aplicados de un modo exagerado a la Iglesia, Ratzinger propone volver a Cristo, quien confía en Pedro y en los demás apóstoles, en el Papa y en los obispos.

El 13 agosto de 1961 se empieza a construir el Muro de Berlín que dividirá durante casi cuarenta años las dos Alemanias, al mismo tiempo que los signos de descristianización en occidente se hacían sentir cada vez más. Es la llamada secularización: el poder, la cultura y los medios de comunicación se remiten cada vez menos a Dios. A pesar de todo, la Iglesia mantenía motivos para la esperanza. «Nos sentimos todos –declaraba el Papa– en el umbral de una nueva época que, manteniéndose fiel al antiguo patrimonio, se abre a las maravillas del progreso en lo que se refiere al espíritu humano»¹⁶⁶.

Ratzinger vivió de cerca esos momentos de optimismo anteriores al concilio, y los recuerda con auténtica emoción: «Mientras tanto, Juan XXIII había anunciado el Concilio Vaticano II, reavivando –en muchos hasta la euforia– aquel sentimiento de renacimiento y esperanza que, pese a la amenaza que había supuesto la etapa nacionalsocialista, estaba todavía vivo desde el final de la I Guerra Mundial»¹⁶⁷. En efecto, la teología y la vida de la Iglesia había dado importantes pasos en el periodo de entreguerras, como será el redescubrimiento de la Biblia y la liturgia, de la Iglesia y de la devoción a la Virgen, que cristalizarán en el famoso Vaticano II¹⁶⁸.

2. Empieza un concilio

«Mientras tanto –recuerda el que era entonces un joven e inquieto profesor de teología–, [...] entre el arzobispo de Colonia, el cardenal Frings, y yo surgió de inmediato un trato cordial y sereno. [...]. Vino a escuchar una conferencia sobre la teología del concilio que me habían invitado a pronunciar en la Academia católica de Bensberg, e inmediatamente después me entretuvo en una larga conversación, comienzo de lo que será después una colaboración que se prolongó durante años»¹⁶⁹. El cardenal Frings, que era presidente de la conferencia episcopal alemana había recibido un espaldarazo definitivo cuando, poco antes del concilio, pronunció en Génova una conferencia titulada *El concilio y el nuevo mundo espiritual moderno*, que interesó vivamente a Juan XXIII. «Frings –afirma Allen– era una leyenda en los círculos eclesiales de Europa. Había sido un buen estudioso de la Sagrada Escritura, licenciado en el Instituto Bíblico de Roma. [...] Era buen montañero, aunque en tiempos del concilio contaba ya con setenta y seis años y una salud en declive. Estaba casi ciego, por lo que dependía de otros para leer los documentos preparatorios, propuestas, *memoranda* y demás tipos de papeles que circulaban antes y durante el concilio»¹⁷⁰.

Frings hizo llegar a su joven colaborador los *Schemata* previos, unos documentos previos elaborados con vistas a ser aprobados en la asamblea conciliar. No le gustaron demasiado. «Obviamente tenía algunas observaciones que hacer sobre diversos puntos, pero no encontraba ninguna razón para rechazarlos por completo [...]. Indudablemente la renovación bíblica y patrística que había tenido lugar en los decenios precedentes había dejado poca huella en estos documentos, que daban más bien una impresión de rigidez y escasa apertura, de una excesiva dependencia de la teología escolástica, de un pensamiento demasiado erudito y [demasiado] poco pastoral»¹⁷¹. Ratzinger era

¹⁶⁶ JUAN XXIII, *Sacrae laudis* (6.1.1962): AAS 54 (1962) 71-72.

¹⁶⁷ *Mi vida*, 97.

¹⁶⁸ Cfr. *Ser cristiano* (1965), Sígueme, Salamanca 1967, 57; *Natura e compito della teologia. Il teologo nella disputa contemporanea: storia e dogma*, Iaca Book, Milán 1993, 90.

¹⁶⁹ *Mi vida*, 97.

¹⁷⁰ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 52.

¹⁷¹ *Mi vida*, 98.

manifiestamente crítico hacia los esquemas que habían redactados previamente. Esta postura crítica será la que después se irá imponiendo en el aula conciliar en los primeros días del Vaticano II.

Por fin empezó el concilio. «La mañana del 11 de octubre de 1962, en medio de un ritual imponente que a algunos pareció demasiado fastuoso, vio reunidos en la basílica de san Pedro a los padres conciliares (en un número que entonces se calculó en torno a tres mil), a los huéspedes y observadores delegados del Secretariado para la unidad de los cristianos, a los representantes de ochenta y seis delegaciones diplomáticas extranjeras, al presidente de la República italiana; en total, miles de invitados»¹⁷². Allí estaban también el cardenal Frings y sus jóvenes ayudantes. A Ratzinger le pareció también una liturgia poco acorde con los tiempos que corrían¹⁷³. La sensibilidad litúrgica del concilio se hizo notar poco después. Esto despertará el entusiasmo del joven teólogo, quien escribió –ante el acuerdo mantenido entre los padres conciliares– sobre la importancia de la liturgia: era ésta «la verdadera fuente de vida en la Iglesia y, por tanto, el auténtico punto de partida de toda renovación»¹⁷⁴. La constitución dogmática *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia proponía una vuelta a los orígenes y al centro mismo del culto cristiano: la eucaristía como memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo. La misa era el centro de toda la vida de la Iglesia.

El ambiente inicial entre los asistentes al concilio era de intenso optimismo, cuando no de auténtica euforia. «En el concilio penetró algo de la brisa de la era Kennedy, de aquel ingenuo optimismo de la idea de una gran sociedad: lo podemos conseguir todo, si nos los proponemos y ponemos medios para ello»¹⁷⁵. Sin embargo, esto no le impedirá ver el concilio sobre todo como un acontecimiento del Espíritu santo. «El concilio, una pentecostés: era esta una idea que respondía a los sentimientos de aquella hora. Y no solo porque el Papa Juan XXIII lo hubiera formulado como un deseo, como una oración, sino porque fue también una interpretación exacta de nuestras experiencias al llegar a la ciudad conciliar: encuentros con obispos de todos los países, de todas las lenguas [...] y, por tanto, una vivencia directa de la catolicidad real, con esperanzas pentecostales. Este era el signo, preñado de promesas de los primeros días del Vaticano II»¹⁷⁶.

La experiencia del concilio fue definitiva para Ratzinger. «No puedo olvidar ni quiero describir aquí la experiencia particularísima [...], el privilegio de tener múltiples encuentros con Henri de Lubac, Jean Daniélou, Yves Congar, Gerard Philips, por citar solo algunos nombres destacados; los encuentros con obispos de todos los continentes y las conversaciones personales con algunos de ellos»¹⁷⁷. Estas conversaciones marcaron su vida y su teología. «Aunque Ratzinger no podía hablar en el aula conciliar, fue un personaje público en otro sentido. Pronunció conferencias sobre temas conciliares en varios lugares de Roma, organizó sesiones informativas para los padres conciliares, y publicó unos bien conocidos comentarios sobre el concilio»¹⁷⁸.

Al mismo tiempo Ratzinger atribuye al cardenal Frings varias intervenciones importantes. «La primera consistió en que la curia romana ya había elaborado varias propuestas para formar las diferentes Comisiones conciliares, y era de esperar que –una

¹⁷² A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, San Pablo, Madrid 1996, 204

¹⁷³ Cfr *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils. Ein Rückblick*, Bachem, Colonia 1963, 11

¹⁷⁴ *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, 25-26

¹⁷⁵ *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental* (1982), Herder, Barcelona 1985, 445

¹⁷⁶ *Teoría de los principios teológicos*, 440

¹⁷⁷ *Mi vida*, 98

¹⁷⁸ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 55

vez presentadas las listas— se pudiera proceder a la inmediata votación. Pero no todos pensaban igual. Entonces los cardenales Liénart y Frings se pusieron de pie y dijeron: ‘así no podemos votar; es mejor que nos conozcamos un poco unos a otros, para saber quién es el más indicado para cada Comisión’. Aquel fue el primer toque de atención nada más empezar el concilio»¹⁷⁹. Todo esto causó un notable desconcierto, que los medios de comunicación se encargaron de amplificar. «El concilio no acepta los nombres indicados por la curia romana para las comisiones», decía un titular de *La Stampa* de Turín. Algo parecía que iba a cambiar. Se sucedieron entonces los encuentros y los intercambios de listas para crear las nuevas comisiones¹⁸⁰.

Frings tendrá entonces otra de sus intervenciones. «El segundo ‘toque’ [...] fue, en concreto, que —cuando se iba a someter a debate el texto de la revelación— el cardenal Frings aclaró que, tal como estaba redactado (yo había colaborado con él), no tenía un punto de partida adecuado. Hubo que redactarlo de nuevo a mitad del concilio. Eso sí que fue un toque de atención»¹⁸¹. Rahner y el mismo Ratzinger ven algunas objeciones al esquema conciliar sobre la revelación y, en efecto, según recuerdan los cronistas de la época, «una verdadera lluvia de fuego se abrió sobre el *De fontibus*. ‘El esquema no gusta’ fue el comienzo de autorizadas intervenciones, entre las que hay que destacar como particularmente duras las de los cardenales Liénart y Frings»¹⁸². El esquema fue retirado por el Papa, a pesar de que no se habían obtenido los dos tercios de votos con el *non placet*, que se requerían para ser puestos fuera del debate¹⁸³.

Ratzinger recuerda también las consecuencias de aquellos acontecimientos: «Por deseo del cardenal Frings, puse por escrito un pequeño esquema en el que intentaba explicar mi punto de vista. [...] Ahora bien, aquel pequeño ensayo, escrito a toda prisa, no podía competir ni siquiera remotamente con la solidez y precisión del esquema oficial [...]. Estaba claro que el texto debía ser ulteriormente elaborado y profundizado. Semejante trabajo requería también la intervención de otras personas. Por consiguiente se decidió que presentase, junto con Karl Rahner, una segunda redacción, [elaborada] más en profundidad»¹⁸⁴.

Esta segunda versión dio lugar a *Revelación y Tradición* (1965), donde Ratzinger hace un detenido examen histórico del concepto de tradición y su relación con la Escritura, sobre todo en el concilio de Trento. Allí se llega a la conclusión de que Escritura y tradición no forman dos fuentes diferentes, sino una sola en la que ambas se unen íntimamente¹⁸⁵. La Biblia leída por los primeros cristianos es una fuente segura para saber qué ha revelado Dios de verdad. «La tradición es siempre, por esencia, interpretación; no existe independiente, sino como explicación, como exposición, ‘según la Escritura’»¹⁸⁶. Además, llega a una conclusión definitiva y palmaria: Cristo es el centro de la revelación («La realidad que acontece en la revelación cristiana no es otra, ni otro, que Cristo mismo. Es él, en sentido propio, la revelación»¹⁸⁷). Las semejanzas con el texto del concilio sobre la Escritura resultan evidentes.

Escritura y Tradición En efecto, afirmará años después, «La revelación no es un meteorito caído sobre la tierra, que yace en cualquier parte como una masa rocosa de la que se pueden sacar muestras, llevarlas al laboratorio y analizarlas. La revelación tiene

¹⁷⁹ *La sal de la tierra*, 79; cfr también *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, 7-8

¹⁸⁰ Cfr A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 220-225

¹⁸¹ *La sal de la tierra*, 79

¹⁸² Cfr A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 231

¹⁸³ Cfr G. ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 2, Il Mulino, Bolonia 1996, 289-290

¹⁸⁴ *Mi vida*, 104-105

¹⁸⁵ Cfr K. RAHNER-J. RATZINGER, *Revelación y Tradición*, Herder, Barcelona 1970, 54-76

¹⁸⁶ K. RAHNER-J. RATZINGER, *Revelación y Tradición*, 51

¹⁸⁷ K. RAHNER-J. RATZINGER, *Revelación y Tradición*, 42

instrumentos, pero no puede ser separada del Dios vivo; interpela siempre a la persona viva a la que alcanza. [...] Precisamente aquello de la revelación que sobresale de las Escrituras (que a su vez no puede ser expresado en un código de fórmulas) es lo que llamamos 'Tradición'»¹⁸⁸.

Sin embargo, y a pesar de esta intensa colaboración antes y durante el concilio, Ratzinger acabará distanciándose del famoso teólogo Rahner. «Trabajando con él, me di cuenta de que Rahner y yo –a pesar de estar de acuerdo en muchos puntos y compartir múltiples aspiraciones– vivíamos desde el punto de vista teológico en dos planetas diferentes. [...] Su teología –a pesar de las lecturas patrísticas de sus primeros años– estaba del todo caracterizada por la tradición escolástica de Suárez y de su nueva versión a la luz del idealismo alemán y de Heidegger. Era una teología especulativa y filosófica en la que, al fin y al cabo, Escrituras y Padres no desempeñaban un papel serio y en la que la dimensión histórica era poco importante. Yo en cambio, precisamente por mi formación, estaba marcado principalmente por las Escrituras y por los Padres, por un pensamiento esencialmente histórico: por aquel entonces tuve la clara percepción de cuál era la diferencia entre la escuela de Múnich –por la que yo había pasado– y la de Rahner, aunque todavía tenía que transcurrir algún tiempo para que la distancia que separaba nuestros caminos se hiciese evidente a los ojos de los demás»¹⁸⁹. Rahner partía sobre todo de la filosofía, mientras Ratzinger se centraba además en la Biblia, la historia y la fe de los primeros cristianos.

3. Vientos de tormenta

En el discurso pronunciado por Juan XXIII el 8 de diciembre de 1962, en la sesión de clausura de la primera etapa, se trazaba una perspectiva optimista: en aquellos meses del primer periodo de sesiones –venía a decir– se había comenzado la gran obra del concilio, siguiendo los designios divinos¹⁹⁰. Sin embargo, hubo también otros efectos secundarios, como la creación de «dos formaciones: una mayoritaria, liderada sobre todo por obispos franceses, alemanes, belgas y holandeses, que –aunque de compleja constitución– tenía en conjunto una tendencia pastoral, ecuménica, abierta al mundo, reformadora, en la línea de los sueños de Juan XXIII; la otra, minoritaria, en la que estaban incluidos sobre todo obispos italianos, españoles y gran parte del episcopado de América latina, [estaba] preocupada por mantener intacto el patrimonio doctrinal y eclesiástico, con desconfianza hacia el mundo y la cultura contemporánea»¹⁹¹. Son las tendencias del acelerador y del freno, y de ambas necesita la Iglesia. De hecho, Ratzinger se mostraba moderadamente optimista al juzgar los resultados obtenidos en la primera sesión. Habrá que esperar –afirmaba– los frutos de la paciencia, del trabajo diario y de la ayuda del Espíritu Santo¹⁹².

El 3 junio de 1963 muere Juan XXIII. Pocos días después comienza el pontificado de Giovanni Battista Montini, quien elige para sí el nombre de Pablo VI y decide rápidamente continuar el concilio convocado por su predecesor. Ese mismo verano le ofrecen a Ratzinger la cátedra de teología dogmática en Múnster. Al principio piensa en rechazarla, pero finalmente decide aceptarla debido a ciertas dificultades académicas en Bonn y porque «algunos amigos intentaban convencerme argumentando que la

¹⁸⁸ *Mi vida*, 103-104; cfr también G. ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 2, 98-99, 105-107, 110-111, 272-273

¹⁸⁹ *Mi vida*, 104-105

¹⁹⁰ Cfr A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 244

¹⁹¹ G. VERUCCI, *La Chiesa nella società contemporanea. Dal primo dopoguerra al concilio Vaticano II*, Laterza, Roma-Bari 1988, 373

¹⁹² Cfr *Die erste Sitzungsperiode des Zweiten Vatikanischen Konzils*, 59-61

dogmática era mi verdadero campo, y que me abriría perspectivas de acción mucho más amplias que las de la teología fundamental y, además, mi preparación escriturística y patristica sería más valorada allí»¹⁹³. El motivo decisivo fue el no querer suspender a dos alumnos de doctorado. Si se quedaba, se veía en la obligación de no poder aprobarlos; así que decidió quitarse de en medio e irse a otra ciudad. «En el verano del año 1963, comencé mis clases en Münster ante un vasto auditorio y con una dotación de personal y material muy distinta a la que tenía a mi disposición en Bonn. La acogida por parte del cuerpo docente fue totalmente cordial; las condiciones no podían ser mejores. Sin embargo, debo confesar que quedaba en mí una cierta nostalgia de Bonn, la ciudad sobre el río: nostalgia por su alegría y su dinamismo espiritual»¹⁹⁴.

El 29 de septiembre de ese mismo años comienza en la ciudad eterna el segundo periodo de sesiones del Vaticano II, en el que Ratzinger fue nombrado perito, es decir, un asesor experto en teología. «Mientras seguía adelante el concilio, vivía entre Münster y Roma. El interés por la teología –que ya antes había sido grande– crecía más todavía gracias a las noticias que llegaban –a menudo cargadas de sensacionalismo– sobre las disputas entre los padres [conciliares]. Siempre que volvía de Roma encontraba los ánimos más revueltos en la Iglesia y entre los teólogos. Daba cada vez más la impresión de que en la Iglesia no había nada definitivo, de que todo podía ser objeto de revisión. El concilio parecía un gran parlamento eclesial, que podía cambiar todo. Era [también] evidente que crecía un resentimiento contra Roma y la curia, que se presentaban como los enemigos de cualquier novedad y progreso»¹⁹⁵.

La influencia de los centroeuropeos y del ambiente renovador en el aula conciliar se hacía sentir. De hecho, un historiador del concilio ha resumido la influencia de los teólogos alemanes en el título de su libro: *El Rin desemboca en el Tíber*¹⁹⁶: las nuevas ideas germanas llegaban a Roma, pasando por encima de los Alpes. Así, en Alemania no solo los obispos se presentaban como verdaderos renovadores y reformadores de la fe; sino que también los teólogos se sintieron protagonistas de este proceso. «El papel [decisivo] de los teólogos en el concilio creó entre los estudiosos una nueva conciencia de sí mismos: comenzaron a sentirse los verdaderos representantes de la ciencia y, precisamente por eso, no debían estar sometidos a los obispos»¹⁹⁷. Esto ocasionó más de un problema. Más que un progresismo o un *aggiornamento* ingenuo y acrítico, los ideales que movían a Ratzinger coincidían más bien con con la vuelta a las fuentes que ya habían propuesto los teólogos franceses, para dejar así al cristianismo libre de adherencias posteriores y extrañas¹⁹⁸. Renovar con la vista puesta en los orígenes y en el futuro a la vez.

Por aquel entonces tuvo lugar una tercera intervención de Frings que le dio gran notoriedad y protagonismo. «El tercer discurso que se hizo famoso era sobre la necesaria reforma de los métodos empleados por el Santo Oficio»¹⁹⁹. En efecto, el 8 de noviembre de 1963 el purpurado alemán criticó en el aula conciliar los métodos utilizados por la congregación dirigida por el cardenal Ottaviani, «porque no son adecuados a los tiempos modernos y escandalizan al mundo». Un cerrado aplauso hizo acabar su intervención²⁰⁰. A Ratzinger le parece, sin embargo, que estas diferencias eran

¹⁹³ *Mi vida*, 105-106

¹⁹⁴ *Mi vida*, 106

¹⁹⁵ *Mi vida*, 109

¹⁹⁶ Cfr R. WILTGEN, *The Rhine flows into the Tiber: A History of Vatican II* (1967), Tan Books, ? 1985; citado en J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 316, n. 2

¹⁹⁷ *Mi vida*, 110

¹⁹⁸ Cfr A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, 108

¹⁹⁹ *La sal de la tierra*, 79

²⁰⁰ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 65

más de orden institucional que teológico²⁰¹. Frings añadió también que la representación en el aula conciliar pertenecía más a los obispos que a las distintas comisiones en sí mismas. Quería subrayar la autoridad de los obispos con Pedro, más que la de la curia romana²⁰².

Sin embargo, lo que va a ocupar la atención de obispos y teólogos en aquel segundo periodo de sesiones es la redacción de la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*. A Ratzinger le parecía bien el esquema redactado por los teólogos belgas: un punto intermedio entre las tendencias de italianos y españoles por un lado, y franceses y alemanes por otro²⁰³. Uno de los temas que más le interesaron fue –lógicamente– el papel de los obispos en la Iglesia, del que se había ocupado unos años antes. Se trata –sostenía– de que los obispos no solo vivan una «colegialidad vertical» con Pedro, sino también la «horizontal» con los demás obispos e iglesias particulares²⁰⁴. Respecto al ecumenismo, «Ratzinger pensaba en un futuro ecuménico, en el que las iglesias separadas pudieran reunirse en la comunión católica –sin por esto quedar absorbidas– como formas de la única comunidad visible de Cristo sobre la tierra»²⁰⁵. Se trataba de una colegialidad ecuménica, y no solo católica, parecía afirmar.

También hablará de María como madre y modelo en la Iglesia: ella, en su humildad, da vida y esperanza a toda la humanidad, tal y como debe hacer la Iglesia²⁰⁶. Sin embargo, tendrá un cierto distanciamiento hacia una excesiva veneración hacia la madre de Jesús. «Personalmente, al principio estaba muy determinado por el severo cristocentrismo del movimiento litúrgico, que el diálogo con mis amigos protestantes intensificó todavía más»²⁰⁷. Así declaraba bastantes años después: «Cuando todavía era un joven teólogo, antes de las sesiones del concilio (y también durante las mismas), como ha sucedido y sucede hoy a otros muchos, abrigaba ciertas reservas sobre fórmulas antiguas, como por ejemplo aquella famosa *de Maria numquam satis*, ‘sobre María nunca se dirá bastante’. Me parecía bastante exagerada»²⁰⁸.

Un triste suceso marcará de igual modo esos intensos años. Al final de ese mismo año morirá su madre de un cáncer. «El día después del domingo *Gaudete*, el 16 de diciembre de 1963, cerró para siempre los ojos; pero la luz de su bondad permaneció siempre en mí, y para mí ella se convirtió cada vez más en una muestra concreta de la fe por la que se había dejado moldear»²⁰⁹.

Casi un año después, el 14 de septiembre de 1964, empezaba el tercer periodo de sesiones del concilio, donde acude ya como perito nombrado esta vez por Pablo VI, el nuevo Papa. Ratzinger dirá de él que su actitud era «muy parecida a la de Juan XXIII, quien decía que quería ser tanto el Papa de los que pisan el acelerador, como de los que quieren frenar»²¹⁰. En el discurso de inauguración, Pablo VI no solo hablaba de paz, amor y esperanza, sino también de hambre, de guerra y de preguntas sin respuesta²¹¹. Comenzó esta sesión con una concelebración eucarística –tan diferente a la misa que daba comienzo al concilio–, a la vez que se presentaron en el aula conciliar nuevos

²⁰¹ Cfr *Concilio in cammino*, 53

²⁰² Cfr G. ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 3, Il Mulino, Bolonia 1996, 326

²⁰³ Cfr *Concilio in cammino. Sguardo retrospettivo sulla seconda sessione* (1964), Roma 1965, 30

²⁰⁴ Cfr *Concilio in cammino*, 37-39

²⁰⁵ A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, 106

²⁰⁶ Cfr *Concilio in cammino*, 57

²⁰⁷ *Dios y el mundo*, 278

²⁰⁸ *Informe sobre la fe*, 114

²⁰⁹ *Mi vida*, 107

²¹⁰ *Concilio in cammino*, 12

²¹¹ Cfr PAOLO VI, Esortazione apostolica *Quarta Sessio Concilii*: AAS, 57 (1965) 690

observadores y auditores (entre los que se encontraban treinta y nueve párrocos, quince mujeres y numerosos laicos). El ambiente de entusiasmo inicial había remitido, y un padre se dirigía al aula conciliar con un elocuente *fatigatissimi patres*. El tema que se debatía en aquellos momentos era la eclesiología y, en particular, el ecumenismo y la colegialidad de los obispos²¹².

El joven Ratzinger colabora en la redacción de la constitución dogmática *Lumen gentium* y del decreto *Ad gentes* sobre la dimensión misionera de la Iglesia²¹³. En este periodo se redactará la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la misión de la Iglesia en el mundo. A Ratzinger le parecía el primer esquema demasiado optimista e ingenuo: poco teológico en definitiva²¹⁴. Según él, «la fe se presentaba como una especie de oscura filosofía sobre cosas de las que no se sabe nada»²¹⁵. Había detrás una eclesiología distinta de la *Lumen Gentium*, en la que la dimensión vertical y teológica quedaba en parte silenciada, para subrayar la horizontal y puramente humana. La Iglesia quedaba casi reducida a una ONG, una mera institución humanitaria internacional. Ratzinger advertía que ciertas reformas en los contenidos que se introducían en aquel momento estaban llevando a desvirtuar el contenido verdadero de la fe²¹⁶. De modo análogo, tendrá lugar también un significativo cambio en el portavoz de los obispos alemanes. «Frings pidió el 27 de octubre una mayor cautela en el uso de categorías como ‘mundo’, ‘progreso’ y ‘salvación’»²¹⁷. Algo parecido había dicho un obispo polaco llamado Karol Wojtila, el 28 de septiembre²¹⁸.

Este novedoso concilio estaba sin embargo en perfecta continuidad con la enseñanza de la Iglesia a lo largo de los siglos. El Papa hablaba de que «se había completado la obra doctrinal del primer concilio ecuménico vaticano»²¹⁹, el cual aparecerá citado unas treinta veces en los nuevos textos conciliares. También el teólogo calvinista Karl Barth –que había asistido a las sesiones conciliares como observador– lo veía en esta línea de continuidad: el Vaticano II estaba apoyado «con el pie izquierdo en estos [los concilios de Trento y Vaticano I], para caminar con el pie derecho en la dirección indicada por estos»²²⁰ mismos concilios. Ratzinger era también optimista, a pesar de las evidentes dificultades: «No hay que olvidar que la Iglesia ha sido siempre la Iglesia, y que en ella se ha encontrado siempre el camino del Evangelio»²²¹.

El 8 diciembre de 1965 tiene lugar la clausura del concilio. Se abrían sin duda nuevos tiempos para la Iglesia. «El Vaticano II, al aceptar la invitación de escrutar los ‘signos de los tiempos’, ha seguido esta orientación, reforzada con una determinación que el entusiasmo de los años 60 contribuía sin duda a mantener»²²². Los logros del concilio eran evidentes. «Por citar tan solo los resultados teológicos de mayor importancia, el concilio ha insertado de nuevo, en el conjunto de la Iglesia, una doctrina del primado que antes aparecía peligrosamente aislada; ha incorporado asimismo la mentalidad jerárquica aislada en el misterio único del cuerpo de Cristo; ha vinculado de nuevo una mariología aislada en el gran rango; ha hecho que la liturgia sea, de nuevo,

²¹² Cfr A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 299-301

²¹³ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 56, 219-220

²¹⁴ Cfr G. ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 5, 145-146

²¹⁵ *Problemi e risultati del Concilio Vaticano II*, 118

²¹⁶ Cfr *Problemi e risultati del Concilio Vaticano II*, 157; J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 79-81

²¹⁷ A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 312; cfr *Acta Synodalia S. Concilii Oecomenici Vaticani II*, III/5, Typis Poliglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano 1974, 532

²¹⁸ Cfr *Acta Synodalia S. Concilii Oecomenici Vaticani II*, IV/2, 660-663

²¹⁹ PABLO VI, *Discurso* 21.11.1964: *Acta Synodalia III/8*, 911

²²⁰ K. BARTH, *Suivant la trace des conciles de Trente et de Vatican I?*, en *Entretiens à Rome après le Concile*, Neuchâtel 1968, 48; citado en A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 426

²²¹ *Problemi e risultati del Concilio Vaticano II*, 157

²²² A. ZAMBARBIERI, *Los concilios del Vaticano*, 403-404

accesible y comprensible. Y con todo esto ha dado un valeroso paso adelante en el camino de la unidad de los cristianos»²²³.

Habían pasado unos meses y corría el año 1965. Un día antes de acabar el concilio, Pablo VI había cambiado el nombre al Santo Oficio por el de Congregación de la Doctrina de la Fe y creado la Comisión Teológica Internacional. Vientos de tormenta se cernían sin embargo sobre la Iglesia y el concilio. «A partir del mes de marzo se habían hecho cada vez más insistentes las voces de alarma entre los obispos y también el Papa, debido a los síntomas de una crisis que amenazaba con abrirse en el frente contrario: el de los grupos y movimientos que reivindicaban mayores espacios de apertura, y que estaban muy dispuestos a manifestarse en contra de la autoridad eclesiástica. Enseguida este frente se hizo preocupante, sobre todo en algunos países occidentales como Francia, Holanda, Bélgica y también en parte de Italia»²²⁴. Alemania también se hacía eco de todo ese ambiente contestatario.

4. La revuelta estudiantil

En efecto; para algunos el concilio suponía una auténtica revolución, sin continuidad alguna con toda historia previa de la Iglesia y del mundo. La siguiente anécdota puede resultar significativa de esta mentalidad. «Cuando acabó el Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965, dos artistas romanos estaban terminando un trabajo muy personal de *aggiornamento*. Se había encargado a Ettore De Concilio y Rosso Falciano decorar una nueva iglesia católica dedicada a san Francisco de Asís. Siguiendo los ‘signos de los tiempos’, adornaron la iglesia con imágenes de Juan XXIII, Fidel Castro, el premier soviético Alexeiv Kosigin, Mao Tse Tung, Bertrand Russell, Giorgio La Pira, el dirigente del partido comunista italiano Palmiro Togliatti, Sophia Loren y Jacqueline Kennedy. Era esta una estricta y ecuménica –tal vez excesiva– comunión de los santos. Este quería ser el espíritu de la época»²²⁵, que trajo también consigo dudas y perplejidades.

Un poco más adelante había hecho una breve historia de las ideas en su país, y alude al origen de este optimismo algo precipitado y a veces ingenuo. La revolución estaba en marcha, también dentro de la Iglesia. «En la Alemania católica de la posguerra, los diagnósticos de Karl Erlinghagen sobre la falta de formación de los católicos fueron los que sobre todo agitaron los espíritus. Todo aquel complejo de ideas y sentimientos se mezcló y fundió en el tópico generalizado de la necesidad de formación en los alemanes, que parecían enfrentarse con un mundo científico y técnico sin excesiva preparación intelectual. [...] El ámbito que ha llegado a la conciencia general (a saber, el intento de resolver –mediante la ilustración o iniciación– el problema entre sexo y *eros*, de liberarlo de todos sus aspectos problemáticos mediante un saber sin tabúes [=la llamada revolución sexual]) no es sino un síntoma –ciertamente significativo– de un optimismo respecto a la Ilustración que, en última instancia, busca la salvación a través del conocimiento. Por eso es tan apremiante el empuje del progreso. [...]»

»En el campo católico, el Concilio Vaticano II fomentó la adhesión a este movimiento general. [...] Esto significa que la evolución avanza ahora a modo de un progreso científico-técnico en el que, como punto final de llegada, la materia y el espíritu, el individuo y la sociedad producirán un todo omnicompreensivo, un mundo divino. La constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo actual [la *Lumen Gentium*] hizo suyo aquel programa. La divisa teilhardiana ‘ser cristiano significa más progreso, más técnica’ se convirtió en un punto en el que coincidían tanto los padres

²²³ *Teoría de los principios teológicos*, 443

²²⁴ G. ALBERIGO, *Storia del concilio Vaticano II*, 5, Il Mulino, Bolonia 2001, 27

²²⁵ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 89

conciliares de los países ricos como de los pobres, en la esperanza de que –además– era más fácil de transmitir que las complicadas discusiones sobre la colegialidad de los obispos y el primado del Papa, entre Escritura y tradición, [o] sacerdotes y laicos»²²⁶. El mito del progreso se estaba convirtiendo casi en un dogma de fe para algunos.

Ratzinger se encontraba a gusto en Münster, además por fin había acabado el concilio. «Empecé a amar cada vez más esta bella y noble ciudad, pero había un hecho negativo: la excesiva distancia de mi tierra natal, Baviera, a la que estaba y estoy profunda e íntimamente unido. Tenía nostalgia del sur. La tentación se hizo irresistible cuando la universidad de Tubinga [...] me llamó para ocupar la segunda cátedra de dogmática, instituida desde hacía poco. Hans Küng era quien había insistido en mi candidatura y en conseguir la aprobación de otros colegas. Le había conocido en 1957, durante un congreso de teólogos dogmáticos en Innsbruck [...]. Me agradó su simpática franqueza y sencillez. Había nacido así una buena relación personal, si bien poco después [...] hubo entre nosotros dos una discusión más bien seria sobre la teología del concilio. Pero ambos considerábamos esto como legítimas diferencias teológicas [...]. Encontraba con él un diálogo extremadamente estimulante, pero cuando se esbozó su orientación hacia la teología política, sentí que las diferencias crecían y que podían llegar a tocar puntos fundamentales»²²⁷ en lo que a la fe se refiere.

En aquel momento nació una larga y comprometida amistad con Hans Küng (n. 1928), quien había escrito una tesis sobre Karl Barth, aunque curiosamente sus escritos derivarían después hacia los planteamientos del protestantismo liberal del siglo XIX. Este cambio de postura será la que separará después a ambos teólogos, aunque afirma nuestro autor: «nunca he tenido un conflicto personal con él, ni por asomo»²²⁸. El teólogo suizo había participado activamente como perito en el concilio, y se había ocupado en un primer momento de la eclesiología, aunque sus indagaciones sobre la naturaleza de la Iglesia encontraban ciertas diferencias con las enseñanzas del magisterio. Proponía una Iglesia en la que todo consiste en puro devenir histórico, con el que todo puede cambiar dependiendo de las variadas circunstancias. Si existe una forma estable de Iglesia que responda a su esencia –seguirá diciendo–, es la forma carismática y no institucional, anterior a todo posible clericalización. Así opondrá acérrimamente una Iglesia jerárquica frente a la carismática y verdadera. Junto a esto, su posterior «teología ecuménica universal» ocasionará que en 1979 le sea denegada la facultad de enseñar teología católica²²⁹.

Mientras el teólogo suizo iba a bordo de un *Alfa Romeo* por las calles de Tubinga – esa ciudad con tanta tradición filosófica y teológica –, Ratzinger circulaba por ellas en bicicleta²³⁰. Empezó con su trabajo como profesor, aunque pronto surgirían problemas. «Comencé mis clases en Tubinga ya al comienzo del semestre estival de 1966, por lo demás en un precario estado de salud [...]. La facultad tenía un cuerpo docente de altísimo nivel, si bien algo inclinado a la polémica [...]. En 1967 pudimos celebrar todavía espléndidamente los cincuenta años de la facultad católica de teología, pero se trató de la última ceremonia académica al viejo estilo. El ‘paradigma’ cultural con el que pensaban los estudiantes y parte de los profesores cambió casi de un modo fulminante. Hasta entonces, el modo de razonar había estado marcado por la teología de Bultmann y la filosofía de Heidegger; de repente, casi de la noche a la mañana, el

²²⁶ *Teoría de los principios teológicos*, 400-402

²²⁷ *Mi vida*, 111-112

²²⁸ *La sal de la tierra*, 85

²²⁹ Cfr B. MONDIN, *Storia della teologia*, 4, 758-763; J.L. ILLANES, *La teología de las épocas moderna y contemporánea*, 390.

²³⁰ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 91

esquema existencialista se derrumbó y fue sustituido por el marxista. [...] El existencialismo se desintegraba completamente y la revolución marxista se extendía a toda la universidad»²³¹, incluidas las facultades de teología católica y protestante. El marxismo había tomado el relevo del existencialismo.

En 1965 se había fundado también la revista *Concilium*, de la que Ratzinger formó parte en el comité de redacción y en cuyo primer número publicó un artículo. En la presentación de la nueva revista, firmada por dos influyentes teólogos de la época, se leía: «Para la revista se ha escogido el título *Concilium*. Con esto no pretende, en modo alguno, arrogarse ninguna titularidad oficial. La elección de este título significa, por el contrario, que tiene muy en cuenta las directrices dadas a los fieles por la autoridad pastoral de la Iglesia, que de forma tan enérgica se ha expresado en el Concilio Vaticano II. La revista aspira, pues, a seguir construyendo sobre la base de este concilio»²³². Sin embargo, según afirmará Ratzinger unos años después, el tiempo desmentirá estos buenos deseos: «publicada a la vez en siete lenguas y mantenida por una redacción repartida por todo el planeta, representaba la ‘Internacional Progresista’ que se había fundado durante el concilio. Se pretendía convertir una revista en el órgano permanente para continuar el espíritu del concilio. [...] La redacción pretendía ser una especie de concilio permanente de teólogos»²³³, que casi gozaban de su misma infalibilidad. Habían prometido permanecer siempre dentro de la verdad de la Iglesia, pero no siempre resultó así.

En efecto, el concilio había traído –como había ocurrido en otras ocasiones de la historia– un cierto desconcierto. «Si al volver a mi patria en el primer periodo conciliar me embargaba el sentimiento de gozosa renovación que reinaba por todas partes, experimentaba ahora una profunda inquietud frente al cambio que se había producido en el ambiente eclesial, y que era cada vez más evidente. En una conferencia sobre la verdadera y falsa renovación de la Iglesia, pronunciada en la universidad de Münster, traté de lanzar una primera señal de alarma que sin embargo apenas se captó. Más enérgica fue mi intervención en el *Katholikentag* de Bamberg en el año 1966; tanto que el cardenal Döpfner se sorprendió de los ‘rasgos conservadores’ que creía haber percibido»²³⁴. En ese primer posconcilio de los años inmediatamente posteriores al Vaticano II, los vientos de tormenta condensaron en densos nubarrones que descargarón sobre la Iglesia en todo el mundo.

En efecto, en *El catolicismo después del Concilio*, donde se recoge esta intervención, el profesor hace un balance de la Iglesia en ese primer posconcilio. «¿Cómo se representa, positiva o negativamente, después del concilio la fusión entre Iglesia y mundo que implica la palabra catolicismo? ¿Hasta qué punto ha podido ser aceptada críticamente por el concilio?»²³⁵, se preguntaba. Refiriéndose a la situación en Alemania, añade: «Digamos francamente que reina un cierto malestar, un ambiente de desencanto y hasta de desilusión»²³⁶. La renovación litúrgica era necesaria –afirma–, pero «un poco menos de intimismo ayudaría a realzar el culto divino»²³⁷; la relación entre Iglesia y mundo ha acabado en una mundanización de la Esposa de Cristo: «el vuelco de la Iglesia en el mundo –que supone un alejamiento de la cruz– no podía llevar a una renovación de la Iglesia, sino simplemente a su fin»²³⁸; por último, respecto al

²³¹ *Mi vida*, 112-113

²³² K. RAHNER-E. SCHILLEBEECKX, *¿Para qué una nueva revista de teología?*, «*Concilium*» 1 (1965) 5

²³³ *Teoría de los principios teológicos*, 459

²³⁴ *Mi vida*, 111

²³⁵ *El nuevo Pueblo de Dios*, 335-336

²³⁶ *El nuevo Pueblo de Dios*, 336

²³⁷ *El nuevo Pueblo de Dios*, 343-344

²³⁸ *El nuevo Pueblo de Dios*, 351

ecumenismo, afirma que «existe la ingenua precipitación que da por terminada toda controversia teológica: no quiere ver ya diferencias y quita importancia a toda cuestión [doctrinal] reduciéndola a simples malentendidos, tras los que ahora de repente surgirá un gran acuerdo»²³⁹.

El mismo Pablo VI había recordado que ese primer posconcilio no fue precisamente un amanecer esplendoroso: «Vino, en cambio, un día de nubes, de tormenta, de tinieblas, de búsqueda afanosa y de incertidumbres»²⁴⁰, declaró. Aquel 1966 –el mismo año en que se publicará el controvertido *Catecismo holandés*–, la tradicional reunión de los católicos alemanes, el *Katholikentag*, había presentado momentos de fuerte tensión en Bamberg, como ocurrirá de igual modo en Essen dos años después. Por aquel entonces, Hans Küng publicará *Veracidad por el futuro de la Iglesia* (1968), donde replantea la figura del sacerdote y pone en cuestión el celibato. Al mismo tiempo se abría el duro debate en torno a la encíclica *Humanae vitae*, promulgada ese mismo año por Pablo VI. Salían además a la luz pública varias iniciativas que iban en contra de la letra y el espíritu del concilio. La Iglesia alemana, privilegiada con un generosísimo sistema de recogida de impuestos, colaboraba con las misiones y las iniciativas solidarias en el Tercer Mundo, sin excluir el apoyo económico a la teología de la liberación e incluso a la revolución armada. La confusión entre los cristianos resultaba patente. De este modo, progresistas y conservadores, filomarxistas y apolíticos, ‘papólatras’ y cristianos con ‘complejo antirromano’ debatían entre sí de modo continuo. Rahner escribirá en 1972, al juzgar toda esta situación: «La Iglesia alemana es una Iglesia en la que existe el peligro de la polarización»²⁴¹.

Por otro lado, el sínodo de obispos alemanes en Würzburg (1971-1975) propondrá una fidelidad total al concilio²⁴². «Un concilio –dirá Ratzinger en 1988– es un desafío enorme para la Iglesia, pues origina reacciones y provoca crisis. A veces, un organismo tiene necesidad de ser sometido a una operación quirúrgica, después de la cual se produce la regeneración y la cura. Lo mismo sucede con la Iglesia y el concilio»²⁴³. Pero también ha de recuperarse de esa intervención. Los años que siguieron fueron, por tanto, confusos y difíciles. En efecto, en 1968, el mismo año en que Pablo VI publica la *Humanae vitae*, Joseph Ratzinger vive y sufre las revueltas estudiantiles en la universidad de Tubinga (a la vez, sin embargo, suscribe la Declaración de Nimega, firmada por 1360 teólogos y dirigida al ex-Santo Oficio, en la que se pide un mayor pluralismo religioso)²⁴⁴. Dos años antes, el teólogo Hans Urs von Balthasar había publicado *Cordula*, una crítica a las desviaciones posconciliares respecto a la misma doctrina del concilio, especialmente de la teología de Karl Rahner. Una abierta reacción frente a los dogmas progresistas se estaba empezando a formar.

De hecho, en una charlas radiofónicas emitidas en torno a 1970, afirmará: «Nuestra actual situación eclesial es comparable, en primer lugar, al llamado periodo del modernismo que tuvo lugar a principios de siglo [XIX...]. La crisis modernista no salió plenamente a la luz pública, sino que fue más bien interrumpida por las medidas de Pío X y por el cambio de situación que tuvo lugar tras la I Guerra Mundial. La crisis actual es tan solo una continuación, aplazada en el tiempo, de lo que ya antes había comenzado»²⁴⁵. Y continúa con unas palabras que se podrían calificar de proféticas:

²³⁹ *El nuevo Pueblo de Dios*, 354

²⁴⁰ *Insegnamenti di Paolo VI*, Roma 1972, 708.

²⁴¹ K. RAHNER, *Transformazione strutturale della Chiesa come compito e come chance*, Brescia 1973, 48

²⁴² Cfr A. RICCARDI, *Europa occidentale*, en AA. VV., *La Chiesa del Vaticano II (1958-1978)*, *Storia della Chiesa*, XXV/2, San Paolo, Cinisello Balsamo 1994, 392-396

²⁴³ *Ser cristiano en la era neopagana*, 118

²⁴⁴ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 67-68

²⁴⁵ *Fe y futuro* (1970), Sígueme, Salamanca 1972, 69

«Pero tras la prueba de estos desgarramientos, brotará una gran fuerza en una Iglesia interiorizada y simplificada. [...] Así que me parece seguro que, para la Iglesia, vienen tiempos difíciles. La auténtica crisis no ha comenzado aún. Hay que contar con futuras grandes sacudidas. Pero también estoy completamente seguro de que permanecerá hasta el final: no la Iglesia del culto político, [...] sino la Iglesia de la fe»²⁴⁶.

Ratzinger recuerda la violencia que pudo apreciar en aquellos años de Tubinga con auténtico terror. La revuelta estudiantil no tenía nada de inocente: detrás de ella se escondían intereses ideológicos y políticos, que la convirtieron en una auténtica revolución. Y las revoluciones a veces traen víctimas y bajas. «He visto cara a cara el rostro cruel de esta devoción atea, el terror psicológico, el desenfreno por el que se llegaba a renunciar a toda reflexión moral –considerada como un residuo burgués–, allí donde el único fin era el ideológico. [...] He vivido todo esto en mi propia carne, pues, en el momento de mayor enfrentamiento, era decano de mi facultad [...]. Personalmente no he tenido nunca dificultades con los estudiantes; al contrario, en mis cursos he podido siempre hablar a un buen número de atentos asistentes. Me parecía, sin embargo, una traición retirarme a la tranquilidad de mi aula y dejar el resto para los demás»²⁴⁷.

A la pregunta de si le habían arrebatado en una ocasión el micrófono en alguna de sus clases en Tubinga, respondió el ya cardenal: «No, a mí nunca me quitaron el micrófono. Tampoco tuve dificultades con los estudiantes, sino más bien con los activistas que procedían de un fenómeno social extraño. En Tubinga las clases estuvieron siempre muy concurridas y fueron bien acogidas por los estudiantes, y la relación con ellos fue irreprochable. Sin embargo, fue entonces cuando percibí cómo se iba infiltrando una tendencia nueva que –fanáticamente– se servía del cristianismo como instrumento al servicio de su ideología. Y aquello sí que me pareció una auténtica mentira. [...] Por concretar un poco más los procedimientos utilizados en aquella época, me gustaría citar unas palabras que recordaba recientemente en una publicación un colega protestante, el pastor Beyerhaus, con quien yo trabajaba. Son citas que no proceden de una opúsculo bolchevique de propaganda atea. Se publicaron en octavillas en el verano de 1969, para repartirlas entre los estudiantes de teología evangélica de Tubinga. El encabezamiento rezaba así: ‘El Señor Jesús, guerrillero’, y seguía diciendo: ‘¿qué otra cosa puede ser la cruz de Cristo sino una expresión sadomasoquista de ensalzamiento del dolor?’. O esta otra: ‘El Nuevo Testamento es un documento cruel, ¡una gran superchería de masas!’ [...] En la teología católica no se llegó tan lejos, pero la corriente que estaba surgiendo era exactamente la misma. Entonces comprendí que el que quisiera seguir siendo progresista, tenía que cambiar su modo de pensar»²⁴⁸.

Ratzinger seguía con su intensa carga docente. Sin embargo, las circunstancias van a cambiar sensiblemente en los años siguientes. Uno de sus biógrafos cuenta los recuerdos de uno de sus discípulos: «Veerweyen empezó su formación bajo el cuidado de Ratzinger en Bonn; después le siguió hasta Münster, y finalmente a Tubinga, donde estuvo con él hasta 1967. Veermeyen conserva claros recuerdos de Ratzinger en el aula. ‘Era un profesor excelente –recuerda– tanto académicamente como didácticamente. Siempre muy bien preparado. Ya en Bonn se podía publicar prácticamente todo lo que salía de su boca’. Veermeyen afirma que los cursos en Bonn y Münster estaban siempre llenos. ‘Los estudiantes estábamos orgullosos de él, porque era uno de los peritos más importantes del Concilio Vaticano II’, dice Verweyen. Según él, el declive en la popularidad de Ratzinger empezó en el año 1967»²⁴⁹.

²⁴⁶ *Fe y futuro*, 77

²⁴⁷ *Mi vida*, 114

²⁴⁸ *La sal de la tierra*, 83-84

²⁴⁹ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 105

En aquellos años difíciles escribió uno de sus libros más conocidos. «Dado que en el año 1967 el curso principal de dogmática lo había impartido Hans Küng, tenía libertad para realizar por fin un proyecto que acariciaba desde hacía diez años. Me atreví a experimentar con un curso que se dirigía a estudiantes de todas las facultades, con el título *Introducción al cristianismo*. De estas lecciones nació un libro que ha sido traducido a diecisiete lenguas y reeditado muchas veces, no solo en Alemania, y que continúa siendo leído. Era y soy plenamente consciente de sus limitaciones, pero el hecho de que este libro haya abierto una puerta a muchas personas es para mí un motivo de satisfacción»²⁵⁰. Este libro constituye el comienzo de lo que parecía un cambio, aunque en realidad tan solo supone un caminar en la misma dirección. ¡Había cambiado tanto el ambiente desde los años en que empezó a hacer teología!

«En mi *Introducción al cristianismo*, expliqué que las dudas de fe no cierran ninguna puerta, aunque conviene despejarlas cuanto antes para que uno no se quede encerrado en ellas. [...] Eso no significa dejarlas de lado, sino que esas cuestiones quedan mitigadas ante esa gran seguridad»²⁵¹. Desde entonces (final de los años 60) – dirá en la introducción a la edición del 2000²⁵²– la situación ha cambiado mucho: el comunismo ha triunfado y caído, la teología de la liberación ha intentado arreglar el mundo, a la vez que en la actualidad se experimenta con embriones, y la corrupción y el narcotráfico aparecen también en las sociedades cristianas. Al mismo tiempo, la mística del budismo y de otras religiones se extiende por todo el planeta. En estas circunstancias, ¿puede hacer todavía algo el cristianismo? Sí, el cristianismo todavía puede volver a transformar el mundo, sigue afirmando, siempre y cuando se mantenga como lo que es: una religión con Cristo al centro. Cristo debe ser entonces una persona a quien tratar directamente, ha de ser «Camino, Verdad y Vida». Ratzinger recorre entonces el Credo cristiano de arriba abajo, extrayendo interesantes reflexiones para el hombre y la mujer de hoy, expresadas en un lenguaje actual.

En el prólogo a la primera edición, el entonces profesor en Tubinga se preguntaba si los teólogos no habrán hecho lo mismo que le ocurrió en un cuento a Hans-con-Suerte (nunca Hans Küng, aclarará después²⁵³), cuando cambió todo el oro que tenía por vulgares baratijas. En efecto, tal vez en algunos momentos ha podido ocurrir algo así, insinúa. A pesar del evidente fraude, esto tiene un aspecto positivo, ya que se dan algunas ventajas en el hecho de que el oro se haya relacionado con las baratijas. La teología habría bajado de las nubes. Comienza entonces un minucioso y actual –al menos lo era entonces– recorrido por el símbolo de la fe. Saldrá a relucir entonces la erudición literaria, exegética y teológica del autor²⁵⁴.

Allí, tras repasar, comprender y explicar todo el credo, concluye del siguiente modo: «La meta del cristiano no es la bienaventuranza privada, sino del todo. El cristiano cree en Cristo; por eso cree también en el futuro del mundo, no solo de su propio futuro. Sabe que ese futuro es más de lo que puede hacer. [...] Pero ¿se cruzará por eso de brazos? Sabe, por el contrario, que existe la inteligencia; por eso se entrega alegre y resueltamente a realizar la obra de la historia, aun cuando tenga la impresión de que su trabajo es solo cumplir la condena de Sísifo [...]. El creyente sabe que camina hacia ‘adelante’, que no se mueve dando vueltas [...]. Quizá le moleste al cristiano la pesadilla del miedo ante la inutilidad [...]. Pero en el sueño resuena la voz de la realidad salvadora

²⁵⁰ *Mi vida*, 115.

²⁵¹ *La sal de la tierra*, 95

²⁵² *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, 17-32

²⁵³ Cfr *La sal de la tierra*, 85

²⁵⁴ Cfr *Introducción al cristianismo*, 33-34

y transformadora: ‘Ánimo, yo he vencido al mundo’ (Jn 16,33)»²⁵⁵. Frente a una visión de un cristianismo arduo y duro –casi imposible–, Ratzinger mantiene viva la esperanza. La labor de los cristianos es grande y apasionante. La *Introducción al cristianismo* termina con una llamada a la responsabilidad y al compromiso, a la vez que pide al cristiano no perder la alegría y la esperanza. «En el *Auditorium maximum* de la universidad de Tubinga –comenta un conocido teólogo–, ante oyentes de todas las facultades, Ratzinger se ha atrevido a realizar lo que es un sueño de todo teólogo: decirse a sí mismo y a los demás, en forma personalmente válida e intelectualmente legítima, qué es el cristianismo»²⁵⁶.

5. En busca de paz

«Elogio y nostalgia –escribe un novelista actual– envuelven la ciudad gótica y románica de las cien torres, sus calles y sus plazas que condensan en cada friso de piedra una estratificada historia plurisecular. [...] Las iglesias, las torres, las casas patricias, las esculturas reflejan la majestad del pasado [...]. Ratisbona ha sido comparada a Praga, la ciudad de oro que parece existir siempre y únicamente en el recuerdo de su esplendor desvanecido»²⁵⁷. Se trata de una apacible y hermosa ciudad de provincias a orillas del Danubio, ya en el norte de Baviera. Allí había sido arzobispo san Alberto Magno, el maestro alemán de Tomás de Aquino. Es también la única ciudad de Alemania que, en la guerra, conservó intacto su casco antiguo, el cual se encuentra repleto de iglesias católicas y protestantes. Una ciudad de ensueño, en definitiva.

Sin embargo, las razones que movieron al profesor de Tubinga a cambiarse de universidad fueron menos poéticas. «En 1969, me llegó la oferta de Ratisbona, que acepté porque [...] quería desarrollar mi teología en un contexto menos agitado, y no quería estar implicado en continuas polémicas. El hecho de que mi hermano trabajara en Ratisbona [...] como director del coro de la catedral] fue un motivo más que me ayudó a decidir que debería ser –estaba del todo decidido a ello– definitivamente el último. Los comienzos no fueron fáciles. Los edificios de la universidad estaban todavía en construcción, y parte de nuestro trabajo se desarrollaba en la antigua sede del seminario de teología que, en tiempos, había sido el convento de dominicos. Con su claustro, sus laberínticos pasillos y la iglesia gótica de los dominicos, aquel complejo tenía un aire particular. [...] Naturalmente los ecos del marxismo se hicieron notar también en nuestra joven *Alma Mater* [...]. Pero la universidad adquirió enseguida su fisonomía propia y [pudo] nombrar profesores de gran valía, de tal modo que allí, junto al Danubio, se formaron amistades más allá de los límites de las facultades [...]. De esta sencilla manera, había recuperado en poco tiempo aquella dimensión típicamente universitaria que era tan importante para mi trabajo»²⁵⁸.

El cambio era fuerte: de una prestigiosa universidad –Tubinga: la gran meca de la teología en Alemania– a una facultad todavía en construcción. Joseph Ratzinger es nombrado enseguida decano y vicerrector de la universidad de Ratisbona (o *Regensburg*, en alemán), Uno de sus alumnos dirá que «el primer recuerdo, y el más imborrable, que tengo de Ratzinger es su modo de dirigir los seminarios y las reuniones de doctorandos en Ratisbona. La discusión reinaba de modo soberano. Tenía una extraña habilidad de suscitar el debate y de animar a los principiantes»²⁵⁹. Procuraba promover el diálogo y que todos intervinieran en clase.

²⁵⁵ *Introducción al cristianismo*, 396-397

²⁵⁶ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Nota preliminar*, 15

²⁵⁷ C. MAGRIS, *El Danubio* (1986), Anagrama, Barcelona 1988, 143

²⁵⁸ *Mi vida*, 117-118

²⁵⁹ V. TWOMEY, *La coscienza e l'uomo*, en AA.VV., *Alla scuola della verità*, 113.

A la vez, el prestigio del teólogo llegó entonces a tener un alcance internacional. Es entonces cuando es elegido asesor de los obispos alemanes y miembro de la Comisión Teológica Internacional. Acogió este último nombramiento con gran entusiasmo: «esta comisión debía continuar la nueva función que se había reconocido a los teólogos durante el concilio, y cuidar de que los modernos avances en teología pudiesen formar parte desde el primer momento de las decisiones de los obispos y de la Santa Sede. [...] Existía también la idea de hacer de la Comisión Teológica un contrapeso de la Congregación de la Doctrina de la Fe [...]; algunos esperaban de este organismo una especie de revolución permanente. Como consecuencia de esto, no fueron pocas –ni mucho menos– las tensiones que se produjeron en las primeras sesiones de los trabajos de la Comisión»²⁶⁰. Se quería acercar más la universidad a los obispos. «La Comisión Teológica Internacional –recordaba en 2000–, fundada por Pablo VI en el año 1969, como consecuencia del sínodo de los obispos, que habían expresado el deseo de que la colaboración entre el magisterio de la Iglesia y los teólogos del mundo, tan fecunda durante el concilio, fuera institucionalizada de algún modo y continuada también en el futuro»²⁶¹.

Pero los teólogos también revisaban sus propias posturas. «Un primer dato cautivador era observar cómo los miembros de la Comisión (que habían tomado parte casi todos en el concilio, donde habían sido adscritos sin la menor duda en el ala progresista) recibían las experiencias del periodo posconciliar y de qué modo redefinían sus posiciones. Fue para mí motivo de gran alivio constatar que muchos juzgaban la situación de aquel momento [...] exactamente igual que yo: Henri de Lubac –que había sufrido tanto bajo la rigidez del régimen neoescolástico– se mostró decidido a combatir contra las amenazas a las que estaba expuesta la fe, lo cual cambiaba las tornas respecto a posiciones precedentes [...]. Estaba además la figura de Hans Urs von Balthasar. Lo había conocido en Bonn, cuando invitó a un pequeño grupo de teólogos para debatir sobre el modelo del cristiano abierto al mundo [...]. Así, el encuentro con Balthasar fue para mí el comienzo de una amistad para toda la vida, de la cual solo puedo estar agradecido. No he conocido jamás a hombres de una formación teológica y cultural tan amplia como Balthasar y Lubac, y no me siento capaz de expresar con palabras todo lo que debo a haberles conocido. [...] Rahner, por el contrario, se había dejado envolver cada vez más en los eslóganes del progresismo, y se decantó hacia tomas de postura en política más bien aventureras, que difícilmente se podrían conciliar con su filosofía trascendental»²⁶². De hecho, Rahner abandonará la Comisión Teológica Internacional en 1973.

El encuentro con Hans Urs von Balthasar (1905-1988) marcará de modo profundo la vida y la teología de Ratzinger. El teólogo suizo era considerado por su mismo maestro –De Lubac– como «el hombre más culto de nuestro tiempo»: tras sus estudios de juventud en filología germánica, se había iniciado en la filosofía con el estudio de Tomás de Aquino; después, en la famosa colina de Le Fourvière, comenzó con el estudio de los Padres y de la literatura francesa contemporánea; más adelante había

La diferencia entre Rahner y Ratzinger como profesores era grande. Este mismo alumno de ambos recuerda a sus profesores de Münster y Ratisbona, respectivamente. Hablando de Rahner, escribe: «Todos le temían y el temor al seminario para algunos de nosotros se convertía en frustración; el profesor Rahner iba de un lado para otro de la clase mientras un alumno leía su trabajo, aparentemente impaciente para que la exposición del estudiante terminase cuanto antes y él pudiese empezar [a hablar]. El resto del seminario era un monólogo, a pesar de nuestros esfuerzos de interrumpir sus grandes pensamientos. A finales del semestre me trasladé a Ratisbona».

²⁶⁰ *Mi vida*, 119

²⁶¹ *Convocados en el camino de la fe*, 283

²⁶² *Mi vida*, 119-120

completado esta formación con la lectura de los místicos de todas las épocas. El resultado era un conocimiento enciclopédico, a partir del cual intentaba elaborar una síntesis teológica actual. Participó activamente en la polémica que precedió a la *Humani generis*, y no quedó exento de alguna de sus críticas. En 1952, con *Abatir los bastiones*, había denunciado una serie de delicados problemas en la Iglesia y hablado de la necesidad de reformas. Esta toma de postura le impedirá participar en el concilio. Pero años después revisará su propia postura y denunciará desviaciones posconciliares en *Cordula* (1966), especialmente las que son consecuencia de la teología de su antiguo amigo Karl Rahner²⁶³.

De modo que en Balthasar se dará un giro y una evolución en su postura, que también se manifestará en sus obras. La defensa de la verdad en la Iglesia en este segundo momento le hará merecedor del capelo cardenalicio (aunque murió pocos días antes de recibirlo)²⁶⁴. Después de su muerte, Ratzinger, hacía un balance de su pensamiento: «El espectro que recorre su obra va de los presocráticos a Freud, Nietzsche y Brecht, abarcando toda la herencia cultural occidental de la filosofía, la literatura, el arte y la teología. Pero este inmenso desplegarse del espíritu no significaba en Balthasar simple curiosidad de erudito, o aspiración al poder que viene con los amplios conocimientos. [...] Él sabía que el mucho saber lleva a la tristeza de encontrarse frente a lo incognoscible, así como a la desesperación de no poder alcanzar el verdadero tema de fondo: el ser hombre, la vida misma. [...] Su preocupación era limpiar los ojos del corazón, para que pudieran ver lo que de verdad merece la pena: el fundamento y el fin último de nuestra vida, el Dios vivo»²⁶⁵.

Mientras tanto, el profesor de Basilea estaba todavía con posibilidades de promover una ambiciosa iniciativa. «Balthasar (que no había sido llamado al concilio, y que enjuiciaba con gran agudeza la situación que se había creado) buscaba nuevas soluciones que sacaran a la teología de las fórmulas partidistas a las que se tendía cada vez más. Su preocupación era reunir a todos los que pretendían hacer teología no desde una serie de prejuicios derivados de la política eclesiástica, sino que estaban firmemente decididos a trabajar a partir de sus fuentes y sus métodos. Nació así la idea de una revista internacional que debía operar a partir de la *communio* en los sacramentos y en la fe [...]. De hecho, era una convicción nuestra que este instrumento no podía ni debía ser exclusivamente teológico; sino que, frente a una crisis de la teología que nacía de una crisis de la cultura, [...] debía abarcar todo el campo de la cultura, y ser publicado en colaboración con laicos de gran competencia cultural. [...] Desde entonces, *Communio* ha crecido hasta publicarse hoy día en dieciséis idiomas, y se ha convertido en un importante instrumento de debate teológico y cultural»²⁶⁶.

Ratzinger, que había sido uno de los fundadores de *Concilium* en 1965 (y que ahora esta revista había tomado una dirección anticonciliar) estará también en estos momentos en los comienzos de *Communio*. Él no lo ve tanto como un viraje personal. «No soy yo el que ha cambiado, han cambiado ellos. Desde los primeros encuentros puse a mis colegas dos condiciones. [...] Estas condiciones [de servicio y fidelidad al concilio], con el tiempo, fueron teniéndose cada vez menos presentes, hasta que se produjo un cambio —que se puede situar en torno a 1973— cuando alguien empezó a decir que los textos del Vaticano II no podían ser un punto de referencia de la teología católica»²⁶⁷.

²⁶³ Cfr B. MONDIN, *Storia della teologia*, 4, 544-546; R. FISICHELLA, *Hans Urs von Balthasar*, en R. FISICHELLA (ed.), *Storia della teologia* III 765-789.

²⁶⁴ Cfr J.L. ILLANES, *La teología en las épocas moderna y contemporánea*, 393

²⁶⁵ *Un uomo della Chiesa nel mondo*, en K. LEHMANN-W.KASPER (eds.), *H.U. von Balthasar. Figura e opera*, Casale Monferrato 1991, 452-453

²⁶⁶ *Mi vida*, 121

²⁶⁷ *Ser cristiano en la era neopagana*, 118

Todo había empezado unos años antes. «Se reunían en vía Aurelia. Corría el año 1969; Pablo VI seguía denunciando la ‘autodestrucción’ de la Iglesia, y los intelectuales católicos seguían indiferentes soñando con la Iglesia del mañana. En aquel restaurante, a dos pasos de la Cúpula [de la basílica de san Pedro], se sentaban Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac y Joseph Ratzinger. Frente a un plato de *spaghetti* y un vaso de buen vino, nacía la idea de una nueva revista internacional de teología. En aquellos años borrascosos del posconcilio era otra la revista que ejercía su hegemonía en la Iglesia, *Concilium*, surgida en 1965 y [ahora] en las manos de Küng y Schillebeeckx. Había que contrarrestar la hegemonía progresista en nombre de una teología nueva más segura»²⁶⁸. En efecto, como Balthasar no había podido participar en el concilio, esto ofrecía ahora algunas ventajas. «La distancia desde la que Balthasar pudo observar el fenómeno en su conjunto le confirió una independencia y una claridad de ideas imposibles de obtener si hubiese vivido durante cuatro años en el centro de las controversias. Vio la grandeza indiscutible de los textos conciliares y la reconoció, pero también advirtió que alrededor de estos revoloteaban espíritus de escasa categoría que trataban de aprovechar la atmósfera del concilio para imponer sus ideas»²⁶⁹.

En esta iniciativa tuvo también bastante que ver el movimiento eclesial ‘Comunión y Liberación’. «En los jóvenes reunidos en torno a monseñor Giussani [la nueva revista] encontró el empuje, la alegría del riesgo y la valentía de la fe, de la que enseguida se sirvió»²⁷⁰. Recuerda Angelo Scola, actual patriarca de Venecia: «La primera vez que vi al cardenal Ratzinger fue en 1971. Era Cuaresma. [...] Un joven profesor de derecho canónico, dos sacerdotes estudiantes de teología que por aquel entonces no llegaban a los treinta años, y un joven editor estaban sentados alrededor de una mesa, invitados por el profesor Ratzinger, en un típico restaurante a orillas del Danubio [...]. La invitación la había procurado von Balthasar con la intención de discutir la posibilidad de hacer la edición italiana de una revista que más tarde sería *Communio*. Balthasar sabía arriesgar. Los mismos hombres que se sentaban a la mesa de aquel típico mesón bávaro, unas semanas antes habían perturbado su quietud de Basilea, con cierto atrevimiento, pues no le conocían. [...] Así, al terminar nuestro coloquio, dijo: ‘¡Ratzinger, tenéis que hablar con Ratzinger! Él es el hombre decisivo para la teología de *Communio*. Es la clave de la edición alemana. De Lubac y yo estamos viejos. Id a ver a Ratzinger. Si él está de acuerdo...’»²⁷¹.

A la vez decide seguir teniendo otras iniciativas para promover la fidelidad al concilio, y así poderlo aplicar. También durante los siguientes nueve años, el profesor Ratzinger imparte lecciones de teología dogmática en cursos de verano junto al lago Costanza, de modo parecido a como hizo Guardini con el Movimiento de la Juventud algunas décadas antes. «Así, año tras año, desde 1970 a 1977, junto con Heinrich Schlier –el gran exegeta convertido al catolicismo– ofrecimos cada uno un curso de una semana en el que la serena e informal convivencia en las cosas de cada día hacía más fecundo el diálogo teológico y la oración en común»²⁷². Sin embargo, también en aquellos meses un hecho determinado llenó de extrañeza al ya ahora teólogo experimentado, quien ya se encontraba en pleno periodo de revisión de sus ideas juveniles.

Le dolía también la situación de la Iglesia. En 1975 Ratzinger hacía un balance de los diez años transcurridos después del concilio. Ve la Iglesia dividida en facciones, los

²⁶⁸ L. BRUNELLI, *Presentación a Teólogos de centro*, «30 días» VI, 58-59 (1992) 48

²⁶⁹ *Teólogos de centro*, «30 días» VI, 58-59 (1992) 48-49

²⁷⁰ *Teólogos de centro*, 50

²⁷¹ A. SCOLA, *Introducción a Mi vida*, p7-8

²⁷² *Mi vida*, 122

seminarios y los conventos vacíos, la confusión campando por sus respetos. «No: ver los hechos tal como son no es pesimismo, sino realismo. Solo así cabe preguntarse a continuación por el significado de estos hechos, de dónde proceden y cómo salir al paso de estos»²⁷³. Para juzgar la situación de entonces, el profesor alemán acude a la famosa escena de la quema de libros por el cura y el barbero en *El Quijote*. «No se trata de un retorno al mundo de las novelas de caballerías, pero sí de permanecer despierto ante todo aquello que nunca ha de perderse, y de ver el peligro que amenaza a los hombres cuando, al quemar el pasado, pierden parte de sí mismos»²⁷⁴. La solución se presenta clara. «Que el concilio llegue a ser una fuerza positiva en la historia de la Iglesia depende solo de manera indirecta de los textos y de las colectividades. El factor decisivo es que haya personas –santos– que, mediante el incommovible compromiso personal, acierten a crear cosas nuevas y vivas. La decisión definitiva sobre el valor histórico del Concilio Vaticano II depende de que existan personas capaces de hacer frente al drama de tener que separar el trigo y la cizaña»²⁷⁵.

Para ilustrar lo anterior, puede servir una confesión autobiográfica. En ella habla de sus preferencias es teología. «Yo mismo he tenido la impresión durante bastante tiempo que los llamados herejes eran más interesantes que los teólogos de la Iglesia, al menos en la época moderna. Pero si miro a los grandes y fieles maestros, de Möhler a Newman y Scheeben, de Rosmini a Guardini, o en nuestro tiempo Lubac, Congar, Balthasar, ¡cuánto más ricas y actuales son sus palabras respecto a la de aquellos en los que ha desaparecido el sujeto comunitario de la Iglesia! En ellos se presenta con claridad también otra cosa: el pluralismo no nace del hecho que uno lo busque, sino de que uno –con todas sus fuerzas y en su tiempo– no quiera otra cosa que la verdad. [...] Hemos alcanzado la meta más importante si hemos llegado lo más cerca posible de la verdad. Esta no es nunca aburrida, ni uniforme, porque nuestro espíritu la contempla en sus parciales refracciones. Sin embargo, esta es al mismo tiempo la fuerza que nos une. Y solo el pluralismo, que está referido a la unidad, es verdaderamente grande»²⁷⁶.

En aquella búsqueda de la verdad y la libertad durante aquellos años de Ratisbona, las iniciativas académicas se sucedían una tras otra, entre ellas la de elaborar una colección de manuales de teología. «El profesor [Johann] Auer había comenzado hacía poco a llevar a cabo un antiguo proyecto, que consistía en publicar una dogmática en libros de bolsillo. Después de recibir las presiones del editor Pustet, me rogó que entrara en aquella iniciativa como coautor. [...] Lo único que conseguí acabar fue la escatología, que siempre he considerado mi obra más elaborada y cuidada. Intenté, ante todo, repensar nuevamente mi dogmática según la línea del concilio, retomando de manera más profunda las fuentes, y teniendo muy presente la producción más reciente. Maduré, por tanto, una visión total que se nutría de las múltiples experiencias y conocimientos que mi camino teológico me había puesto enfrente»²⁷⁷.

El manual parte de la escatología protestante (Barth, Bultmann, Cullmann, Dodd, teología de la esperanza), para abordar después los principales problemas sobre el más allá: muerte, inmortalidad, resurrección; la vida futura; infierno, purgatorio, cielo. Llama la atención –como se ha mencionado ya– la atención que presta a las fuentes bíblicas e históricas, así como la modernidad de los planteamientos y del lenguaje empleados, hasta llegar a conciliarlas con planteamientos ‘clásicos’ propuestos por el

²⁷³ *Teoría de los principios teológicos*, 443

²⁷⁴ *Teoría de los principios teológicos*, 472

²⁷⁵ *Teoría de los principios teológicos*, 453

²⁷⁶ *Natura e compito della teologia*, 87

²⁷⁷ *Mi vida*, 126

magisterio de la Iglesia²⁷⁸. A pesar de todo, fue un proyecto que se quedó a mitad de camino. «Experimenté la alegría de poder decir algo mío, nuevo y, al mismo tiempo, plenamente inscrito en la fe de la Iglesia; pero evidentemente no estaba llamado a terminar esta obra. En efecto, apenas estaba empezándola, fui llamado a otra misión»²⁷⁹.

²⁷⁸ Cfr A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, 179

²⁷⁹ *Mi vida*, 126

IV. COLABORAR CON LA VERDAD

«No pensé que hubiera ningún peligro a la vista cuando el nuncio Del Mestri, sirviéndose de una excusa, me fue a visitar a Ratisbona. Charló conmigo de lo divino y lo humano y, al final, me puso en la mano una carta que debía leer en casa y pensar sobre ello. La carta contenía mi nombramiento como arzobispo de Múnich y Frisinga. Fue para mí una decisión inmensamente difícil. Se me había autorizado a consultar con mi confesor. Hablé con el profesor Auer, quien conocía con gran realismo mis límites tanto teológicos como humanos. Esperaba que él me disuadiese. Pero, para gran sorpresa mía, me dijo sin pensarlo demasiado: ‘Debe aceptar’. Así, después de haber expuesto otra vez mis dudas al Nuncio, escribí –bajo su atenta mirada–, en el papel del hotel donde se alojaba, la declaración que expresaba mi consentimiento»²⁸⁰. Aquí empieza una nueva etapa para nuestro teólogo, en la que –de este modo tan inesperado– imitará a su maestro Agustín, después obispo de Hipona. El profesor se convierte ahora un poco más en pastor.

1. Ser arzobispo

Ahora tenía que aprender un nuevo oficio. Con el tiempo, Ratzinger explicará los motivos de su aceptación. «Al principio tuve grandes dudas sobre si podía y debía aceptar ese nombramiento. Para empezar, tenía muy poca experiencia como pastor de almas; siempre me había sentido más inclinado hacia la labor docente. [...] Por otra parte, mi salud era más bien precaria, y la nueva misión exigía también esfuerzo físico. Así que pedí consejo. Me dejé asesorar porque, en situaciones tan extraordinarias como esta, había que pensar un poco algo que, en principio, no estaba en mis planes. ‘Pero la problemática actual de la Iglesia [–me decían–] está estrechamente relacionada con la teología. Es bueno que haya ahora teólogos que quieran ser obispos’. Así que acepté»²⁸¹. Un teólogo con sentido pastoral podía ser un buen obispo, pensaban. Y esto es lo que intentó asumir Ratzinger.

El 28 mayo de 1977 era consagrado obispo de Múnich y Frisinga. «Fue aquel un día extraordinariamente bonito. Era un radiante día de principio de verano, en la vigilia de Pentecostés de 1977. La catedral de Múnich que, tras la reconstrucción emprendida después de la II Guerra Mundial, daba una tremenda impresión de sobriedad, estaba magníficamente adornada, transmitiendo una atmósfera de alegría que envolvía a uno de manera irresistible. Experimenté la realidad del sacramento: que en él sucede algo que es verdad. Después, la oración ante la columna de la Virgen María –la *Mariensäule*– en el corazón de la capital bávara. El encuentro con muchas personas que acogían al recién llegado, para ellos desconocido, con una cordialidad y una alegría que no se debían tanto a mi persona, sino que me mostraban una vez más qué es el sacramento. Saludaban al obispo, que lleva el misterio de Cristo»²⁸². Eran momentos conmovedores, pero le esperaba también un arduo trabajo.

²⁸⁰ *Mi vida*, 129

²⁸¹ *La sal de la tierra*, 88

²⁸² *Mi vida*, 130

Encontramos también una confesión autobiográfica de este momento: «Para mí ha quedado como algo imborrable este gesto realizado con ocasión de mi ordenación sacerdotal y episcopal. Cuando fui consagrado obispo la percepción ardiente de mi insuficiencia, de mi incapacidad ante la grandeza de la tarea, fue aún mayor que con ocasión de mi ordenación sacerdotal. Fue para mí maravillosamente consolador sentir a la Iglesia en oración, que invocaba a todos los santos, sentir que la oración de la Iglesia me envolvía y abrazaba físicamente» (*El espíritu de la liturgia*, 213).

«Como lema episcopal escogí dos palabras de la tercera epístola de san Juan: ‘colaborador de la verdad’, ante todo porque me parecía que podían expresar bien la continuidad entre mi anterior tarea y el nuevo cargo; ya que –con todas las diferencias que se quiera– se trataba y se trata siempre de lo mismo: seguir a la verdad, ponerse a su servicio»²⁸³. Por los resultados que fueron surgiendo poco a poco, parece ser como si la nueva responsabilidad que había asumido le hizo reflexionar sobre el papel y la importancia de la verdad. «He de decir que, a lo largo de las décadas de mi actividad docente como catedrático, sentí una crisis con mucha fuerza en mi interior a la hora de reivindicar la verdad. Temía que el modo en que manejamos el concepto de verdad en el cristianismo fuese arrogancia, e incluso falta de respeto hacia otros. La pregunta era: ¿hasta qué punto necesitábamos de eso ahora? He analizado con mucho detenimiento esta pregunta, y finalmente comprendí que renunciar a la verdad supone renunciar a los fundamentos. [...] El cristianismo se presenta con la pretensión de decirnos algo sobre Dios, sobre el mundo y sobre nosotros mismos; algo que es verdad y que nos ilumina. Por eso llegué a la conclusión de que, precisamente en nuestra época, [...] necesitamos de nuevo buscar la verdad, así como el valor para admitirla. En este sentido, la frase que elegí como lema [episcopal] resume parte de mi misión como sacerdote y teólogo: que debe ser en concreto –con toda humildad, con la conciencia de poder equivocarse– colaborador de la verdad»²⁸⁴.

Solo la verdad hace libres. El nuevo arzobispo debía colaborar firmemente con la verdad, pues el ambiente de la Iglesia no era especialmente fácil. «Por citar tan solo unos ejemplos –recordaba diez años después del concilio–, el hecho de que en estos últimos diez años se hayan vaciado nuestras iglesias, seminarios y conventos es algo que cualquiera puede advertir tan solo ojeando las estadísticas, si es que no lo ha vivido personalmente; tampoco es necesario aportar muchas pruebas para demostrar que el clima de la Iglesia no es solo frío, sino mordaz y agresivo; la existencia de partidos que desgarran por doquier las comunidades forma parte de nuestras vivencias cotidianas, que ponen en peligro la alegría del cristiano. Quien se atreve a denunciar tales cosas es tachado inmediatamente de pesimista y [resulta] excluido de todo diálogo. Pero aquí se trata pura y simplemente de hechos empíricos, y creerse en la obligación de negarlos no es pesimismo sino tácita desesperación. No: ver los hechos como son no es pesimismo, sino realismo»²⁸⁵, había dicho antes con claridad. Con estas denuncias, Ratzinger será considerado a partir de entonces como un gran ‘aguafiestas’, a pesar de que su intención era totalmente otra.

«El nombramiento de Ratzinger [...] a la cabeza de la archidiócesis de Múnich en 1977 –afirma un conocido historiador–, expresó la voluntad de Pablo VI de ofrecer al catolicismo alemán una línea de resistencia a los desarrollos pastorales y teológicos que eran considerados arriesgados para la Iglesia alemana»²⁸⁶. Una punta de lanza, entonces. En cualquier caso, el nuevo nombramiento trajo consigo una auténtica crisis para el profesor Ratzinger. «Ser nombrado arzobispo de Múnich supuso para mí una gran sorpresa, sí, y me impresionó mucho. Y desde luego no fue una contrapartida a concesiones oportunistas. [...] A ese nombramiento no se puede acceder por el mero hecho de ser profesor. Pero lo más importante para mí fue no apartarme de la dirección tomada en mi vida desde la niñez, y permanecer fiel a ella»²⁸⁷. Más que un cambio,

²⁸³ *Mi vida*, 130

²⁸⁴ *Dios y el mundo*, 246-247

²⁸⁵ *Teoría de los principios teológicos*, 443

²⁸⁶ A. RICCARDI, *Europa occidentale*, en AA. VV, *La Chiesa del Vaticano II (1958-1978)*, *Storia della Chiesa*, XXV/2 396

²⁸⁷ *La sal de la tierra*, 86

según Ratzinger, se trataba de ser fiel a sí mismo y a sus principios. Se suele hablar del giro copernicano que el teólogo Ratzinger dio con motivo de sus nuevas responsabilidades pastorales. El interesado prefiere verlo más bien como una continuidad: «Que en mi vida se hayan dado giros y cambios no lo discuto, pero mantengo firmemente que siempre han estado basados en una identidad subyacente y, por eso, siempre que ha habido un cambio en mi vida, ha sido con el único fin de ser más fiel todavía. En esto estoy totalmente de acuerdo con el cardenal Newman, quien decía que ‘vivir es cambiar, y ha vivido mucho quien ha sido capaz de cambiar mucho’»²⁸⁸.

Casi un mes después de su ordenación episcopal, el 27 junio, es nombrado cardenal con el título de la iglesia santa María Consoladora, en el Tiburtino, un barrio obrero de Roma. Después, al volver a Múnich, recordaba aquella nueva responsabilidad de llevar el birrete cardenalicio con las siguientes palabras: «En el discurso al colegio cardenalicio en la Sala Clementina del Vaticano, el Papa [Pablo VI] nos ha dicho cosas muy serias. Nos ha recordado que la vestidura roja de los cardenales es un símbolo de su disposición al martirio. La Iglesia lo explica con la siguiente fórmula: quien la lleva debe estar dispuesto a responder de la fe *usque ad effusionem sanguinis*, hasta el derramamiento de sangre»²⁸⁹. Estaba dispuesto a ser un fiel testigo de Jesucristo en las nuevas circunstancias en las que se encontraba ahora.

Múnich se había convertido mientras tanto en una ciudad industrial, con lo que ya no era la idílica ciudad rural y cultural de antaño. La nueva industria y la consiguiente inmigración estaban cambiando el tradicional rostro de la capital bávara. El nuevo arzobispo empezó rápidamente a desempeñar su nuevo ministerio, predicando las verdades de fe que debían ser recordadas en ese momento en la principal diócesis bávara. En el libro *Mitte der Leben* (1978), se recogen las homilias que el nuevo arzobispo pronunció al ocupar su sede en la catedral de Múnich. En ellas se hace una detenida catequesis sobre el misterio eucarístico, el corazón de la vida cristiana, como reza el título. Así, por ejemplo, recordará a los muniqueños una vez más el carácter sacrificial de la Misa, con un lenguaje moderno: «la eucaristía es mucho más que una simple cena; su precio ha sido la muerte, y la majestuosidad de la muerte está presente en ella»²⁹⁰. La lógica que explica el sacrificio eucarístico será siempre la donación, la entrega y el sacrificio. «Lo primero que nos dice [la eucaristía] es que Dios se da a sí mismo para que nosotros podamos dar»²⁹¹.

También recuerdo algunos temas espinosos, en los que se había creado cierta confusión. «La eucaristía no es, en sí misma, el sacrificio de la reconciliación, sino que presupone este sacramento. Es el sacramento de los reconciliados, al que el Señor invita a quienes se han hecho una misma cosa con Él»²⁹². No se trata de la mesa de los pecadores, sino de la mesa de los elegidos y reconciliados y por eso han de acercarse antes a la confesión quienes tengan en la conciencia algún pecado mortal. Habla también sin ambages de la presencia real de Jesucristo en la renovación del misterio pascual: «‘Esto es mi cuerpo’ significa por tanto esta es mi persona presente en mi cuerpo»²⁹³.

Parece ser que no todo fue bien en ese periodo para el nuevo cardenal de Múnich. Entre otros motivos se tuvo que hacer con un ejército de centenares de funcionarios, que

²⁸⁸ *La sal de la tierra*, 124

²⁸⁹ *Colaboradores de la verdad*, 251

²⁹⁰ *Il Dio vicino. L'eucaristia, cuore della vita cristiana*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2003, 41

²⁹¹ *Il Dio vicino*, 42

²⁹² *Il Dio vicino*, 59

²⁹³ *Il Dio vicino*, 81

no siempre facilitaban el trabajo del arzobispo. A pesar de todo, la historia iba a seguir su curso. Los días 25 y 26 de agosto de 1978 el nuevo cardenal participa en el cónclave en el que será elegido Juan Pablo I; allí coincidirá de nuevo con un obispo polaco llamado Karol Wojtyła. Aunque se intercambiaba libros con él desde 1974, afirma: «Lo vi por primera vez en el sínodo de 1977 [sobre la catequesis], y después nos conocimos un poco más en el cónclave de 1978. Es decir, no hace tanto que nos conocemos. Me entendí muy bien con él desde un primer momento; pero no se me ocurrió ni de lejos que el Papa pudiera contar conmigo para nada» especial²⁹⁴. Weigel explica este buen entendimiento intelectual entre ambos del siguiente modo, tal vez con algo de exageración: «Ratzinger, uno de los intelectuales de la *Lumen Gentium* (la Constitución dogmática sobre la Iglesia), y Wojtyła, uno de los arquitectos de la *Gaudium et spes* (la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno), descubrieron lo que Ratzinger llamaría más tarde la ‘espontánea sintonía’ de la que se precisaba para asegurar el legado del Concilio Vaticano II. Para ser concisos, la *Gaudium et spes* tenía que interpretarse a través del prisma de la *Lumen Gentium*, de forma que la Iglesia pudiera atraer al mundo moderno con su propio y único mensaje»²⁹⁵. El mismo Juan Pablo II escribirá años después: «doy gracias a Dios por la presencia y la ayuda cardenal Ratzinger; es un amigo de confianza»²⁹⁶.

Karol Wojtyła fue elegido Sumo Pontífice el 16 octubre y adoptó el nombre de Juan Pablo II. Pronto el nuevo pontífice querrá contar con el purpurado bávaro. En efecto, en octubre de 1980, será llamado a Roma como relator del sínodo de obispos sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual (del cual saldrá un año después una Exhortación apostólica del Papa Juan Pablo titulada *Familiaris consortio*). De aquella ocasión recuerda el cardenal Martini un detalle bonito de sencillez: «Durante todo un mes pude verlo en el aula sinodal, y comprobar cómo escuchaba las intervenciones que se hacían y con qué pertinencia respondía e intervenía. Me impresionó el hecho de que, en un momento especialmente delicado de los trabajos sinodales, confesó con gran sencillez que, ya que había trabajado hasta muy tarde la noche anterior, no había sido capaz de preparar el texto esperado, y pedía de este modo posponer su intervención. No sabía si admirar más su sabiduría o su sinceridad»²⁹⁷.

Más adelante, en noviembre, Juan Pablo II visita por primera vez Alemania; de nuevo el cardenal arzobispo de Baviera se encontrará con el sucesor de Pedro en Múnich y Altötting. Defenderá más tarde con valentía la visita papal, frente a los frecuentes ataques que hubo por entonces en la suya y en otras diócesis. «El acontecimiento eclesial más emocionante para nosotros fue la visita del Papa a Alemania en 1980. Su estancia en nuestro país se convirtió en una gran fiesta de la fe, de la esperanza y del amor, que acalló los tonos críticos y hostiles que, si bien fueron secundarios, antes adoptaron el aire de ser los principales. [...] El viaje del Papa fue para nosotros una poderosa defensa del hombre, del mundo y de Dios. Fue, pues, un viaje al servicio del Paráclito, del intercesor que nos ha enviado Cristo»²⁹⁸.

Sin embargo, si volvemos por un momento a finales de los años 70, debemos recordar que entonces se había extendido en parte de la Iglesia centroeuropea un ambiente enrarecido. La polémica envolvió esta vez a Hans Küng, un viejo conocido del nuevo arzobispo. Ya en 1977 el teólogo suizo había sido convocado ante los obispos

²⁹⁴ *La sal de la tierra*, 91

²⁹⁵ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Plaza & Janés, Barcelona 1999, 335; la cita de Ratzinger ha sido dicha de viva voz al autor.

²⁹⁶ JUAN PABLO II, *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Plaza & Janés, Barcelona 204, 146

²⁹⁷ C.M. MARTINI, *Un servitore della fede e della tradizione*, en AA.VV., *Alla scuola della verità*, 186.

²⁹⁸ *Colaboradores de la verdad*, 381-382

alemanes para discutir sobre su libro *Ser cristiano* (1974), y fue entonces cuando rechazó a Ratzinger como interlocutor. Poco después, su antiguo colega en Tubinga era consagrado obispo y, más adelante, en 1978, los obispos alemanes pensaban haber llegado a un acuerdo con el controvertido teólogo. Sin embargo, un año después, Küng faltaba a su palabra y volvía a escribir de un modo poco sereno sobre la infalibilidad del Papa. Ratzinger criticó esta postura, tanto en la radio como desde el púlpito. Las gestiones se sucedieron una detrás de otra²⁹⁹.

El 15 diciembre de 1979 Hans Küng recibe la prohibición de enseñar teología católica. El 31 de ese mismo mes, el arzobispo y cardenal de Múnich predica una homilía en la que defiende la ‘fe de los sencillos’. Refiriéndose a esa fe de los primeros cristianos, que a algunos les parecía demasiado ‘simple’, afirmaba: «Les parecía una ingenuidad imposible que ese Jesús de Palestina fuera el Hijo de Dios, y que su cruz hubiera redimido a los hombres de todo el mundo. [...] De manera que empezaron a construir su cristianismo ‘superior’, a ver a los pobres fieles que aceptaban simplemente la letra como *apsíquicos*, como personas en un estadio preliminar respecto a espíritus más elevados, hombres sobre los que había que extender un velo piadoso»³⁰⁰. Los teólogos profesionales y los intelectuales sustituían incluso a los obispos.

Continuaba su predicación en el *Liebfrauendom*, la catedral de Múnich: «No son los intelectuales los que dan la medida a los sencillos, sino los sencillos los que mueven a los intelectuales. No son las explicaciones eruditas las que dan la medida a la profesión de fe bautismal. Al contrario, en su ingenua literalidad, la profesión de fe bautismal es la medida de toda la teología»³⁰¹. El credo sabe más que los teólogos que lo ignoran. Por tanto, «al magisterio se le confía la tarea de defender la fe de los sencillos contra el poder de los intelectuales. [Tiene] El deber de volverse la voz de los sencillos, allí donde la teología deja de explicar la profesión de fe para apoderarse de ella. [...] Proteger la fe de los sencillos, es decir, de los que no escriben libros, ni hablan en la televisión, ni escriben editoriales en los periódicos: ésa es la tarea democrática del magisterio de la Iglesia»³⁰². Concluye recordando que la palabra de la Iglesia «no ha sido nunca amable y encantadora, como nos la presenta un falso romanticismo sobre Jesús. Por el contrario, ha sido áspera y cortante como el verdadero amor, que no se deja separar de la verdad y que le costó la cruz»³⁰³.

Años después añadirá sobre este controvertido caso: «Aquí habría que desmontar un mito. A Hans Küng se le retiró en 1979 la facultad de dar doctrina en nombre y por encargo de la Iglesia. Esto no debió de gustarle nada. [...Sin embargo,] En una conversación que mantuvimos en 1982, él mismo me confesó que no quería volver a su situación anterior, y que se había adaptado muy bien a su nuevo *status*. [...] Pero eso [=la prohibición de enseñar en nombre de la Iglesia] no era lo que esperaba: su teología tenía que ser reconocida como fórmula válida dentro de la teología católica. Pero en vez de retractarse de sus dudas acerca del papado, radicalizó su postura y se distanció todavía más de la fe de la Iglesia en la cristología y [en la doctrina] sobre Dios trino»³⁰⁴. El caso Küng parece que marcó profundamente la visión teológica y pastoral de Ratzinger.

Sin embargo, el nuevo obispo procuraba mantenerse al margen de polémicas. Simplemente seguirá adelante con su labor pastoral. Le preocuparán también los

²⁹⁹ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 129-130

³⁰⁰ *Contra el poder de los intelectuales*, «30 días» VI, 2 (1991) 68

³⁰¹ *Contra el poder de los intelectuales*, 68-69

³⁰² *Contra el poder de los intelectuales*, 69

³⁰³ *Contra el poder de los intelectuales*, 71

³⁰⁴ *La sal de la tierra*, 103

atentados contra la vida humana, precisamente en aquellos años en los que se oían ya claramente las voces de los grupos ecologistas. En la primavera de 1981, en la catedral de Nuestra Señora de Múnich, hablará largo y tendido sobre la vida (y del pecado como afirmación y causa de la muerte). «La amenaza que sufre la vida humana por el hombre –asunto del que se habla por todas partes– ha dado una mayor prioridad al tema de la Creación. Sin embargo, al mismo tiempo, se puede observar paradójicamente una casi total desaparición del mensaje de la Creación en la catequesis, en la predicación, e incluso en la teología»³⁰⁵. Comienza así a comentar los primeros capítulos del *Génesis*, confrontándolos con afirmaciones de científicos como Galileo y Monod, y de ideólogos como Marx y Bloch. La conclusión es palmaria: «no necesitamos hoy esconder que creemos en la Creación. No *podemos* permitirnos el lujo de esconderla. Pues solo si el universo procede de la libertad, del amor y de la razón, solo si estas fuerzas son las dominantes, podremos confiar unos en otros, encarar el futuro y vivir como hombres»³⁰⁶.

Allí hablará por extenso sobre la Creación y también sobre el pecado que atenta de modo continuo también contra ella. En efecto, esta reflexión tomará cuerpo en el sínodo de obispos de 1983, sobre la penitencia y la reconciliación en la misión de la Iglesia, en el que Ratzinger –ya prefecto– será nombrado presidente. La realidad del pecado –estaba diciendo Ratzinger unos años antes, en Múnich– marca profundamente a la persona. «De ahí que podamos decir claramente: la forma más grave de pecado consiste en que el hombre quiera negar el hecho de que es criatura, porque no quiere aceptar la medida y los límites que esto trae consigo. No quiere ser criatura porque no quiere ser medido, porque no quiere ser dependiente. Entiende su dependencia del amor creador como una resolución extraña. Pero esta resolución extraña es esclavitud, y de la esclavitud hay que liberarse»³⁰⁷. Esa liberación solo puede venir por Cristo, quien «se convierte en el nuevo Adán, con el que el ser humano comienza de nuevo. Él –que, desde el fundamento, se constituye en nuestro punto de referencia (el Hijo)– establece correctamente de nuevo todas las relaciones. Sus brazos extendidos son la referencia abierta, que continúa estando abierta para nosotros. La cruz, el lugar de la obediencia, se convierte en el verdadero árbol de la vida. Cristo se convierte en la imagen opuesta de la serpiente, como dice Juan en su evangelio (3,14)»³⁰⁸.

Ratzinger habló con claridad desde su púlpito en la catedral de Múnich, siendo fiel a sus ideas y a las enseñanzas de Jesucristo. «La Iglesia –afirmaba en 1996, recordando aquellos años– tiene que hablar a las conciencias de los poderosos y de los intelectuales, pero también a las de los frívolos que pasan por la vida sin querer ver la miseria que hay a su alrededor, y a muchas otras conciencias. Yo me vi obligado a acometer esta tarea como obispo. Era evidente el déficit espiritual, la pérdida de la fe, el descenso de las vocaciones, la escasa estatura moral –incluso entre hombres de Iglesia–, así como la alarmante inclinación a la violencia, y otras muchas cosas más. Como a los Padres de la Iglesia, resonaban en mí aquellas palabras de las Escrituras en las que se condena a los pastores que, para evitar problemas, actúan como perros mudos y permiten que esos peligros se extiendan»³⁰⁹.

En este momento se acordaba de su primer maestro y obispo. «Forma parte de esta tarea –y cito de nuevo a san Agustín– ‘corregir, reprender y sufrir disgustos’. Explicaba [el santo obispo de Hipona] en un sermón: ‘Tú quieres vivir mal, quieres hundirte; pero

³⁰⁵ *Creación y pecado* (1985), Eunsa, Pamplona 1992, 19

³⁰⁶ *Creación y pecado*, 41

³⁰⁷ *Creación y pecado*, 96-97

³⁰⁸ *Creación y pecado*, 103

³⁰⁹ *La sal de la tierra*, 89

yo no puedo quererlo: debo reprenderte, aunque a ti no te guste'. Y entonces ponía el ejemplo de aquel padre que sufría la enfermedad del sueño, y cuyo hijo le despertaba continuamente pues ése era el único modo de curarle. El padre decía: 'déjame dormir, estoy agotado'. Y el hijo respondía: 'no, no puedo dejar que duermas'. Ésa –proseguía Agustín– es la misión del obispo»³¹⁰. El pastor no podía abandonar a sus ovejas en el sueño o en el despiste, sino que debía estar él mismo atento para poder señalar a su rebaño los peligros que les podían apartar del buen camino. El pastor es un 'despertador' de las conciencias.

2. Llamado a Roma

«Todavía hoy me consuela saber que nunca rehuí ninguno de los problemas de aquel periodo de Múnich, pues –como dije antes– no afrontar los problemas me ha parecido siempre la peor forma de desempeñar un cargo. Me parece inconcebible. Desde el principio supe que, en mi nuevo cargo en Roma, tendría que acometer tareas nada fáciles de realizar, aunque creo estar en condiciones de decir que siempre he buscado ante todo el diálogo con todos y cada uno, y eso ha dado sus frutos»³¹¹. En efecto, las consecuencias no se hicieron esperar: Juan Pablo II quería contar con él en Roma. El 25 noviembre de 1981 el cardenal Ratzinger es nombrado prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, y presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Comisión Teológica Internacional.

Tal vez se dirigía a uno de los puestos más duros en el gobierno de la Iglesia. Años después contaba cómo aceptó el cargo. Parece que le costaba bastante dejar su Baviera natal, sus libros y el mundo en el que había crecido. «El Papa me dijo en una ocasión que tenía intención de llamarme a Roma, y yo le expuse mis inconvenientes. 'Entonces –me dijo– tendremos que pensarlo un poco más'. Pero después de su atentado [en mayo de 1981] volvimos a vernos, y en aquel momento me hizo saber que seguía pensando lo mismo. Yo volví a ponerle trabas, porque me sentía más atraído por la teología, y creía que tenía cierto derecho a seguir con mis publicaciones [...], así que el Papa me contestó: 'no, eso no es un problema; podemos arreglarlo'. Eso fue todo: nunca hubo una conversación programática ni nada parecido»³¹². En Múnich hubo manifestaciones estudiantiles que protestaban por la pérdida de su arzobispo. Parece ser que acabó siendo querido por sus fieles.

De modo que el teólogo se convertirá prefecto. «El profesor y el prefecto son la misma persona, pero ambos conceptos designan funciones que corresponden a distintas tareas. Existe, por tanto, una diferencia pero no una contradicción. El profesor que sigo siendo se esfuerza por el conocimiento, y expone en libros y conferencias lo que cree haber encontrado, y lo subordina tanto al debate de los teólogos como al parecer de la Iglesia. [...] El prefecto, en cambio, no tiene que exponer sus interpretaciones personales. Al contrario, tiene que pasar a un segundo término para dar paso a la palabra común de la Iglesia. Él no escribe, como hace el profesor, textos a partir de su propia búsqueda y de sus logros, sino que ha de preocuparse para que los órganos magisteriales de la Iglesia hagan su trabajo con gran responsabilidad»³¹³.

Comenta esta decisión papal un conocido biógrafo de Juan Pablo II: «Designando prefecto de la congregación a un hombre de su talla intelectual, y no a un veterano de la curia, el Papa mostraba su deseo de conseguir una verdadera renovación de la teología siguiendo las ideas del concilio. El nombramiento de Ratzinger constituía una señal de

³¹⁰ *La sal de la tierra*, 208

³¹¹ *La sal de la tierra*, 90

³¹² *La sal de la tierra*, 93

³¹³ *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad, Madrid 2004, 237

que el Papa quería que la congregación mantuviera una relación directa y actual con la comunidad teológica internacional»³¹⁴. Un teólogo alemán, buen conocedor de san Agustín y san Buenaventura, que había presenciado de cerca el concilio y la crisis de la Iglesia y la teología en los años posteriores, y que había tenido una breve experiencia pastoral como obispo, era el nuevo hombre que hacía cabeza en la Congregación de la Doctrina de la Fe.

Enseguida empezó una larga y estrecha colaboración. «Manténían [el Papa y el nuevo prefecto] un encuentro semanal cada viernes por la tarde, en el que Ratzinger –a solas con el Papa– repasaba el trabajo de la congregación que presidía. Los martes, antes y durante el almuerzo, solían reunirse para llevar a cabo análisis intelectuales más profundos, casi siempre en compañía de otras personas»³¹⁵. De ahí saldrían no pocas de las catequesis de los miércoles de Juan Pablo II, así como numerosos documentos de uno y otro lado.

Otro de sus biógrafos describe así los hábitos del prefecto en todos estos años al frente de la congregación. «Joseph Ratzinger es un típico intelectual bávaro, profundamente vinculado a su tierra de origen. En Roma no hace demasiada vida social, también porque su trabajo es pesado y absorbente. [...] Habla varias lenguas y cuando tiene que examinar un tema acude siempre a la lengua original, no fiándose nunca –por lo delicado de los asuntos tratados [...]– de las síntesis o de las traducciones preparadas por otros. Quien quiera encontrárselo basta con que se sitúe en torno a las nueve de la mañana, en la plaza de san Pedro. De casa a la iglesia y a la congregación (y vuelta): es uno de los purpurados que pasa más tiempo en Roma, también durante las fiestas, que son una ocasión de oro que otros aprovechan para volver a sus países de origen. Gran aficionado a la montaña, Ratzinger disfruta caminando durante las vacaciones, que habitualmente pasa con su hermano en las montañas salzburguesas o en Bressanone, en el Tirol [italiano]. Con monseñor Georg Ratzinger, el cardenal comparte una vieja pasión por la música. Durante los días de fiesta él mismo se sienta frente al piano»³¹⁶.

Sobre su personalidad, añade otro conocido periodista: «Le he visto alguna vez, sí, amargado; pero también le he oído reír a placer, al contar alguna anécdota o al comentar alguna ocurrencia. A su sentido del humor añade otra característica que contrasta con ese cliché de ‘inquisidor’: su capacidad de escuchar, su disponibilidad para dejarse interrumpir por su interlocutor y su rapidez para responder con franqueza total a cualquier pregunta, sin importarle que el magnetófono siga funcionando. Un hombre, pues, muy alejado del estereotipo de ‘cardenal de curia’ evasivo y socarronamente diplomático»³¹⁷.

No se debe olvidar tampoco una dimensión importante en su vida. «Uno de sus jóvenes colaboradores en Roma nos ha comentado la intensa vida de oración con que contrarresta el peligro de convertirse en un gran burócrata, rubricador de decretos ajenos a la humanidad de las personas a las que les afectan. Con frecuencia –nos decía este joven– nos reúne en la gran capilla del palacio [de la congregación] para darnos una meditación o hacer un rato de oración en común. Hay en él una constante necesidad de enraizar nuestro trabajo diario –frecuentemente ingrato y en continuo contacto con la patología de la fe– en cristianismo vivido»³¹⁸. Es evidente que no todo el trabajo realizado por la congregación no es mérito exclusivo de Ratzinger, aunque también es

³¹⁴ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 597

³¹⁵ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 598

³¹⁶ A. TORNIELLI, *Ratzinger, custode della fede*, 195-196

³¹⁷ V. MESSORI, en *Informe sobre la fe*, 19

³¹⁸ V. MESSORI, en *Informe sobre la fe*, 16

cierto que –en todos estos años– el prefecto ha trabajado en firme para afrontar numerosos retos y sacar adelante abundantes iniciativas.

Su trabajo no será incompatible con la predicación. Al año siguiente, en 1983, el cardenal Ratzinger predicó unos ejercicios espirituales al Papa y a la curia romana. En esos días de cuaresma, el prefecto aprovechó para hacer un comentario litúrgico de los motivos principales de la fe cristiana: la encarnación y el misterio pascual. «Me he propuesto desarrollar una contemplación pascual del misterio de Cristo y de su Iglesia, en la que el Todo permanezca en estrecha relación con las concretas circunstancias vitales en la que estos ejercicios iban a tener lugar»³¹⁹. De este modo intentará elaborar una síntesis entre liturgia y teología. Al final se hacían algunas consideraciones más sobre la Iglesia y el sacerdocio. A este respecto, comenta al final: «Hoy también nos invita el Señor a remar mar adentro, y estoy seguro de que tendremos la misma sorpresa que Pedro: la pesca será abundante, porque el Señor permanece en la barca de Pedro, que ha venido a ser su cátedra y su trono de misericordia»³²⁰.

Pongamos algún ejemplo. El 26 noviembre de 1983, poco antes de que se promulgara el nuevo *Código de Derecho canónico*, la congregación emite una prohibición a los católicos de formar parte de la masonería. La polémica se cierne sobre la persona de Ratzinger. Además, por aquellos años, se mantienen correspondencia y conversaciones con el teólogo holandés Edward Schillebeeckx y el moralista americano Charles Curran, con lo que el nuevo prefecto vuelve a ocupar las páginas de los periódicos, casi nunca en tono elogioso. Sin embargo, la gran noticia estaba todavía por saltar al ruedo. El 6 agosto la Congregación de la Doctrina de la Fe publica la *Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*. «El documento tenía sus orígenes en una conversación de 1982 entre Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger. La iniciativa intelectual correspondía a Juan Pablo, convencido de que la liberación era un gran tema bíblico y cristiano, y de que la Iglesia tenía la responsabilidad de elaborar la verdadera teología de la liberación, sobre todo a la luz de lo que estaba ocurriendo en América central»³²¹. En marzo de 1983, con motivo de su visita pastoral a Nicaragua (y el boicot organizado por los sandinistas del que fue víctima), Juan Pablo II había podido ver con sus propios ojos las consecuencias de una interpretación del cristianismo en clave marxista. Se abordó entonces con el nuevo documento el problema desde el punto de vista teórico. Frente a una evidente falta de justicia social en países del Tercer Mundo, ciertos paladines de la teología de la liberación proponían una revolución política con tintes religiosos, dirigida a suprimir esa situación injusta.

«Fue una mala suerte histórica –comenta Allen– para los teólogos de la liberación encontrarse con Joseph Ratzinger, quien iba a ser un formidable oponente»³²². En efecto, aquel discurso teológico le recordó al prefecto sus años en Tubinga, bajo el dominio de la filosofía marxista y de la teología vista en clave política. No en vano, algunos de los teólogos de la liberación habían estudiado en Alemania³²³. Sin embargo, Ratzinger busca todavía unos orígenes más remotos: Allí se proponía un Cristo revolucionario, que se habría olvidado de su condición divina y de su misión redentora. Su Reino sería de este mundo. «Se impone a los hombres de modo inmediato la tarea de hacer del cristianismo un instrumento de la transformación concreta del mundo para unirlo a todas las fuerzas progresistas de nuestra época»³²⁴.

³¹⁹ *El misterio pascual* (1985), BAC, Madrid 1990, 9

³²⁰ *El misterio pascual*, 189

³²¹ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 615

³²² J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 137

³²³ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 137-139

³²⁴ *Informe sobre la fe*, 206

En 1986 la Congregación para la Doctrina de la Fe publicará un documento sobre la atención pastoral a personas homosexuales, que será de igual modo ampliamente comentado. La Iglesia pedía respeto para esas personas, a la vez que les llamaba a su misión más alta. En 1987 se ocupará del problema de la vida humana, y emitirá el documento *Donum vitae* sobre el respeto a la vida. «Es un campo que a Ratzinger le interesa especialmente, por el testimonio heroico y profético protagonizado por la Iglesia alemana en la historia reciente. Durante los años del nazismo, el cardenal Clemens August von Galen había protestado públicamente por el tratamiento dispensado a los minusválidos por parte de los médicos del régimen. [...] Un pensamiento vivo de Ratzinger [era]: ‘¿qué pensarán los cristianos de las próximas generaciones y épocas de la aquiescencia de la Iglesia de nuestros días al aborto, la eutanasia, las manipulaciones genéticas? No tenemos derecho a callar’»³²⁵.

El 9 noviembre de 1989 caía el Muro de Berlín y, pocos meses después, Alemania se reunificaba. Esa misma primavera de 1990 la Congregación de la Doctrina de la Fe publica un documento sobre *La vocación eclesial del teólogo*, en el que se sale al paso de las protestas planteadas por algunos teólogos europeos. Como su propio título indica, se pide una teología en comunión con toda la Iglesia. Se requiere la fe y el espíritu de comunión a la hora de hacer teología, y no basta con la mera razón o el espíritu crítico. El teólogo no debe olvidar que su misión no consiste en adquirir un protagonismo personal, sino en servir a la Iglesia³²⁶. Observaba a este propósito el prefecto: «la *Instrucción* inscribe el tema de la teología en el horizonte más amplio de la capacidad del hombre de conocer la verdad y de la auténtica libertad del hombre mismo. La fe no es una ocupación para el tiempo libre, y la Iglesia no es un *club* junto al cual existen otros parecidos. La fe responde más bien a la pregunta originaria del hombre sobre su procedencia y su destino»³²⁷.

1991 debió de ser otro año difícil para Ratzinger. El prefecto sufre en septiembre una hemorragia cerebral, y en noviembre muere su hermana Maria en Alemania, mientras visitaba la tumba de sus padres. Sin embargo, el acontecimiento del año 1992 será la presentación del *Catecismo de la Iglesia católica*, del que hablaremos más adelante. En agosto de 1993 –casi al mismo tiempo que Juan Pablo II promulga la encíclica *Veritatis splendor*– el cardenal Ratzinger sufre un accidente que le deja inconsciente durante un tiempo. No tarda en recuperarse. En 1994, Juan Pablo II publica la carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis*, con la que recuerda que las mujeres no pueden acceder al sacerdocio, por voluntad expresa de Jesucristo. Poco después la Congregación de la Doctrina de la Fe escribe a los obispos alemanes para orientarles en la pastoral con divorciados vueltos a casar. Esto suponía un paso atrás respecto a las declaraciones que había hecho el episcopado alemán sobre el tema. Sin embargo, los obispos alemanes cerraron filas en torno a la propuesta de Juan Pablo II.

En verano de 1997, Ratzinger se reúne con algunos líderes luteranos en Ratisbona, su querida ciudad-refugio, para buscar un mejor entendimiento doctrinal. El 31 octubre de 1998 se firma una declaración conjunta sobre la justificación. En mayo de 1999 se crea una comisión mixta formada por católicos y protestantes, que da lugar al documento *El don de la autoridad*. (Poco antes la congregación había condenado algunos escritos de Anthony de Mello y Jacques Dupuis.) El cardenal Ratzinger escribe después a los obispos alemanes consultándoles sobre la posible cooperación indirecta en algunos casos de aborto. Y en junio Juan Pablo II publica un documento en el que les

³²⁵ T. RICCI, *Ratzinger del 82 al 92*, 35-36

³²⁶ Cfr A. TORNIELLI, *Ratzinger, custode della fede*, 118-120

³²⁷ *Natura e compito della teologia*, 91

pide que no faciliten el informe que permite la supresión de la incipiente vida humana. Son momentos de mucho trabajo y de encendidos debates.

El 2000 será el año del gran Jubileo en toda la Iglesia católica. El 12 de marzo Juan Pablo II pide perdón por los errores pasados de la Iglesia, mientras el 6 de agosto la Congregación de la Doctrina de la Fe publica la declaración *Dominus Iesus*. En la declaración se recuerda que Jesucristo es el único salvador, frente a algunas propuestas –sobre todo asiáticas– que sugerían otras salvaciones y redenciones en paralelo. La salvación solo puede venir de Cristo y, si un budista o un musulmán se salva, se salvan en Cristo. La acogida no es tan cálida como en el anterior documento sobre las culpas de la Iglesia. Surgen además una serie de malentendidos con los protestantes, y el 1 octubre Juan Pablo II ha de salir al paso en defensa del controvertido documento.

Como se puede advertir, el conocido teólogo –considerado antes como progresista, y tras ser un arzobispo entregado a su grey y un eficiente prefecto– no deja escapar ninguna oportunidad: ecumenismo y teología de la liberación, la moral y la escatología, los homosexuales y la ordenación de mujeres, Cristo, la Iglesia y las religiones: son algunos de los temas en los que la congregación ha intervenido de algún modo. Ratzinger no deja ningún cabo suelto. Frente a la proverbial acusación de tozudez alemana y de ser un *Panzerkardinal*, el prefecto se defiendía: «Antes que nada, he deseado que las decisiones se tomaran colegialmente, y no de modo individual, así como dar mayor importancia a cada uno de los órganos por separado. Además, quería establecer un diálogo con la teología y los teólogos y, por supuesto, con los obispos quienes –no lo olvidemos– son nuestros más inmediatos interlocutores. Pero no sabría decir hasta qué punto se ha conseguido ya todo esto»³²⁸. En otro lugar habla de que el trabajo de la congregación se realiza en «grandes círculos», en los que entran los obispos y las conferencias episcopales, los teólogos, las comisiones y las mismas congregaciones religiosas³²⁹.

Evidentemente, no siempre lloverá a gusto de todos. Sin embargo, sus dotes como hombre de consenso siguen siendo destacadas. Al hacer un retrato intelectual del prefecto, escribía un periodista: «Descubrimos a un intelectual notablemente dotado para el análisis y la polémica, que sin embargo relativiza el valor y la utilidad de ambos. En sus respuestas percibimos que lo único absolutamente esencial es la experiencia de la fe, vivida en el seno de la Iglesia. Tan fino en la formulación doctrinal como en el olfato pastoral, el que algunos han llamado *Panzerkardinal* demuestra una ponderación y una benignidad extremas al referirse a las personas y a sus intenciones. Del mismo modo, su confesión de fe no huele a defensa numantina, sino que tiene un aspecto alegre y esperanzado, de cuya estructura racional conoce las íntimas articulaciones, pero ante las cuales permanece como un servidor asombrado y agradecido»³³⁰.

Es evidente que le ha cambiado mucho la vida al arzobispo bávaro. Sin embargo, él siempre ha creído mantener una cierta continuidad entre todas las etapas de su vida. «No, mi vida no ha cambiado desde que llegué a Roma, porque no depende del puesto que se ocupa o del papel que se desarrolla, sino de la fe que se vive y de la reflexión teológica que de ella se deriva. Por lo tanto, mi visión de la Iglesia es la misma que cuando estaba en Múnich, solo que más madura, más desarrollada»³³¹. La visión y la teología de Ratzinger han ganado en amplitud, hasta el punto de tener una visión panorámica –global– de lo que suponen hoy la fe y la teología en la Iglesia. En cierto sentido, se ha ‘globalizado’. Recordaba también no sin cierta nostalgia: «Me gustaba mi

³²⁸ *La sal de la tierra*, 93

³²⁹ Cfr *La sal de la tierra*, 16-18

³³⁰ J.L. RESTÁN, en *Ser cristiano en la era neopagana*, 89

³³¹ *Ser cristiano en la era neopagana*, 104

trabajo docente y de investigación. Ciertamente nunca aspiré a estar al frente de la archidiócesis de Múnich, primero, y de la Congregación para la Doctrina de la Fe, después. Se trata de un servicio muy duro, pero que me ha permitido comprender –al estudiar los informes que llegan a mi mesa– en qué consiste la solicitud por la Iglesia universal. [...] La realidad de la Iglesia concreta, del humilde pueblo de Dios, es muy diferente a como se la imaginan esos laboratorios en los que se destila la utopía»³³².

Balthasar lo recuerda como *il cardinale coraggioso*³³³, mientras un teólogo francés afirmaba sobre su labor en el conocido organismo romano: «Examinando estos diez años en los que la Congregación de la Doctrina de la Fe ha estado dirigida por el cardenal Ratzinger, salta inmediatamente a la vista lo mucho que ha cambiado desde antes del concilio, en tiempos del cardenal Ottaviani[, su predecesor en el cargo en tiempos del concilio]. Ha cambiado el clima y el estilo de trabajo. Antes del concilio el prefecto actuaba con el más absoluto secreto. Nada se sabía ni de él ni de su actividad, sino cuando se condenaba un libro o a una persona; hoy en cambio Ratzinger tiene continuas intervenciones públicas en todo el mundo»³³⁴. A pesar de todo, sus actuaciones se han visto casi siempre envueltas en la polémica, tal vez por la valentía de colaborar siempre con la verdad.

3. Un paso importante

Pero volvamos un poco hacia atrás. El 25 de enero de 1985 Juan Pablo II convocaba un sínodo extraordinario para final de año (extraordinario también porque solo participaban en él los presidentes de las conferencias episcopales de todo el mundo); en este se proponía revisar el Concilio Vaticano II, a los veinte años de su celebración. Se trataba –según Ratzinger– de una idea personal del Papa. «Entre otras cosas, se requería que la Iglesia se olvidara de una interpretación política del Vaticano II en términos de tradicionalismo y progresismo, y pensara en el concilio como un acto religioso cuyo protagonista principal es el Espíritu Santo»³³⁵. No bastaban el freno y el acelerador para explicar cómo actúan Cristo y el Espíritu en la Iglesia. Ese mismo año la congregación dirigida por Ratzinger –en contra de su última praxis habitual– emitió muy pocos documentos. Sin embargo hubo un hecho que acaparó la atención de todo el mundo católico: el verano anterior, acompañado por un periodista experto en cuestiones religiosas, Ratzinger pasó revista a toda la Iglesia y al concilio. Primero apareció por entregas en una revista religiosa, y más tarde en un famoso libro-entrevista titulado *Informe sobre la fe*. Afrontará allí muchos temas: desde la liturgia y la teología de la liberación, a la realidad de la Iglesia o la existencia del demonio, pasando por el ecumenismo y las relaciones con religiones no cristianas, la Eucaristía o las conferencias episcopales.

Ratzinger entrará sin miedo a los problemas y a sus posibles causas. En efecto, el prefecto irá en busca de las raíces de los fenómenos negativos que se presentaban a finales del siglo XX: el escepticismo, el relativismo y la crisis de la verdad en el mundo actual. «En un mundo donde, en el fondo, el escepticismo ha contagiado también a muchos creyentes, supone un verdadero escándalo la convicción de la Iglesia de que haya una Verdad con mayúscula y que esta Verdad sea reconocible, expresable y –dentro de ciertos límites– definible también con precisión»³³⁶. De este modo, habrá que

³³² *Informe sobre la fe*, 24

³³³ H.U. VON BALTHASAR, *Ratzinger, il Cardinale coraggioso*, en *La realtà e la gloria. Articoli e interviste* (1988) 79-81

³³⁴ I. DE LA POTTERIE, *Cuánto ha cambiado aquel Santo Oficio*, «30 días» 55 (1992) 36

³³⁵ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 673

³³⁶ *Informe sobre la fe*, 28

afrontar el viejo prejuicio –frecuente también en nuestros días– por el que la verdad se decide a mano alzada. «Por lo demás –añade–, es evidente que las verdades no se crean por votación. Una doctrina es verdadera o no es verdadera. De esta regla básica no se aparta el procedimiento clásico de los concilios ecuménicos, no obstante una opinión contraria ampliamente difundida. [...] La unanimidad moral [de las votaciones] no tiene en el concilio el carácter de votación, sino de testimonio»³³⁷.

A pesar de la apariencia negativa y pesimista de todo este planteamiento, Ratzinger propondrá en todo momento una mirada hacia delante a la vez que una vuelta a los orígenes y a ese acontecimiento del siglo XX que marcará el comienzo del tercer milenio: el Concilio Vaticano II. Este concilio estará en directa relación con toda la historia y la tradición anteriores de la Iglesia: «existe una continuidad que no permite ni retornos al pasado ni huidas hacia delante, ni nostalgias anacrónicas ni impacencias injustificadas. Debemos permanecer fieles al *hoy* de la Iglesia, no al *ayer* o al *mañana*; y este hoy de la Iglesia son los documentos auténticos del Vaticano II. Sin *reservas* que los cercenen. Sin *arbitrariedades* que los desfiguren»³³⁸.

Después hace un balance de los últimos veinte años transcurridos después del concilio. «Resulta evidente que los últimos veinte años han sido decididamente desfavorables para la Iglesia católica. Los resultados que se han seguido del concilio parecen oponerse cruelmente a las esperanzas de todos, empezando por las del Papa Juan XXIII y, después, las de Pablo VI. Los cristianos son de nuevo minoría, más que en ninguna época desde la antigüedad»³³⁹. Había que reconocer con valentía la situación. «Los papas y los padres conciliares esperaban una nueva unidad católica y ha sobrevenido una división tal que –en palabras de Pablo VI– se ha pasado de la autocrítica a la autodestrucción. Se esperaba un nuevo entusiasmo y ha terminado con demasiada frecuencia en el hastío y el desaliento. Esperábamos un salto hacia delante, y nos hemos encontrado ante un proceso progresivo de decadencia que se ha desarrollado en buena medida bajo el signo del ‘espíritu del concilio’, provocando de este modo su descrédito»³⁴⁰.

Para hacer frente a esta situación, propone un programa de futuro: «El cristiano debe ser realista; con un *realismo* que no es otra cosa que atención completa a los signos de los tiempos. Por eso no me cabe en la cabeza que se pueda pensar (con un sentido nulo de la realidad) en seguir caminando como si el Vaticano II no hubiera existido nunca. Los efectos concretos que hoy contemplamos no corresponden a las intenciones de los Padres [conciliares], pero tampoco podemos decir: ‘mejor sería que nunca hubiera existido’. El cardenal John Henry Newman, historiador de los concilios, el gran estudioso convertido al catolicismo, decía que un concilio representa siempre un riesgo para la Iglesia [...]. Es verdad que las reformas exigen tiempo, paciencia y que entrañan riesgos; pero no es lícito decir: ‘dejemos de hacerlas porque son peligrosas’. Creo que el verdadero momento del Vaticano II aún no ha llegado»³⁴¹. La solución está, como siempre, en volver a los orígenes, asumiendo de igual modo la situación actual. «Debemos tener siempre presente que la Iglesia no es nuestra, sino suya. [...] Verdadera ‘reforma’, por consiguiente, no significa entregarnos de modo desenfrenado a levantar nuevas fachadas, sino (al contrario de lo que piensan ciertas eclesiologías) procurar que

³³⁷ Informe sobre la fe, 70

³³⁸ Informe sobre la fe, 37

³³⁹ Informe sobre la fe, 35

³⁴⁰ Informe sobre la fe, 36

³⁴¹ Informe sobre la fe, 46

desaparezca, en la medida de lo posible, lo que es nuestro, para que aparezca mejor lo que es suyo, lo que es de Cristo»³⁴².

El libro cobró tal importancia, que enseguida surgió de nuevo la polémica. «En una rueda de prensa posterior en pocos días al 24 de noviembre de 1985, fecha de comienzo del sínodo extraordinario, el cardenal belga Godfried Danneels formuló la siguiente queja: ‘¡No es un sínodo sobre un libro, sino sobre un concilio!’ [...] Danneels tenía razón, por supuesto, y Ratzinger habría sido el primero en reconocerlo. Con el paso de los años, Ratzinger dijo: ‘El cardenal Danneels tenía razón [...] cuando dijo que el *Rapporto* –como se conocía el libro en todo Roma– no era el punto de partida del sínodo’. El cardenal [alemán], no obstante pecaba de modestia en un aspecto. [...] Poniendo sobre la mesa tales cuestiones [como la comunión eclesial y la fidelidad al concilio], el *Rapporto* desempeñó un papel fundamental en la elaboración del bastidor intelectual en que se situaron los debates del sínodo»³⁴³.

De este modo, el sínodo se puso a estudiar con valentía las luces y las sombras del mundo y de la Iglesia del posconcilio. A la vez que esperanzado, se manifestaba de un modo totalmente realista, y el *Informe final* hablaba sin empacho del «misterio de la iniquidad» en nuestra época. Se tenía que volver al principio, seguía diciendo. «La Iglesia gana en credibilidad si habla menos de sí misma, y anuncia más a Cristo crucificado». Por tanto, para renovar la Iglesia lo que hace falta son santos. De esta manera se esperaba un relanzamiento de la evangelización de la Iglesia y de la misión ecuménica, de tal modo que «la comunión imperfecta que ya existe con las iglesias y las comunidades no católicas pueda, con la gracia de Dios, convertirse en comunión total»³⁴⁴. Comenta un teólogo anglosajón: «La relación de clausura de los padres sinodales es más optimista, sin embargo, que la de Ratzinger [en su *Informe*]: como Caravaggio frente a Goya. Pero se trata más que nada de diferencias de género que en la sustancia. Un individuo puede considerar oportuna una profecía sobre el inquietante futuro; una reunión solemne del episcopado, por el contrario, ha de tener en cuenta el deber que tiene de no poner en peligro la virtud teológica de la esperanza»³⁴⁵. El aviso había sido tenido en consideración, pero ahora se miraba con esperanza hacia el futuro.

En este clima de esperanza y realismo, el cardenal Bernard Law, entonces arzobispo de Boston, propuso la elaboración de un catecismo universal para toda la Iglesia. La propuesta fue recibida con cierto escepticismo por parte de algunos sectores, pero al final prosperó esa sugerencia (bajo ciertas condiciones, para impedir que el nuevo catecismo supusiera un paso atrás respecto al concilio). «Los padres del sínodo de 1985, al pedir un catecismo universal, expresaron el deseo de que este libro fuera bíblico y litúrgico, y que tuviera en cuenta las situaciones vitales del hombre contemporáneo»³⁴⁶, comenta Ratzinger. Eran pues estas las coordenadas de este ambicioso proyecto: Biblia, liturgia, actualidad. Y continúa afirmando que «un lector honesto debe reconocer con sencillez que la Biblia informa totalmente el libro [=el catecismo...]. Naturalmente ocupan un lugar importante los Padres de la Iglesia, los textos de la liturgia y los documentos del magisterio; y en esto se ha prestado mucha atención para escuchar lo más equilibradamente posible tanto a la Iglesia oriental como a la occidental»³⁴⁷.

Ya unos años antes, el recién nombrado prefecto había hablado de la necesidad de una nueva catequesis en la Iglesia. Se trata de una conferencia que tuvo lugar en París y

³⁴² *Informe sobre la fe*, 61

³⁴³ G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 673.

³⁴⁴ Cfr G. WEIGEL, *Testigo de esperanza*, 673-677; las citas del *Informe final* del sínodo están tomadas de este texto.

³⁴⁵ A. NICHOLS, *Joseph Ratzinger*, 307-308

³⁴⁶ *Ser cristiano en la era neopagana*, 79

³⁴⁷ *Ser cristiano en la era neopagana*, 80

Lyon, en enero de 1983. El tema que allí se abordó fue la catequesis y su situación en aquel entonces, dada la importancia de este instrumento para la evangelización. Así, «la catequesis –comienza diciendo–, la transmisión de la fe ha sido desde el principio una función vital y central en la Iglesia, y debe seguir siéndolo mientras esta dure»³⁴⁸. Sigue hablando de la crisis que por aquel entonces atravesaba la catequesis, e intenta analizar sus causas. En primer lugar, podemos encontrar una causa genérica, que es la condición del hombre del siglo XX como un ser técnico que quiere salvarse a sí mismo. Así, sus principios vitales estarían regidos por la utilidad, dejando las implicaciones éticas en un segundo o tercer plano: la técnica domina sobre la ética. Además, no podemos olvidar la influencia actual de los medios de comunicación, que han suplantado los ámbitos tradicionales de formación e información, como eran la familia y la parroquia³⁴⁹.

«Así, la catequesis parece condenada al silencio, en una época en que el lenguaje y el pensamiento no se nutren más que de las experiencias del mundo que el hombre mismo se ha fabricado»³⁵⁰. Además, a esto se une la supresión del catecismo por motivos supuestamente didácticos, lo cual ha llevado a la «fragmentación de la doctrina de la fe». En efecto: «La doctrina de la fe no solo quedó entregada a la arbitrariedad en su exposición, sino que –en su misma verdad– fue puesta en duda en sus partes concretas que, al pertenecer a un todo y estar separadas de él, aparecen como accidentales e inconexas»³⁵¹. El organismo de la fe ha sido dividido y cada una de sus partes muere al estar separada del resto del cuerpo vivo.

Una vez establecido el diagnóstico, Ratzinger propondrá también un tratamiento. En primer lugar irá en busca de las fuentes de donde mana la misma verdad. Concluirá pues con una parte propositiva. Aunque no lo viene a decir de modo explícito, a juzgar por el número de veces que cita el *Catecismo Romano* (1566) y por la añoranza que hace notar por este instrumento de evangelización, parece que aboga por la creación de un nuevo catecismo del Vaticano II. Así, afirma que, tanto en la primera catequesis de la Iglesia primitiva como en los catecismos de Trento y el redactado por Lutero, aparecen lo que él denomina las «cuatro piezas maestras» en torno a las que se estructura toda la doctrina cristiana: el credo, los sacramentos, los mandamientos y el padrenuestro; es decir, el creer, el vivir, el hacer y el orar, podríamos decir³⁵² (será esta también la estructura propuesta en el nuevo catecismo). De modo que, retomando todo lo anterior, un buen catecismo deberá acudir a la fe que se ha profesado y confesado a lo largo de los siglos, antes que a las últimas adquisiciones teóricas o académicas. Así, «la fe tradicional no es el enemigo, sino más bien el garante de una fidelidad a la Biblia que esté conforme con los métodos de la historia»³⁵³. Conclusión: «hay que atreverse a presentar el catecismo como catecismo, a fin de que el comentario pueda seguir siendo comentario, y para que las fuentes y su transmisión puedan reencontrar sus exactas interrelaciones»³⁵⁴.

También en el *Informe sobre la fe* había manifestado su preocupación por la catequesis y la enseñanza de la doctrina en la Iglesia, que se presenta también dispersa y atomizada. «Puesto que la teología no parece capaz de transmitir un modelo común de la fe, también la catequesis se halla expuesta a la desintegración, a experimentos que cambian continuamente. Algunos catecismos y muchos catequistas ya no enseñan la fe católica en la armonía de su conjunto –gracias a la que toda verdad presupone y explica

³⁴⁸ *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, «Scripta Theologica»15 (1983/1) 9

³⁴⁹ Cfr *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 9-11

³⁵⁰ *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 10-11

³⁵¹ *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 11

³⁵² Cfr *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 23-25

³⁵³ *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 27

³⁵⁴ *Transmisión de la fe y fuentes de la fe*, 29

las otras—, sino que buscan hacer humanamente más ‘interesantes’ (según las orientaciones culturales del momento) algunos elementos del patrimonio cristiano»³⁵⁵. «La catequesis —continúa— no puede seguir siendo una enumeración de opiniones, sino que debe volver a la certeza sobre la fe cristiana con sus propios contenidos, que superan con mucho las opiniones reinantes»³⁵⁶.

Sin embargo, a pesar de ver la necesidad teórica de tener un nuevo catecismo en la Iglesia, en 1985 Ratzinger no estaba seguro de las posibilidades reales de conseguirlo: «Yo expresé entonces la opinión de que todavía no había llegado el momento de [abordar] tal proyecto, y sigo pensando que esta valoración de la situación era la correcta»³⁵⁷. No era la primera vez que se proponía elaborar un catecismo del Vaticano II, y con esta idea se publicó el *Catecismo holandés* en 1966. Dos años después, el entonces teólogo de Tubinga, le había concedido el siguiente veredicto: «Tan insensato es glorificarlo como insensato el rechazarlo en su totalidad»³⁵⁸. En efecto, a pesar de la novedad del estilo, presentaba a la vez ciertos problemas doctrinales. A pesar de los riesgos inevitables, los demás participantes del sínodo extraordinario pensaban que había llegado la ocasión: «Cuando los obispos, en 1985, echaron una mirada retrospectiva y otra prospectiva, se formó en ellos, diríamos de un modo espontáneo, la convicción de que había llegado el momento, y de que ya no podía haber más demoras»³⁵⁹.

Juan Pablo II tomó cartas en el asunto, y el 10 de julio de 1986 creó una comisión compuesta por doce obispos y cardenales. Tras unas primeras reuniones, poco a poco el proyecto fue tomando forma: se quería saber qué tipo de libro se quería y a quiénes iba dirigido. La forma que adquirió fue la de un catecismo mayor, escrito para los obispos y para todos aquellos que colaboran con ellos en la catequesis, así como a todos los cristianos y a los no creyentes³⁶⁰. Quería ser por tanto un catecismo de toda la Iglesia y para todo el mundo. «El catecismo no quiere transmitir opiniones de grupos, sino la fe eclesial, que no ha sido inventada por nosotros. Solo tal unidad en lo básico y fundamental hace también posible una pluralidad viviente»³⁶¹. De modo que a la vez debía ser un libro claro y accesible. «La decisión fundamental se fijó rápidamente: el catecismo no debía ser escrito por eruditos, sino por pastores, a partir de su experiencia de la Iglesia y del mundo, como libro de predicación»³⁶².

Se eligió también la lengua en que se iban a trabajar los nueve borradores previos al texto final: el francés. También se requería un secretario que unificara todos los estilos, que resultó ser el antiguo discípulo de Balthasar y Ratzinger, Christoph Schönborn³⁶³. «Con todo —afirmaba el prefecto—, sigue siendo para mí una especie de milagro que de un proceso de redacción tan complicado haya salido un libro legible, internamente homogéneo en lo esencial y, en mi opinión, bien escrito»³⁶⁴. Así, después de venticuatro mil enmiendas al proyecto revisado del texto, la comisión de los doce aprobó el texto definitivo (casi tres mil puntos, en setecientas páginas) el 14 de febrero de 1992. Ratzinger no es el autor del catecismo, pero qué duda cabe de que —utilizando una

³⁵⁵ *Informe sobre la fe*, 80

³⁵⁶ *Informe sobre la fe*, 160

³⁵⁷ *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, en J. RATZINGER-C. SCHÖNBORN, *Introducción al catecismo de la Iglesia católica* (1993), Ciudad Nueva, Madrid 1995², 12

³⁵⁸ *Palabra en la Iglesia*, 70

³⁵⁹ *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, 12-13

³⁶⁰ Cfr *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, 16-20

³⁶¹ *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, 21-22

³⁶² *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, 24

³⁶³ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 111-113

³⁶⁴ *Introducción al catecismo de la Iglesia católica*, 27

imagen tomada del documento con que Juan Pablo II presentaba el catecismo, la *Fidei Depositum*–, si los distintos redactores del catecismo son los intérpretes de la «sinfonía de la fe», el prefecto hizo aquí las funciones de un buen director de orquesta³⁶⁵.

El resultado fue todo un éxito eclesial y editorial, contra todo pronóstico, incluso del mismo Ratzinger. «En cierto modo, el *Catecismo de la Iglesia católica* es una sorpresa para mí; confieso que yo no habría tenido suficiente valor para acometer semejante empresa, porque me parecía demasiado difícil componer una síntesis mundial y universal de un texto coherente y positivo, como requiere un catecismo de la Iglesia católica. Ha sido una constatación, en cambio, poder verificar en el concierto de las iglesias particulares la voz común de la fe, capaz de expresarse de un modo coherente y sistemático. Más allá de los muchos problemas innegables, emerge en la Iglesia la presencia de la comunión en la fe y el deseo compartido de hallar una síntesis, de tener en las manos de forma orgánica la belleza y la coherencia de nuestra fe»³⁶⁶.

4. La importancia de la liturgia

Como hemos recordado antes, la liturgia era una vieja preocupación del teólogo Ratzinger. Le ofreció en su infancia un primer camino para acercarse a Dios. Ha sido una preocupación constante en su vida. En su famosa intervención en el *Katholikentag* de Bamberg en 1966, recordaba: «La Iglesia tiene que volver una y otra vez a la sencillez de los orígenes a fin de experimentar y comunicar, al margen de todas las posibles formas, lo que le es propio. Mas tampoco puede olvidar que celebrar la cena del Señor significa por esencia una fiesta, y con la fiesta encaja la belleza festiva»³⁶⁷. Así, en 1981, poco antes de ser nombrado prefecto, publicó *La fiesta de la fe* (así llama a la misa), donde se recogen varios ensayos de teología litúrgica. Allí, manifestaba tener un sentimiento algo estremecido ante «los excesivos discursos, las escasas palabras y la carencia de belleza»³⁶⁸ en nuestras celebraciones litúrgicas.

Al analizar las causas de este pequeño desbarajuste, llega a la conclusión de que existe un exagerado protagonismo de la comunidad; sería necesario recordar de vez en cuando la dimensión vertical, la prioridad de Dios en la liturgia. «La liturgia no se ‘hace’ en la comunidad, sino que la comunidad la recibe del todo y se recibe a sí misma como comunidad dentro de una globalidad. Solo sigue siendo comunidad si regresa una y otra vez al todo»³⁶⁹. Con el exceso de comunitarismo y de participación, de buscar emociones y sentimientos en la misa, «ha pasado algo muy extraño: precisamente así se ha perdido la emoción intrínseca de la liturgia»³⁷⁰. Sin embargo, tampoco quiere reducir la liturgia a la celebración eucarística, aunque sea su momento más importante y principal, pues también existen otros momentos de encuentro personal con Dios. «Toda la Biblia es diálogo: por un lado, revelación, palabra y obra de Dios y, por otro, respuesta del hombre que acepta la palabra de Dios y se deja guiar por Él. Suprimir la oración, el diálogo, es como suprimir la Biblia entera»³⁷¹.

A Dios se le encuentra y se le trata en la liturgia, en la oración, en la Escritura. Por el contrario, algunos proponen una religiosidad sin un Dios que escucha, y con el que –por tanto– no podemos hablar, sino tan solo intentar elevarnos hacia Él, con escasos resultados. No –sostiene Ratzinger–, Dios habla y escucha. «Lo que principalmente

³⁶⁵ Cfr. A. TORNIELLI, *Ratzinger, custode della fede*, 137-139

³⁶⁶ *Ser cristiano en la era neopagana*, 147-148

³⁶⁷ *El nuevo Pueblo de Dios*, 345

³⁶⁸ *La fiesta de la fe*, 195

³⁶⁹ *La fiesta de la fe*, 197

³⁷⁰ *La fiesta de la fe*, 199

³⁷¹ *La fiesta de la fe*, 20

hace posible que el hombre pueda hablar con Dios es el hecho de que Dios mismo es palabra: Él es en sí mismo palabra, escucha y respuesta, como queda claro sobre todo en la teología de san Juan»³⁷². Además el Verbo se manifiesta como Hijo y nos enseña a tratar a Dios como Padre. La palabra fundamental del Hijo es *Abba*, papá, como ha recordado un conocido biblista alemán³⁷³. Pero solo podemos decir *Abba* con Cristo. Como consecuencia, «la oración cristiana alberga en su seno el núcleo de lo que puede convertir el mundo en fiesta: es afirmación. [...] Rezar es un acto del ser: una afirmación, pero no simplemente afirmación de mí mismo o del mundo tal como existen, sino afirmación de la razón de mi existencia y, por eso mismo, purificación de mí mismo y del mundo partiendo del fundamento»³⁷⁴.

La relación con Dios solo se puede alcanzar por Cristo y con los demás. «¿Cómo aprendo a rezar? La respuesta es clara: con los demás. Rezar siempre incluye un ‘con’. Aislado y en solitario no se puede rezar a Dios. [...] Insisto: aprendo a rezar al rezar-con-otros, al rezar con mi madre [la Iglesia], al aceptar el don de sus palabras»³⁷⁵. Pero además de hablar, hace falta escuchar; la escucha es el don de oír la palabra del Espíritu. «Rezar significa, mediante una necesaria transformación paulatina de nuestro ser, ir identificándose con el *pneuma* de Jesús, ir acercándose al Espíritu de Dios (¡hacerse *anima ecclesiástica!*) y así, bajo el aliento de su amor, vivir en una alegría que ya no se puede quitar»³⁷⁶.

La liturgia le siguió interesando de igual modo a Ratzinger cuando fue prefecto. No hemos de olvidar que Ratzinger ha seguido haciendo teología al mismo tiempo que era prefecto de la congregación: un hecho sin precedentes en toda la historia de la Iglesia. Por las tardes, después del trabajo en la curia y aparte de los quince minutos diarios de piano (Mozart y Beethoven, «Brahms es demasiado difícil para mí»), el prefecto se dedica a leer, a estudiar, a escribir, a mantenerse al día³⁷⁷. «He sido profesor durante muchos años y me gusta seguir de cerca el debate teológico lo mejor que puedo. Procuro estar al día, y tengo mi propia opinión sobre la forma de hacer teología que a veces expongo en alguna publicación»³⁷⁸. Estas circunstancias aportan a su teología, aparte de una evidente nota personal, una visión de conjunto que no tiene cualquier teólogo. Su teología se ha ‘globalizado’, decíamos.

En *Informe sobre la fe* Ratzinger había expresado su preocupación sobre este tema, por la importancia que tiene y por las consecuencias que trae consigo. «Detrás de las diversas maneras de concebir la liturgia hay, como de costumbre, maneras diversas de entender la Iglesia y, por consiguiente, a Dios y las relaciones del hombre con Él. El tema de la liturgia no es en modo alguno marginal: ha sido el concilio quien nos ha recordado que tocamos aquí el corazón de la fe cristiana»³⁷⁹. La liturgia es cosa seria, y requiere la atención de un teólogo que es a la vez prefecto de una congregación que custodia la fe, a pesar de no ser él un experto liturgista. Denuncia sin embargo algunas deformaciones. «La liturgia no es un *show*, no es un espectáculo que necesite directores geniales y autores de talento. La liturgia no vive de sorpresas ‘simpáticas’, de ocurrencias ‘cautivadoras’, sino de repeticiones solemnes. [...] En la liturgia opera una fuerza, un poder que ni siquiera la Iglesia entera puede arrogarse: lo que en ella se

³⁷² *La fiesta de la fe*, 32

³⁷³ Cf. J. JEREMIAS, *Abba y el mensaje central del Nuevo Testamento* (1966), Sígueme, Salamanca 1993⁴

³⁷⁴ *La fiesta de la fe*, 36

³⁷⁵ *La fiesta de la fe*, 39

³⁷⁶ *La fiesta de la fe*, 41

³⁷⁷ Cf. R.N. OSTLING, *Keeper of the Straight and Narrow*, «Time» (6.12.1993) 30

³⁷⁸ *La sal de la tierra*, 17

³⁷⁹ *Informe sobre la fe*, 132

manifiesta es el absolutamente Otro que, a través de la comunidad (la cual no es dueña, sino sierva e instrumento), llega hasta nosotros»³⁸⁰.

En *Un canto nuevo para el Señor* (1995) profundizaba también en algunos aspectos de la liturgia. Así, hablará de la resurrección de Cristo como fundamento de toda celebración litúrgica, de lo que se desprenderá la importancia del domingo y del precepto dominical. Después del habitual análisis bíblico e histórico, Ratzinger demuestra la importancia del domingo como día del Señor. Sin embargo, extrae consecuencias para los momentos actuales, que nos proporcionan nuevas luces. «Debemos encontrar el justo medio entre el ritualismo donde el sacerdote realiza la acción litúrgica de modo ininteligible y aislado, y un afán de comprensibilidad que al final lo disuelve todo en obra humana y escamotea la dimensión católica y la objetividad del misterio. La liturgia [...] debe ser, como *opus Dei*, el lugar donde desembocan y se subliman todas las *opera hominum*, y donde aflora una nueva libertad que en vano buscamos en las supuestas liberaciones que ofrecen las industrias recreativas. De este modo la liturgia, de acuerdo con el sentido esencial del domingo, podría volver a ser el lugar de la libertad, que es algo más que ocio y permisividad»³⁸¹. En la liturgia, hemos de dejar hacer a Dios también.

Pero sin lugar a dudas, en este tema el libro que más expectativas y polémicas –una vez más– ha despertado es *El espíritu de la liturgia* (2000). Retoma el título del famoso libro de Romano Guardini –uno de los pioneros del movimiento litúrgico– para hacer una revisión a fondo de la reforma llevada a cabo después del concilio. «Mi postura no es de oposición –había escrito unos años antes–. Por un lado es la defensa de los rasgos esenciales de la reforma contra la radicalización destructora; y, por otro, es una reflexión crítica sobre algunos aspectos. Siempre ha sido así. Una liturgia es un hecho vivo, [y] debe responder a cada momento de la historia. Pero luego se puede descubrir que esa respuesta era superficial, y que ha empeorado la liturgia»³⁸². De hecho alguien ha hablado de un nuevo inicio del movimiento litúrgico³⁸³. «Al igual que Guardini, tampoco yo pretendo ofrecer investigaciones o discusiones científicas, sino una ayuda a la comprensión de la fe y a su adecuada celebración en la liturgia, que es su forma de expresión central. Si el libro pudiese impulsar algo así como un ‘movimiento litúrgico’, un movimiento hacia la liturgia, que lleve a una celebración adecuada de esta, tanto interna como externamente, se colmaría con creces el deseo que me ha movido a realizar este trabajo»³⁸⁴.

La eucaristía –dirá allí– es el centro de la Iglesia y de las iglesias. «Una iglesia sin presencia eucarística está en cierto modo muerta, aunque invite a la oración. Sin embargo, una iglesia en la que arde sin cesar la lamparilla del sagrario, está siempre viva, es algo más que un simple edificio de piedra [...]. Para que la presencia del Señor nos toque de manera concreta, el tabernáculo tendrá que ocupar un lugar adecuado en la arquitectura de la iglesia»³⁸⁵. También hablará del arte cristiano, que encuentra su fundamento último en la doctrina de la encarnación y de nuestra condición de seres también materiales. «La ausencia total de imágenes no es compatible con la fe en la encarnación de Dios»³⁸⁶, afirma taxativamente. Por otra parte, el arte sagrado dirigido al culto debe tener un halo especial. «El arte no puede ‘producirse’ como se encargan y producen un aparato mecánico. Siempre es un don. La inspiración no es algo que se

³⁸⁰ *Informe sobre la fe*, 139

³⁸¹ *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 1999, 93

³⁸² *Ser cristiano en la era neopagana*, 185

³⁸³ Cfr *Per un nuovo inizio del movimento liturgico*, «Trentagiorni» 12 (2000) 48-54

³⁸⁴ *El espíritu de la liturgia*, 30

³⁸⁵ *El espíritu de la liturgia*, 113

³⁸⁶ *El espíritu de la liturgia*, 154

pueda disponer, hay que recibirla gratuitamente»³⁸⁷. Sin embargo, quiere también llegar a las últimas consecuencias de la doctrina católica sobre la realidad material. «La liturgia católica es la liturgia de la Palabra encarnada, encarnada hacia la resurrección. Y es, como habíamos visto, liturgia cósmica. Por tanto, es evidente que en ella no solo desempeñan un papel esencial el cuerpo humano y los signos del cosmos: también la materia de este mundo forma parte de ella»³⁸⁸. De forma que el hombre adora a Dios con su cuerpo y con su alma, sirviéndose de la materia. Todo nuestro ser sirve para alabar a Dios.

5. Cristo, de nuevo

El cristocentrismo (Cristo al centro) que apreciábamos en los escritos de Guardini y de otros autores del periodo de entreguerras, y que sirvió de columna vertebral a los textos del Concilio Vaticano II, seguirá apareciendo en los trabajos de Ratzinger de los últimos años. El motivo parece claro, dado el desarrollo actual del llamado ‘pluralismo religioso’. «Ratzinger lo ha comparado con la teología de la liberación de nuestros días, y la comparación es acertada. Ambos movimientos reflejan la ‘irrupción’ del Tercer Mundo en la conciencia católica»³⁸⁹ (con los necesarios matices que esta comparación conlleva). Nombres como Hick y Balasuriya, De Mello o Dupuis ocupan lugares importantes en las bibliotecas de teología³⁹⁰.

Tras la caída de las ideologías, existe el riesgo del nihilismo y el relativismo; a pesar de que las religiones corren a cubrir ese hueco. Pero también cabe aquí el riesgo de otro relativismo más sutil: el religioso. La presión de las demás religiones confirma a nuestro teólogo en la necesidad de anunciar a Cristo, evitando todo relativismo, toda ausencia de verdad: «el encuentro entre las religiones no puede darse con una renuncia a la verdad, sino con su profundización. El escepticismo no une, ni tampoco el pragmatismo. Estas dos posiciones lo único que hacen es abrir la puerta a las ideologías que, después, se presentan todavía más seguras de sí mismas»³⁹¹.

«Si es necesario buscar en el otro siempre lo positivo y si, por tanto, también el otro ha de ser para mí una ayuda en la búsqueda de la verdad, no puede ni debe faltar sin embargo el elemento crítico. La religión [no cristiana] custodia la preciosa perla de la verdad, pero al mismo tiempo la oculta, y está siempre bajo el riesgo de perder su propia naturaleza. La religión puede enfermar y convertirse en un fenómeno destructivo»³⁹². Como consecuencia de todo lo anterior, el diálogo debe ir siempre acompañado del anuncio de Cristo como salvador del mundo. «El diálogo [del cristianismo con otras religiones] no es una diversión sin un fin claro, sino que se dirige a la persuasión, al descubrimiento de la verdad, pues de otro modo carece de valor. [...] En este sentido, en el diálogo interreligioso debería darse lo que Nicolás de Cusa expresó como un deseo y una esperanza en su visión de la asamblea celestial: el diálogo entre las religiones debería convertirse siempre en la escucha del Verbo, que nos señala la unidad en medio de nuestras divisiones y contradicciones»³⁹³.

Ya en 1989 presentaba un resumen sobre la situación de la cristología en aquel entonces, titulado *Jesucristo, hoy*. En esa conferencia recordó que Cristo es hombre de verdad, pero que también es Dios: «la atención centrada en la humanidad de Cristo va

³⁸⁷ *El espíritu de la liturgia*, 157

³⁸⁸ *El espíritu de la liturgia*, 246

³⁸⁹ J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 235

³⁹⁰ Cfr J.L. ALLEN, *Cardinal Ratzinger*, 241-250

³⁹¹ *La Chiesa, Israele e le religioni del mondo*, 71

³⁹² *La Chiesa, Israele e le religioni del mondo*, 72

³⁹³ *La Chiesa, Israele e le religioni del mondo*, 73-74

haciendo desaparecer su divinidad, la unidad de la persona se disgrega y dominan las reconstrucciones de Jesús como puro hombre, que reflejan más las ideas de nuestro tiempo que la verdadera figura de Nuestro Señor»³⁹⁴. Se presenta aquí por el contrario a Jesucristo –el Hijo de Dios hecho hombre– como el único mediador y salvador de los hombres. «El que tenga sed, que venga: Jesús sigue siendo hoy la fuente inagotable de agua viva. Nos basta llegar y beber para que la frase siguiente valga también para nosotros: ‘Si alguien cree en mí, de su seno manarán ríos de agua viva’ (Jn 7,38). La vida, la verdadera vida, no puede simplemente ‘tomar’, recibir. Nos introduce en la dinámica del dar: en la dinámica de Cristo, que es la vida. Beber del agua viva de la roca significa aceptar el misterio salvador del agua y de la sangre. Es la antítesis radical a esa ansia que empuja hacia la droga. Es aceptar el amor, y es acceder a la verdad. Y eso es precisamente la vida»³⁹⁵.

¿Y por qué se cree en Jesús pero no en Cristo o en su Iglesia? Cristo sí, Iglesia no, dicen. «Digámoslo con claridad: el hombre de hoy no entiende ya la doctrina cristiana de la redención. No encuentra nada parecido en su propia experiencia vital. No puede imaginar nada detrás de términos como expiación, sustitución y satisfacción. Lo designado con la palabra Cristo (Mesías) no aparece en su vida y resulta una fórmula vacía. La confesión de Jesús como Cristo cae por tierra»³⁹⁶. Entonces triunfan las interpretaciones sobre Jesús de tipo sentimental, psicológico o puramente político. La consecuencia es clara: «La figura de Cristo debe presentarse en toda su altura y profundidad. No podemos conformarnos con un Jesús a la moda: por Jesucristo conocemos a Dios y por Dios conocemos a Jesucristo, y solo así nos conocemos a nosotros mismos y encontramos la respuesta sobre el sentido y la felicidad definitiva y permanente del ser humano»³⁹⁷.

En 1993 pronunció una conferencia en Hong Kong titulada *Cristo, la fe y el reto de las culturas*, ante los obispos responsables de las comisiones doctrinales de las conferencias episcopales asiáticas. «Mi intención es considerar el derecho y la capacidad de la fe cristiana para comunicarse a otras culturas, para asimilarlas y para difundirse en medio de ellas», decía Ratzinger. Habla entonces de que –al igual que las personas– toda verdadera cultura busca la verdad. Si se anula la verdad, todas las culturas (incluidas las cristianas) se sitúan en el mismo plano, y se cae en «el problema más grave de nuestros días»: el relativismo cultural. También el «dogma del relativismo» ha afectado a la misión y a los misioneros. El relativismo occidental podría aliarse peligrosamente con las religiones orientales no cristianas. Si renunciamos a Cristo como único salvador, «lo que queda después sería una selección de textos bíblicos, pero no la fe de la Biblia. [...] Sin esta opción fundamental [de anunciar a Cristo], no hay cristianismo»³⁹⁸.

Sin embargo, el problema de Cristo se encuentra también entre los cristianos. «La antítesis ‘Jesús sí, Iglesia no’ parece típica del pensamiento de una generación. [...] Pero detrás de esa difundida contraposición entre Jesús y la Iglesia late un problema cristológico. La verdadera antítesis que hemos de estudiar no se expresa con la fórmula ‘Jesús sí, Iglesia no’; sino que habría que decir ‘Jesús sí, Cristo no’, o ‘Jesús sí, Hijo de Dios no’. Asistimos a una verdadera ola de adhesión a Jesús en sus más diversas versiones: Jesús en el cine, Jesús en la ópera-rock, Jesús como bandera de opciones políticas... [...] Lo que atrae de él es lo humano; el reconocerlo como Hijo unigénito de

³⁹⁴ *Un canto nuevo para el Señor*, 19

³⁹⁵ *Un canto nuevo para el Señor*, 39

³⁹⁶ *Un canto nuevo para el Señor*, 43

³⁹⁷ *Un canto nuevo para el Señor*, 47-48

³⁹⁸ *Christ, Faith and Challenge of Cultures*, en www.ewtn.com

Dios parece alejarlo de nosotros, arrebatarlo hacia lo inaccesible e irreal y someterlo a la administración del poder eclesiástico. La separación entre Jesús y Cristo es, a la vez, separación entre Jesús e Iglesia: se deja a Cristo a cargo de la Iglesia; parece ser obra suya. Al relegarlo, se espera rescatar a Jesús y, con él, a una nueva forma de libertad, de ‘redención’³⁹⁹. En definitiva: Cristo sí, Hijo de Dios también. Por eso puede fundar su Iglesia, que requiere también otro ‘sí’.

De igual manera, en una conferencia pronunciada en Murcia (España) a finales de 2002, recordaba los respectivos actos de fe de Pedro y Pablo que han dado lugar a la declaración *Dominus Iesus* (2000). Allí recuerda que «Solo Él puede decir: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’; todos los demás nos pueden mostrar partes del camino, pero no son el camino. Pero sobre todo, [solo] en Jesucristo están unidos Dios y el hombre, el Infinito y lo finito, el Creador y la criatura. El hombre ha encontrado sitio en Dios. Solo Él mismo puede traspasar la distancia infinita entre el Creador y la criatura. Solamente Él que es hombre y es Dios, es el puente existencial entre el uno y el otro»⁴⁰⁰. Solo Él puede ser el mediador y redentor.

Ahora bien, surge entonces una duda, tal como oímos en todo momento en la actualidad. ¿No supone un acto de arrogancia creer que se posee la verdad, cuando tan solo se puede estar buscándola eternamente? Ratzinger da entonces la vuelta a la pregunta: «¿No es arrogancia decir que Dios no nos puede dar el regalo de la verdad? ¿No es despreciar a Dios decir que hemos nacido ciegos y que la verdad no es cosa nuestra?»⁴⁰¹. La misión y el anuncio de Cristo es una consecuencia inevitable, un gozoso privilegio, no exento de consecuencias. «El hablar de Jesús como salvador único y universal no supone de ninguna manera desprecio hacia las demás religiones, aunque sí se opone decididamente a la incapacidad de conocer la verdad y de admitir la cómoda estadística del dejar-todo-como-estaba»⁴⁰². El cristianismo tiene también un inevitable poder transformador: eleva y purifica todas las culturas, interpela a las demás religiones.

Esto trae consigo la necesaria coda eclesiológica. Como se recordará, cuando se publicó la declaración *Dominus Iesus*, se despertó una cierta polémica con algunas comunidades protestantes, por un presunto exclusivismo y el eclesiocentrismo que se arrogaba la Iglesia católica. «Es verdad que la Congregación de la Doctrina de la Fe ha sido censurada muchas veces con vehemencia por haber añadido a la defensa de la unicidad de Jesucristo una segunda parte eclesiológica. Han visto en esto un estorbo ecuménico, e incluso un ‘accidente de trabajo’. Pero el que habla de Jesucristo como salvador de todos, también para todos los tiempos, no puede ocultar que Cristo está –y cómo está– siempre presente y que no se ha detenido en el pasado. Y esta presencia cristológica se denomina Iglesia»⁴⁰³. Jesús sí, pero Cristo e Iglesia también, por tanto.

Como muestra del mensaje que quiere transmitir el prefecto, bien vale un gesto. Ratzinger no había querido participar en el encuentro interreligioso en Asís que Juan Pablo II había celebrado en 1986. Sin duda quería evitar equívocos. El Papa le pidió que asistiera en 2002, y el entonces prefecto aceptó⁴⁰⁴. Quiso sin embargo decir algo. Todos los allí presentes –recordaba– habían acudido a Asís en busca de la paz, tan solo unos meses después del atentado terrorista en Nueva York el 11 de septiembre de 2001. «Cristo es nuestra paz» (Ef 2,14), recordaba el Papa. Y sigue diciendo el prefecto: «Para entender bien el encuentro de Asís [de 1986], me parece importante considerar que no

³⁹⁹ *Un canto nuevo para el Señor*, 41

⁴⁰⁰ *La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, «Boletín UCAM», 1 especial (2003) 8

⁴⁰¹ *La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, 8

⁴⁰² *La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, 10

⁴⁰³ *La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, 10

⁴⁰⁴ Cfr A. TORNIELLI, *Ratzinger, custode della fede*, 198-199

se trató de una autorrepresentación de religiones intercambiables. No se trató de afirmar una igualdad de religiones, que no existe. Así fue más bien la expresión de un camino, de una búsqueda, de la peregrinación por la paz que va unida a la justicia»⁴⁰⁵.

Para ilustrar esto pone el ejemplo –de quién si no– del *poverello* de Asís, aunque con claras alusiones a los actuales conflictos de los occidentales con el terrorismo islámico. «También antes de su conversión Francisco era cristiano, así como lo eran sus paisanos. Y también estaba formado por cristianos el victorioso ejército de Perugia que lo arrojó a una mazmorra. Solamente entonces, cuando estaba derrotado, prisionero y sufría, comenzó a pensar el cristianismo de una manera nueva. Y solo después de esta experiencia le fue posible oír y comprender la voz del Crucificado que le habló en la pequeña iglesia en ruinas de san Damián [...]. Solo entonces conoció verdaderamente a Cristo y comprendió que tampoco las cruzadas eran el modo de defender los derechos de los cristianos en Tierra Santa [...]. De este hombre, Francisco, que respondió plenamente a la llamada de Cristo crucificado, sigue emanando el resplandor de una paz que convenció al sultán y que puede derribar todas las murallas. Si como cristianos emprendemos el camino hacia la paz, siguiendo el ejemplo de Francisco, no debemos temer perder nuestra identidad: es justamente entonces cuando la encontramos [...]. No, si nos dirigimos seriamente hacia la paz, entonces estaremos en la senda del Dios de la paz (Rom 15,32), cuyo rostro se ha hecho visible a los cristianos por la fe en Cristo»⁴⁰⁶. La conversión hacia Cristo nos ofrece ese camino hacia la paz.

La misión actual de los cristianos resulta pues clara, tal como relataba en una anécdota de 1978. «No hace mucho tiempo, recibí la visita de dos obispos sudamericanos, con quienes hablé tanto de proyectos sociales como de sus experiencias y fatigas personales. Me hablaron de la intensa campaña de propaganda desarrollada en aquel país tradicionalmente católico por las cien confesiones cristianas reformadas [allí presentes], que estaban cambiando el panorama religioso de aquella nación. La conversación derivó hacia una curiosa anécdota que ellos consideraban sintomática y que les llevó a hacer examen de conciencia sobre el rumbo que había tomado la Iglesia en Sudamérica desde finales del concilio. Me contaron que unos delegados de una aldea visitaron al obispo, para comunicarle que se habían pasado a una comunidad evangélica. Aprovecharon la ocasión para agradecerle todos sus esfuerzos sociales, todas esas cosas tan bonitas que habían hecho por ellos en todos esos años y que sabían apreciar. ‘Pero además necesitamos –añadieron– una religión, y por eso nos hemos hecho protestantes’»⁴⁰⁷. Necesitaban también que les anunciaran a Cristo crucificado y resucitado.

⁴⁰⁵ *El esplendor de la paz de Francisco*, «30 días» 1 (2002) 10

⁴⁰⁶ *El esplendor de la paz de Francisco*, 11-12

⁴⁰⁷ *Teoría de los principios teológicos*, 157

¡BEEE-NE-DIC-TO!

Un oso en Roma: así se veía Ratzinger a sí mismo. Lo contaba al describir una de las figuras de su escudo episcopal: un oso con la lengua fuera, que lleva un fardo sobre sus espaldas. «De la leyenda de san Corbiniano, fundador de la diócesis de Frisinga, tomé la figura del oso. Un oso –cuenta esta historia– había despedazado el caballo del santo en su viaje a Roma. Corbiniano lo reprendió severamente por tamaña fechoría y, como castigo, lo cargó con el fardo que hasta entonces había llevado a lomos del caballo. Así, el oso tuvo que llevar el fardo hasta Roma, y solo allí lo dejó el santo en libertad. [...] Si el oso se quedó en el Abruzzo o volvió a los Alpes, no le interesa a la leyenda. Mientras tanto, he llevado mi equipaje a Roma y, desde hace ya varios años, camino con mi carga por las calles de la Ciudad Eterna. Cuándo seré puesto en libertad no lo sé, pero sí sé que a mí también me sirve aquello de: ‘Me he convertido en un animal de carga y, precisamente así, estoy contigo’ [Sal 72 (73),22-23]».

Parece ser que este viejo oso va a morir en Roma. Llevará hasta el final esa carga que Dios le ha encomendado. ¿Un alemán en Roma?, se habrá preguntado más de un alemán. ¡Un papa alemán! La idea parece un tanto disparatada. Si recordamos las viejas batallas entre bárbaros y romanos (que ya sabemos cómo acabaron) o las diatribas antipapales de Lutero o los conflictos de algunos teólogos germánicos con la sede romana, esto nos debe de poner sobre la pista sobre el hecho revolucionario que supone esta elección hecha por los cardenales, con la inestimable ayuda del Espíritu santo. Un periódico alemán no muy católico ponía en la portada, a grandes titulares: *Wir sind Papst!*: ‘somos papa’, expresión un tanto extraña en boca de un alemán. Y enseguida los jóvenes se han inventado un grito con este nombre tan difícil de corear: ¡Beee-ne-dic-to!

Con Juan Pablo II, el entonces cardenal Ratzinger afrontó grandes empresas. A pesar de ser muy distintos de carácter, han conseguido una gran sintonía intelectual, han trabajado juntos durante todo este tiempo y todo hace pensar que Benedicto XVI es la persona más indicada para ultimar las tareas pendientes que ha dejado *il nostro grande papa Giovanni Paolo II*, tal como dijo el nuevo pontífice en sus primerísimas palabras. Va a ser un digno ‘Juan Pablo III’, también con su propia personalidad y aprovechando al máximo sus propias dotes personales. Tal vez no sea el papa viajero y deportista, el ‘atleta de Dios’, que tan pronto se va a esquiar como lo vemos remando en una piragua. Pero aprovechará toda su experiencia intelectual en la universidad alemana, y después su experiencia pastoral como arzobispo de la diócesis de Múnich y Frisinga.

El profesor alemán era también un experto en ecumenismo y un buen conocedor de los problemas existentes para que se alcance la unidad entre los cristianos. Cuenta entre sus amigos personales a algunos patriarcas ortodoxos y a no pocos pastores y obispos luteranos. Conoce de cerca el drama de la división de la Iglesia, y sus consecuencias en un mundo que está lejos de Dios y que además tiene algún que otro problema. Pero además no ha tenido miedo a enfrentarse con los grandes retos de la actualidad: la teología de la liberación y el papel de las religiones no cristianas, el papel de la mujer en la Iglesia (mayor del que dicen algunos) y la atención a las personas homosexuales (mejor del que se imaginan otros), la defensa de la vida y la intervención de los católicos en la vida pública, el catecismo del Vaticano II y la reivindicación de Jesucristo como único salvador del mundo. Cree firmemente que los problemas se resuelven con soluciones, no con supresiones. Pero también nos toca a nosotros resolver estos problemas.

Benedicto XVI ha hablado ya claro y ha anunciado que la gran solución es Cristo. En esto se parece mucho a Juan Pablo II –el papa que nos quitó el miedo–, tal como se

vio en la primera homilía de su pontificado. Recordaba el famoso «¡no tengáis miedo!» de Wojtila. «¿Acaso no tenemos todos de alguna manera miedo si dejamos entrar a Cristo en nosotros, si nos abrimos del todo a él; miedo a que pueda quitarnos algo de nuestras vidas? ¿Acaso no tenemos miedo a renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? [...] ¡No! –protestaba–: quien deja entrar a Cristo no pierde nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Solo con esa amistad se abren las puertas a la vida. [...] Solo con esa amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, yo quisiera deciros hoy a vosotros, queridos jóvenes, con gran fuerza y convicción, a partir de mi propia experiencia personal: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid de par en par las puertas de Cristo y encontraréis la verdadera vida»⁴⁰⁸.

El papa cuenta con nosotros. Quizá uno de los rasgos comunes entre Wojtila y Ratzinger sea su condición de pastores convencidos. Benedicto XVI hará todo lo necesario para el bien de todos los fieles y de todo el mundo. Será un papa distinto pero querido. Su aspecto no es el del jovial y pletórico Wojtila. El oso bávaro tiene más bien una apariencia de oseznó. Con su débil vocecilla, no parece demasiado peligroso. Sin embargo ha demostrado una fiereza extrema cuando lo ha requerido la ocasión, es decir, cuando la verdad y los derechos de Dios estaban en juego. Veremos ahora a este nuevo papa deambular con su fardo por las calles de Roma, como el oso de san Corbiniano. Lleva una carga muy pesada. Recemos por él y procuremos –por nuestra parte– que ese peso sea el menor posible. Este es el mejor modo de corear su nombre. Que por nosotros no quede. Tal vez Juan Pablo II le eche una mano con ese peso.

⁴⁰⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía de la ceremonia del inicio del pontificado* (24.4.2005)

CRONOLOGÍA*

- 1918** 8 noviembre: se proclama la República socialista de Baviera.
11 noviembre: fin de la I Guerra Mundial.
Romano Guardini publica *El espíritu de la liturgia*.
- 1919** 14 agosto: una nueva Constitución establece en Baviera una monarquía favorable a la democracia, con parlamento propio.
Karl Barth publica su *Comentario a la Epístola a los Romanos*.
- 1923** Adolf Hitler da en Múnich el *Putsch*, el fallido «golpe de estado de la cervecería».
El año anterior Romano Guardini había publicado *El sentido de la Iglesia*; mientras que este mismo año de 1923 Martin Buber publica *Yo y tú* y Max Scheler, *De lo eterno en el hombre*. Al año siguiente, Gertrude von Le Fort publica los *Himnos a la Iglesia*.

BAVIERA (1927-1939)

- 1927** Martin Heidegger publica *Ser y tiempo*.
16 abril: Joseph Aloysius Ratzinger nace en Marktl, un pequeño pueblo bávaro junto al río Inn.
- 1928** Karl Adam publica *La esencia del catolicismo*.
La familia Ratzinger se traslada a Tittmoning, junto al río Salzach.
- 1931** Los obispos bávaros publican en febrero una instrucción para el clero donde manifiestan su oposición al régimen nazi.
- 1932** Los Ratzinger se trasladan a Aschau, de nuevo junto al Inn.
- 1933** 30 enero: Hindenburg confía a Hitler el cargo de canciller del III Reich.
20 julio: a pesar de que los obispos se mostraron en marzo favorables al gobierno de Hitler, publican en verano un documento en contra.
3 noviembre: Hitler gana las elecciones en Alemania.
- 1934** 30 junio: En la Noche de los Cuchillos Largos, Hitler elimina a los disidentes de su política.
Se firma una declaración en Barmen, por la que Karl Barth y otros teólogos protestante se oponen al nazismo.
- 1935** Joseph Ratzinger ingresa como monaguillo en la parroquia de Aschau.
- 1937** Pío XI publica la encíclica *Mit brennender Sorge*, en la que condena las teorías hitlerianas.
Romano Guardini publica *El Señor*.
En abril, los Ratzinger se trasladan a Traunstein, después de que el cabeza de familia se jubile.
- 1938** 9 febrero: tiene lugar la *Kristallnacht*, en la que las juventudes hitlerianas rompen los cristales de los comercios judíos.
En marzo tiene lugar la *Anschluss*, la anexión de Austria al Tercer Reich; en octubre, la de Checoslovaquia.
Henri de Lubac publica *Catolicismo*.

* En las publicaciones, solo he citado los libros; para los artículos, puede consultarse la bibliografía. Además de las biografías citadas, me han sido también muy útiles S.O. HORN, *Il cardinale Ratzinger e i suoi studenti*, en J. CLEMENS – A. TARZIA (eds.), *Alla ricerca della verità: i settanta anni di Joseph Ratzinger*, 9-26; F.X. KRONBERGER, *Kronik der Erzdiözese München und Freising für die Jahre 1945-1995*, München 1997, 69-75; D.C. LARGE, *Hitlers München. Aufstieg und Fall der Hauptstadt der Bewegung*, C.H. Beck, München 1998.

II GUERRA MUNDIAL (1939-1945)

- 1939** 2 marzo: comienza el pontificado de Pío XII.
En Pascua, Joseph Ratzinger ingresa en el seminario menor de Traunstein.
3 septiembre: tras la ocupación de Polonia por parte de Alemania, estalla la II Guerra Mundial.
- 1940** Hitler ocupa Dinamarca, Noruega, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo.
- 1941** Rudolf Bultmann publica *Nuevo Testamento y mitología*, y Karl Rahner, *Oyente de la palabra*.
Por la movilización producida por la guerra, Georg y Joseph Ratzinger dejan el seminario y vuelven durante un tiempo a la casa paterna. Después serán enviados a diferentes destinos militares.
- 1943** 29 junio: Pío XII publica la encíclica *Mystici Corporis*, sobre la renovación de la eclesiología
30 septiembre: Pío XII publica la encíclica *Divino afflante Spiritu* sobre los estudios bíblicos y su renovación.
En Múnich tiene lugar la resistencia estudiantil de 'La rosa blanca', contra el régimen de Hitler.
Durante dos años, Joseph hace el servicio militar en los antiaéreos de Múnich, Unterföhring, Innsbruck y Gilching, en el norte de Ammersee.
- 1944** Henri de Lubac publica *Corpus Mysticum*, un ensayo histórico sobre la eclesiología eucarística..
10 septiembre: es liberado del servicio en la batería antiaérea de Gilching.
20 septiembre: recibe un nuevo destino para hacer el servicio laboral en Burgenland (Austria).
20 noviembre: Joseph vuelve a casa, en Traunstein. Después de tres semanas, es destinado al cuartel de infantería de Traunstein, de donde desertará.

MÚNICH Y FRISINGA (1945-1959)

- 1945** 8 mayo: Alemania se rinde ante los aliados, al tener ocupadas dos terceras partes de su territorio.
El joven Ratzinger es internado en el campo de concentración de Bad Aibling, de donde es liberado el 19 de junio. Vuelve al seminario de Frisinga después de Navidades.
19 septiembre: Estados Unidos impone un gobierno militar en Baviera.
20 noviembre: comienza el juicio de Nürenberg.
- 1946** 1 diciembre: se proclama la III Constitución de Baviera, y se constituye como Estado libre.
- 1947** 5 junio: comienza el Plan Marshall en toda Alemania, propuesto por los Estados Unidos.
20 noviembre: Pío XII publica la encíclica *Mediator Dei* sobre la liturgia y el movimiento litúrgico.
Tras finalizar el bienio filosófico y durante tres años, el seminarista Joseph realiza sus estudios de teología en el *Georgianum*, un instituto teológico asociado a la Universidad de Múnich.
- 1948** Se crea en Ginebra el Consejo Ecuménico de las Iglesias.
Romano Guardini explica filosofía de la religión y cosmovisión católica en la Universidad de Múnich.
Ratzinger lee *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma* de Henri de Lubac.
- 1949** Alemania se divide en la República Federal Alemana y en la República Democrática Alemana.
En la Federal Adenauer gobernará hasta 1963.
- 1950** 10 agosto: Pío XII publica la encíclica *Humani Generis*, donde se condenan algunas desviaciones de la teología.
Joseph Ratzinger termina sus estudios de teología en verano y se prepara para recibir el sacerdocio, a la vez que elabora su primer trabajo sobre san Agustín. En octubre, recibe el subdiaconado y el diaconado.

- 1951** 29 junio: Joseph es ordenado sacerdote por el cardenal Faulhaber, en la catedral de Frisinga, y recibe el cargo de coadjutor de la parroquia de la Preciosísima Sangre de Múnich. Un día antes su trabajo sobre la eclesiología de san Agustín había sido premiado por la facultad de teología; este le servirá de base para preparar el examen de doctorado. Ocho días después celebra su primera misa en la parroquia de san Osvalto, en Traunstein.
- 1952** Hans Urs von Balthasar publica *Abatir los bastiones*.
En octubre, el joven sacerdote recibe el encargo de impartir un curso sobre pastoral de los sacramentos en el seminario de Frisinga, a la vez que trabaja en su tesis de teología.
- 1953** En julio obtiene el título de doctor en teología con un examen y un debate en ocho disciplinas teológicas.
Publicaciones: *Pueblo y casa de Dios en san Agustín*.
- 1954** Se instala con su familia en Frisinga, donde imparte clases de teología dogmática.
- 1956** Se publica el *Catecismo alemán*.
En Pascua, Joseph Ratzinger conoce a Karl Rahner.
En verano le ofrecen la cátedra de teología fundamental de la facultad de teología católica de la universidad de Maguncia.
- 1957** 21 febrero: defiende su tesis de habilitación para la docencia sobre la teología de la historia en san Buenaventura, y obtiene la habilitación como libre docente por la Universidad de Múnich.
Durante un congreso en Innsbruck, conoce a Hans Küng, con quien establecerá una buena relación personal e intelectual.
- 1958** 1 enero: es nombrado profesor de teología fundamental y dogmática del seminario de Frisinga.
En verano le ofrecen la cátedra de teología fundamental de la universidad de Bonn.
28 octubre: Angelo Giuseppe Roncalli es elegido Sumo Pontífice con el nombre de Juan XXIII.

BONN (1959-1963)

- 1959** 25 enero: Juan XXIII anuncia un nuevo concilio ecuménico.
15 de abril: tras obtener la cátedra de teología fundamental, Ratzinger comienza a impartir clases en la Universidad de Bonn. Allí conoce a Damaskinos Papandréou, futuro metropolitano ortodoxo en Suiza.
17 mayo: comienza la fase preparatoria del concilio.
25 agosto: muere Joseph, su padre.
Publicaciones: *La teología de la historia en san Buenaventura*.
- 1960** 14 marzo: Juan XXIII erige el Secretariado para la Unidad de los Cristianos.
Tiene lugar en Múnich el XXXVII Congreso Eucarístico Internacional.
Publicaciones: *La fraternidad cristiana, El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*.
- 1961** 13 agosto: se empieza a construir el Muro de Berlín.
Publicaciones: Con K. RAHNER, *Episcopado y primado*.
- 1962** En junio termina la fase preparatoria del concilio.
11 octubre-8 diciembre: primera etapa de sesiones del concilio Vaticano II, donde acude Ratzinger como asesor del cardenal Frings.
25 octubre: junto con Karl Rahner, el joven teólogo presenta un esquema sobre la revelación, que será rechazado por los padres conciliares.

MÜNSTER (1963-1966)

- 1963** 22 enero: Adenauer y De Gaulle firman el Tratado de Cooperación germano-francés.

3 junio: muere Juan XXIII y se suspende el concilio.
 21 junio: comienza el pontificado de Giovanni Battista Montini, elegido con el nombre de Pablo VI. Al día siguiente se confirma que el concilio sigue adelante.
 29 septiembre-4 diciembre: tiene lugar el segundo periodo de sesiones, en el que el profesor Ratzinger recibe el nombramiento de perito.
 En octubre, Adenauer se retira de la vida política, y le sucederá Ludwig Erhard, padre del 'milagro alemán'.
 4 diciembre: se promulga la constitución dogmática *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia.
 Ratzinger obtiene la cátedra de teología dogmática en Münster y comienza sus clases en verano.
 8 noviembre: el cardenal Frings critica los métodos del Santo Oficio en el aula conciliar.
 16 diciembre: muere su madre de cáncer de estómago.
 Publicaciones: *El primer periodo de sesiones del Concilio Vaticano II. Una visión retrospectiva.*

1964 14 septiembre-21 noviembre: tercera sesión del concilio Vaticano II, donde acude como perito nombrado por Pablo VI; el último día se proclama la constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia.
 Jurgen Moltmann publica *Teología de la esperanza*.
 El joven Ratzinger colabora en la redacción de la constitución dogmática *Lumen gentium* y del decreto *Ad gentes* sobre la dimensión misionera de la Iglesia.
 Publicaciones: *El Concilio en marcha. Revisión del segundo periodo de sesiones, La situación actual de los trabajos del Concilio Vaticano II.*

1965 14 septiembre-8 diciembre: tiene lugar la cuarta etapa del concilio Vaticano II; en esta se promulga la constitución dogmática *Dei Verbum* sobre la revelación (18 noviembre) y la constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la misión de la Iglesia en el mundo. El 7 diciembre: con el decreto *Integrae servandae*, Pablo VI cambia el nombre al Santo Oficio por el de Congregación de la Doctrina de la Fe (CDF) y anuncia la Comisión Teológica Internacional (CTI).
 Sale el primer número de la revista *Concilium*, de la que Ratzinger será uno de sus fundadores.
 Publicaciones: *Resultados y problemas del tercer periodo del Concilio*; con K. RAHNER, *Revelación y Tradición*; *Problemas del cuarto periodo del Concilio.*

TUBINGA (1966-1969)

1966 Publicación del *Catecismo holandés*.
 Balthasar publica *Cordula o la seriedad de las cosas*, donde se publican algunos errores sobre el primer posconcilio.
 En verano Ratzinger empieza a explicar teología dogmática en Tubinga. Comienza un momento de reflexión para el famoso teólogo. En el *Katholikentag* de Bamberg, Ratzinger sorprende a los presentes con los rasgos 'conservadores' de su intervención.
 Publicaciones: *El problema de la historia de los dogmas en la perspectiva de la teología católica, El fundamento sacramental de la existencia cristiana, Sentido del ser cristiano, Problemas y resultados del concilio Vaticano II.*

1967 Ratzinger obtiene la cátedra de teología dogmática en Ratisbona.
 En febrero Ratzinger realiza un viaje a Basilea con algunos alumnos, donde se encuentran con Karl Barth y Hans Urs von Balthasar.
 Publicaciones: *La Iglesia en nuestros días, Ser cristiano.*

1968 En febrero Ratzinger realiza un viaje con sus alumnos en el que visitan a Yves Congar en Estrasburgo y a Henrich Schlier en Ergesheim.
 29 julio: el mismo año en que publica el *Credo del Pueblo de Dios*, Pablo VI publica la *Humanae vitae*, produciéndose después una gran reacción en contra en la Iglesia occidental.
 2 octubre: muere Romano Guardini en Múnich.
 Joseph Ratzinger vive los sucesos del 68 en la universidad de Tubinga, a la vez que suscribe la Declaración de Nimega, firmada por 1360 teólogos y dirigida al ex-Santo Oficio, en la que se pide un mayor pluralismo religioso.
 Hans Urs von Balthasar publica *Cordula*, donde critica las desviaciones posconciliares a la misma doctrina del Concilio.

Publicaciones: *Introducción al cristianismo*.

RATISBONA (1969-1977)

- 1969** Los socialdemócratas aliados con los liberales llegan al poder en la República Federal Alemana, en la que gobernarán hasta 1982.
28 abril: se crea la CTI, de la que Joseph Ratzinger es nombrado miembro, a la vez que decano y vicerrector en la universidad de Ratisbona y asesor de los obispos alemanes.
Tienen lugar las primeras conversaciones que darán lugar a la revista *Communio*.
Publicaciones: *Meditaciones sobre la Semana Santa*, *El nuevo Pueblo de Dios*. *Esquemas para una eclesiología*, *Hacia el sínodo de los obispos*.
- 1970** En febrero Ratzinger con sus alumnos mantiene un encuentro con el exegeta Engelbert Neuhausler en Tetenweis, un monasterio de la Baja Baviera.
Entra en vigor la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II y Pablo VI publica un nuevo misal.
Concilium organiza un congreso en Bruselas, donde se contesta abiertamente la autoridad del papa y los obispos.
Durante los siguientes nueve años, Joseph Ratzinger imparte lecciones de teología dogmática en una serie de cursos de verano junto al lago Costanza.
19 noviembre: Ratzinger celebra, en la iglesia de santa Inés en Bonn, el funeral por su maestro Gottlieb Söhngen, recientemente fallecido.
Publicaciones: Con H. MAIER, *¿Democracia en la Iglesia? Posibilidades, límites y riesgos, Fe y futuro*; con el cardenal J. HÖFFNER, *La situación de la Iglesia hoy. Esperanzas y riesgos; La unidad de las naciones: aportaciones para una teología política*.
- 1971** Gustavo Gutiérrez publica *La teología de la liberación*.
Publicaciones: Con H. U. V. BALTHASAR, *¿Por qué soy cristiano? ¿Por qué permanezco todavía en la Iglesia?*, *Teología e historia. Notas sobre el dinamismo histórico de la fe*.
- 1972** *Communio* publica su primer número.
Publicaciones: *El Dios de Jesucristo. Meditaciones sobre Dios uno y trino*.
- 1973** En junio Karl Rahner dimite de la CTI.
Publicaciones: *La Palabra en la Iglesia (t.o.: Dogma und Verkündigung)*, *La esperanza del grano de mostaza*.
- 1974** Hans Küng publica *Ser cristiano*.
- 1975** En julio tiene lugar un encuentro de Ratzinger con Wolfgang Pannenberg en Strahfeld, en el Alto Palatinado, para hablar de cristología.
Publicaciones: Con H.U. V. BALTHASAR Y H. SCHÜRMANN, *Principios de moral cristiana. Compendio*; con U. HOMMES, *La salvación del hombre*.
- 1976** 26 junio: muere Martin Heidegger; fallece también este mismo año su amigo Rudolf Bultmann.
En julio tiene lugar un encuentro de Ratzinger con Walter Kasper en Windberg.
24 julio: muere repentinamente el cardenal Julius Döpfner, arzobispo de Múnich.
15 octubre: la CDF publica la *Inter insigniores* sobre la ordenación de las mujeres.

MÚNICH (1977-1982)

- 1977** En febrero Ratzinger se reúne con Karl Rahner en Weltenburg.
28 mayo: Joseph Ratzinger es consagrado obispo de Múnich y Frisinga.
12 junio: el nuevo obispo celebra una Misa en el aniversario de la muerte del cardenal Faulhaber.
27 junio: es nombrado cardenal, con el título de santa María Consoladora, en el barrio Tiburtino de Roma.
12 junio: el nuevo obispo celebra una Misa en el aniversario de la muerte del cardenal Faulhaber.

30 septiembre-29 octubre: tiene lugar el sínodo de obispos sobre la catequesis, donde Ratzinger coincide con Karol Wojtyła. Los obispos alemanes aprovecha esta ocasión para hacer una visita *ad limina* a Pablo VI.

Publicaciones: *Liberación, ¿algo más que una palabra?*, *Escatología*; Con K. LEHMANN, *Vivir con la Iglesia*; *Hija de Sión. La devoción de María en la Iglesia*.

1978 25-26 agosto: participa en el cónclave en el que será elegido Juan Pablo I; allí coincidirá con Karol Wojtyła.

15 mayo: el cardenal Ratzinger pide oraciones para vencer el terrorismo.

23 septiembre: una delegación polaca –con Karol Wojtyła a la cabeza– visita la diócesis de Múnich y Frisinga.

16 octubre: Karol Wojtyła es elegido Sumo Pontífice con el título de Juan Pablo II.

Publicaciones: *Eucaristía. En el centro de la Iglesia, El rostro de Dios*.

1979 14 marzo: Ratzinger pronuncia en Salzburgo la conferencia titulada *Consecuencias de la doctrina de la creación*.

17 junio: Karl Rahner recibe un homenaje de la ciudad de Múnich.

17 octubre: tiene lugar en Frisinga el *Katholikentag*.

18 diciembre: Hans Küng recibe la prohibición de enseñar teología católica.

El arzobispo Ratzinger rechaza a Johann Baptist Metz como profesor de teología en la universidad de Múnich.

Publicaciones: *'Creo' Estructura de lo cristiano, Colaboradores de la verdad. Reflexiones para cada día del año, Sobre el concepto de los sacramentos*.

1980 13 enero: el cardenal Ratzinger celebra una misa en Ratisbona, con motivo del séptimo centenario de la muerte de san Alberto Magno, antiguo obispo de la ciudad.

22 enero: tiene lugar un encuentro ecuménico en la diócesis de Frisinga.

29 junio: Ratzinger pronuncia una conferencia en la iglesia de santa Ana, en Augsburg, con motivo de los 450 años de la *Confessio agustana*.

29 septiembre-19 noviembre: tiene lugar en Roma el sínodo de obispos sobre «La misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo», del que Ratzinger es nombrado relator.

15-19 noviembre: visita de Juan Pablo II a Alemania, donde coincide con el cardenal Ratzinger en Múnich y Altötting. El último día se reúnen con el papa seiscientos mil jóvenes en la Hauptbahnhof.

Publicaciones: *Consecuencias de la doctrina de la Creación*, Con H. U. V. BALTHASAR, *María, Iglesia naciente*; Con HERMANN VOLK, *¿Qué es la teología?*

1981 En marzo comienza en la catedral de Frauenkirche una serie de homilias sobre la creación.

29 marzo: Josef Pieper recibe el Premio Romano Guardini, en la Academia católica de Baviera.

6 mayo: inician los trabajos de una comisión ecuménica.

15 octubre: Juan Pablo II llama a Roma al cardenal Ratzinger.

25 noviembre: el cardenal Ratzinger es nombrado prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y presidente de la Comisión Teológica Internacional.

Publicaciones: *Fe cristiana y Europa. Doce homilias, La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica, Fe, renovación, esperanza. Reflexiones teológicas sobre el hoy, Situación de la Iglesia mirada desde dentro. Meditaciones de un teólogo*.

ROMA (1982-)

1982 Se firma del Documento de Múnich, primer acuerdo común –no oficial– entre católicos y ortodoxos después de cinco siglos.

15 febrero: termina el servicio del arzobispo Ratzinger en la archidiócesis de Múnich y Frisinga, y el nuevo prefecto se establece en Roma.

27 marzo: la CDF publica la *Carta y observaciones sobre el «Informe final del ARCIC»* sobre la situación del diálogo entre anglicanos y católicos..

7 septiembre: Ratzinger mantiene una larga conversación con Leonardo Boff.

17 septiembre: Helmut Kohl gana las elecciones al *Bundestag*.

En octubre la CTI publica *Teología, cristología, antropología*.

Publicaciones: Con H. SCHLIER, *Elogio a la Nochebuena, Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental, Cuestiones de actualidad y fe cristiana. Ocho homilias en un año muniqúes*.

- 1983** La democracia cristiana vuelve a gobernar en la República Federal Alemana.
En cuaresma el cardenal Ratzinger predica unos ejercicios espirituales al Papa y a la Curia romana.
6 agosto: la CDF publica una *Carta sobre algunas cuestiones relacionadas con el ministro de la Eucaristía*.
29 septiembre-29 octubre: el prefecto es nombrado presidente de la VI asamblea sinodal sobre «Reconciliación y penitencia en la misión de la Iglesia».
26 noviembre: la CDF emite una prohibición a los católicos de formar parte de la masonería.
2 diciembre: la CDF ofrece una traducción de *carnis resurrectionem* del símbolo apostólico.
Publicaciones: Con D.J. PYAN, G. DANEELS, F. MACHARSKI, *La crisis de la catequesis y su solución*.
- 1984** La PCB publica *Biblia y cristología*.
En febrero pronuncia en Estados Unidos sendas conferencias tituladas «Obispos, teólogos y moral» y «Disenso y proporcionalismo en teología moral».
30 marzo: muere Karl Rahner.
14 mayo: Leonardo Boff recibe una carta del nuevo prefecto.
13 junio: la CDF dirige una carta a Edward Schillebeeckx por su libro *El ministerio en la Iglesia*.
6 agosto: la CDF publica la *Instrucción sobre algunos aspectos de la teología de la liberación*.
6 octubre: la CTI publica *Dignidad y derechos de la persona humana*.
26 noviembre: Leonardo Boff recibe una advertencia de la CDF.
2 diciembre: Juan Pablo II publica la carta apostólica *Reconciliación y penitencia*.
Publicaciones: *Democracia, pluralismo, cristianismo; Frente al Crucificado*.
- 1985** 2 febrero: tiene lugar en la Academia católica de Baviera, en Múnich, un homenaje a Romano Guardini, con motivo del centenario de su nacimiento, en el que Ratzinger participa con una comunicación.
11 marzo: la CDF emite una notificación sobre el libro de Leonardo Boff: *Iglesia, carisma y poder*.
15 mayo: Boff recibe una segunda carta de Ratzinger.
19 septiembre: la CDF juzga las afirmaciones teológicas de Charles Curran.
7 octubre: la CTI publica *Temas escogidos de eclesiología*.
24 noviembre-8 diciembre: sínodo extraordinario de obispos sobre la aplicación del Concilio Vaticano II, en su vigésimo aniversario, y donde se pide la redacción de un catecismo para toda la Iglesia.
Publicaciones: *El camino pascual; Buscad lo que viene de arriba. Meditaciones a lo largo del año, Informe sobre la fe, Creación y pecado*.
- 1986** 20-21 marzo: la CDF emite un dictamen sobre el libro *Carisma y poder* de Leonardo Boff.
22 marzo: la CDF publica *Instrucción sobre la libertad y la liberación cristiana*.
31 mayo: la CTI publica *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo*.
10 julio: se constituye la comisión que elaborará el *Catecismo de la Iglesia católica*.
25 julio: la CDF retira a Charles Curran el permiso para enseñar teología católica.
15 septiembre: la CDF emite un dictamen sobre el libro de Schillebeeckx: *Para una Iglesia de rostro humano*.
23 septiembre: Edward Schillebeeckx recibe una advertencia de la CDF por dos de sus libros.
26 octubre: Juan Pablo II comienza a celebrar el encuentro interreligioso para pedir por la paz en Asís, al que no asiste Ratzinger.
Comienza la redacción del *Catecismo de la Iglesia Católica*, por parte de un grupo de cardenales, obispos y teólogos.
Publicaciones: *Iglesia Comunicadora de Vida, La devoción al Corazón de Jesús, Política y salvación. Sobre la razón de la fe*.

- 1987** 22 febrero: la CDF emite el documento *Donum vitae* sobre el respeto a la vida.
 16 abril: tiene lugar en Roma un homenaje por el sesenta cumpleaños del cardenal, en el que participan Juan Pablo II y setecientos peregrinos venidos de Baviera. Recibirá más adelante el doctorado *honoris causa* por la Eichstätt-Universität y la medalla de oro de la Constitución bávara.
 27 mayo: tiene lugar en la facultad de teología católica de la universidad de Ratisbona un homenaje académico por los sesenta años de su antiguo profesor.
 30 diciembre: Juan Pablo II publica la encíclica *Sollicitudo rei socialis*.
 Publicaciones: *Iglesia, ecumenismo y política*.
- 1988** 11-13 abril: Ratzinger mantiene una serie de conversaciones con Marcel Lefèbvre para evitar el cisma.
 15 abril: la PCB publica *Unidad y diversidad en la Iglesia*.
 5 mayo: *Protocolo de acuerdo* entre el Vaticano y Mons. Lefèbvre, del que se retirará un día después el obispo disidente.
 26 junio: muere Hans Urs von Balthasar; su amigo Ratzinger celebra el funeral.
 30 junio: Lefèbvre ordena cuatro obispos sin el permiso de la Santa Sede, con lo que provoca un cisma.
 8 octubre: la CTI publica *Fe e inculturación*.
 16 octubre: Juan Pablo II publica la encíclica *Mulieris dignitatem*.
 18 noviembre: la CDF emite unas observaciones sobre el documento de ARCIC II: *La salvación y la Iglesia*.
 Publicaciones: *Servidor de vuestra alegría. Reflexiones sobre la espiritualidad sacerdotal*.
- 1989** 25 enero: 163 teólogos firman la Declaración de Colonia por las supuestas intromisiones de la CDF en su trabajo.
 30 enero-1 febrero: Sesión plenaria sobre el ecumenismo entre la CDF y el Consejo para la Unidad de los cristianos.
 25 febrero: la CDF propone la fórmula de la profesión de fe y del juramento de fidelidad, que deberán hacer los obispos, los párrocos y los profesores de instituciones católicas.
 19 septiembre: el Papa pide una profesión de fe a todos los que actúen públicamente en nombre de la Iglesia.
 En octubre la CTI publica *La interpretación de los dogmas*.
 15 octubre: la CDF publica la carta *Orationis formas* sobre algunos aspectos de la meditación cristiana.
 4 noviembre: el proyecto del catecismo se remite a los episcopados.
 9 noviembre: cae el Muro de Berlín.
 El cardenal Ratzinger recibe en ese año el título de la Orden de Karl Valentin, de la Orden de Minerva de la Università d'Anunzio y el premio Augustin Bea.
 Publicaciones: *Mirar a Cristo. Ejercicios de fe, esperanza y amor*; Con DAMASKINOS, *La herencia cristiana de Europa*.
- 1990** 6 enero: Juan Pablo II publica *Ex corde Ecclesiae* sobre la educación católica.
 24 mayo: la CDF publica un documento sobre *La vocación eclesial del teólogo*.
 3 octubre: se produce la reunificación de las dos Alemanias, anteriormente separadas por el Telón de Acero.
 11 diciembre: Ratzinger hace un elogio del cardenal Ottaviani, su predecesor en el entonces Santo Oficio.
- 1991** 1 mayo: Juan Pablo II publica la encíclica *Centessimus annus*.
 En septiembre el prefecto sufre una hemorragia cerebral.
 24 septiembre: la CDF emite un documento sobre la atención pastoral a personas homosexuales.
 En noviembre muere su hermana Maria, cuando visitaba la tumba de sus padres.
 Muere Henri de Lubac.
 El prefecto recibe el premio Leopold-Kunschack.
- 1992** En marzo Ratzinger asiste a una reunión con los obispos de Asia, donde pronuncia una conferencia sobre Cristo, la fe y las culturas.

- 28 mayo: la CDF publica *Algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión*.
- 7 noviembre: Ratzinger ingresa en la Academia francesa de ciencias morales y políticas.
- 8 diciembre: presentación del *Catecismo de la Iglesia católica*, que había sido aprobado ya antes entre los obispos por unanimidad el 8 de febrero.
- El cardenal Ratzinger recibe en este año en Italia la medalla de oro del Premio nacional de cultura católica y el premio San Michele di Capri.
- Publicaciones: *La Iglesia, una comunidad siempre en camino; Una mirada a Europa, Mirar al crucificado, Naturaleza y misión de la teología. El teólogo en el debate contemporáneo*.
- 1993** 5 abril: recibe el título de la iglesia suburbicaria de Velletri-Segni.
- 15 abril: La PCB publica *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*.
- agosto: el cardenal Ratzinger sufre un accidente que le deja inconsciente durante un tiempo.
- 6 agosto: Juan Pablo II promulga la encíclica *Veritatis splendor*.
- 10 octubre: algunos obispos alemanes publican una carta, en la que admiten la probabilidad de que reciban la comunión los divorciados vueltos a casar.
- Publicaciones: Con Christoph SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia católica; Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista, Naturaleza y misión de la teología: Ensayo sobre su orientación en el debate actual*.
- 1994** 29 mayo: Juan Pablo II publica la carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis*, con la que recuerdan que las mujeres no pueden acceder al sacerdocio.
- 9 junio: Ratzinger denuncia que el Consejo Mundial de las Iglesias ha colaborado con la guerrilla en América Latina.
- 27 octubre: carta de la CDF a los obispos alemanes sobre la pastoral con divorciados vueltos a casar.
- 1995** 25 marzo: Juan Pablo II publica la encíclica *Evangelium vitae* sobre el respeto de la vida humana.
- 25 mayo: Juan Pablo II publica la encíclica *Ut unum sint* sobre el ecumenismo.
- 5 octubre: el cardenal Ratzinger presenta la encíclica de Juan Pablo II titulada *Veritatis Splendor*.
- 18 noviembre: la CDF declara que la doctrina sobre el sacerdocio tal como se enunció en la *Ordinatio sacerdotalis* pertenece al depósito de la fe.
- El prefecto recibe el título de la Orden bávara de Maximiliano.
- Publicaciones: *Evangelio, catequesis, catecismo; Cantad al Señor un cántico nuevo*.
- 1996** 10 noviembre: Juan Pablo II celebra sus bodas de oro sacerdotales, a la vez que se difunden rumores sobre su mal estado de salud.
- Publicaciones: *Ser cristiano en la era neopagana, La sal de la tierra* (entrevista con Peter Seewald), *La fe como camino. Contribución del ethos cristiano en el momento actual*.
- 1997** 14 julio. Ratzinger se reúne con algunos líderes luteranos en Ratisbona.
- 23 agosto: condena por parte de la CDF de algunos escritos de Anthony de Mello.
- 14 octubre: se presenta la *editio typica* del *Catecismo de la Iglesia católica*.
- Jacques Dupuis publica *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*.
- El cardenal Ratzinger escribe a los obispos alemanes consultándoles sobre la posible cooperación indirecta con algunos casos de aborto.
- Publicaciones: *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*; con Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL e Ignacio GONZÁLEZ FAUS, *Salvador del mundo: historia y actualidad de Jesucristo; El reencuentro con lo esencial. Orientaciones principales, textos y comentarios* (antología de textos, libro-homenaje de sus discípulos); *De la mano de Cristo. Homilias sobre la Virgen y algunos santos; Maria, Iglesia naciente; Imágenes para la esperanza. Itinerarios del año litúrgico*.
- 1998** 30 enero: recibe el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Navarra.
- 25 junio: Declaración conjunta entre católicos y luteranos sobre la doctrina de la justificación.
- 28 agosto: la CDF emite una nota crítica sobre los escritos de Anthony De Mello.
- 14 septiembre: Juan Pablo II publica la encíclica *Fides et ratio*.
- 31 octubre: se firma una declaración conjunta entre católicos y luteranos sobre la justificación.
- 9 noviembre: es elegido vice-decano del colegio de cardenales.

Ratzinger se encuentra con Johann Baptist Metz en un congreso en Ahaus (Alemania), en el que ambos ofrecen gestos de reconciliación.

- 1999** En mayo se reúne una comisión mixta entre católicos y protestantes, que da lugar al documento *El don de la autoridad*.
22 junio: Juan Pablo II publica un documento en el que pide a los obispos alemanes que no faciliten un informe que permite después el aborto.
30 junio: Juan Pablo II publica la carta apostólica *Ad tuendam fidem*.
- 2000** 25-27 febrero: tiene lugar en Roma un congreso sobre la aplicación del Concilio Vaticano II.
7 marzo: la CTI publica *Memoria y reconciliación. La Iglesia y los errores del pasado*.
12 marzo: Juan Pablo II pide perdón por los errores pasados de la Iglesia.
10 abril: Juan Pablo II decide revela el tercer misterio de Fátima, del que Ratzinger ofrece un comentario autorizado.
26 junio: la Iglesia revela –por expresa voluntad de Juan Pablo II– el tercer secreto de Fátima.
En julio Juan Pablo II publica el Motu proprio *Apostolos suos* sobre las conferencias episcopales.
6 agosto: la CDF publica la declaración *Dominus Iesus*.
1 octubre: Juan Pablo II sale al paso en defensa de *Dominus Iesus*.
30 noviembre: la CDF emite una nota sobre el libro de Richard Meissner, *Revelación y Tradición*.
Publicaciones: *El espíritu de la liturgia: una introducción, Rozar lo invisible. Lecturas para todos los días, Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época, La Iglesia, Israel y las religiones del mundo*.
- 2001** 6 enero: la CDF considera inválido el bautismo de los mormones.
24 enero: la CDF emite una nota sobre el libro *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso* de Jacques Dupuis.
22 febrero: la CDF emite una nota sobre los escritos de Marciano Vidal.
17 septiembre: la CDF afirma la invalidez del diaconado femenino.
10 noviembre: Ratzinger recibe la licenciatura en Derecho *ad honorem* por la LUMSA de Roma.
Publicaciones: *Dios está entre nosotros. La eucaristía, el corazón de la Iglesia*.
- 2002** 24 enero: Ratzinger asiste al encuentro interreligioso por la paz en Asís.
5 agosto: se excomulga a algunas mujeres que habían recibido la ordenación sacerdotal.
24 octubre: la CDF emite un documento sobre la actuación de los católicos en la vida pública.
Publicaciones: *Convocados en el camino de la fe. Iglesia y comunión*.
- 2003** 1 febrero: Ratzinger mantiene un diálogo con el filósofo Jürgen Habermas sobre ética, religión y estado liberal, en el marco de la Academia católica de Baviera.
2 febrero: Juan Pablo II encarga al prefecto Ratzinger la elaboración de un catecismo breve.
3 junio: la CDF emite un documento sobre la equiparación legal del matrimonio a las uniones entre homosexuales.
Publicaciones: *Fe, verdad, tolerancia, Caminos de Jesucristo*.
- 2004** 13 mayo: pronuncia en el senado italiano la conferencia titulada *Europa: sus fundamentos ayer, hoy y mañana*.
31 mayo: el prefecto de la CDF escribe una carta a los obispos estadounidenses, en la que recuerda la obligación de negar la comunión a los políticos que defienden el aborto.
31 julio: Ratzinger presenta en Roma el documento de la CDF sobre la misión de la mujer en la Iglesia.
25 octubre: el cardenal mantiene un debate con el historiador Ernesto Galli della Loggia sobre el laicismo en Europa.
- 2005** 24 febrero: el cardenal Ratzinger celebra en la catedral de Milán el funeral por don Luigi Gissani, fundador de Comunión y Liberación.
27 marzo: con motivo de la enfermedad de Juan Pablo II, preside la vigilia pascual en la basílica de san Pedro, en el Vaticano.

- 2 de abril: Juan Pablo II fallece a las 21.37, tras dos días de agonía. Joseph Ratzinger es uno de los últimos en despedirse de él. Días después, preside la concelebración de la misa funeral en la plaza de san Pedro, en el Vaticano.
- 19 de abril: Joseph Ratzinger es elegido Sumo Pontífice de la Iglesia católica, y toma para sí el nombre de Benedicto XVI. Días después, el 24 de ese mismo mes, celebra la misa de inicio del pontificado, en la que pronuncia una memorable homilía.

ÍNDICE

¿INQUISIDOR?	3
I. ALEMANIA	5
1. La gran ruptura	5
3. Cultura en alemán	8
3. Baviera	10
II. LUCES Y SOMBRAS	15
1. Una familia cristiana	15
2. Una infancia difícil	17
3. Una llamada importante	19
III. UNA DECISIÓN	23
1. La guerra	23
2. Estudiar a Dios	26
3. Ser sacerdote	31
4. Un pequeño gran drama	34
III. EN LA UNIVERSIDAD	39
1. <i>Herr Professor</i>	39
2. Empieza un concilio	41
3. Vientos de tormenta	44
4. La revuelta estudiantil	48
5. En busca de paz	54
IV. COLABORAR CON LA VERDAD	61
1. Ser arzobispo	61
2. Llamado a Roma	67
3. Un paso importante	72
4. La importancia de la liturgia	77
5. Cristo, de nuevo	80
¡BEEE-NE-DIC-TO!	85
CRONOLOGÍA	87
ÍNDICE	99